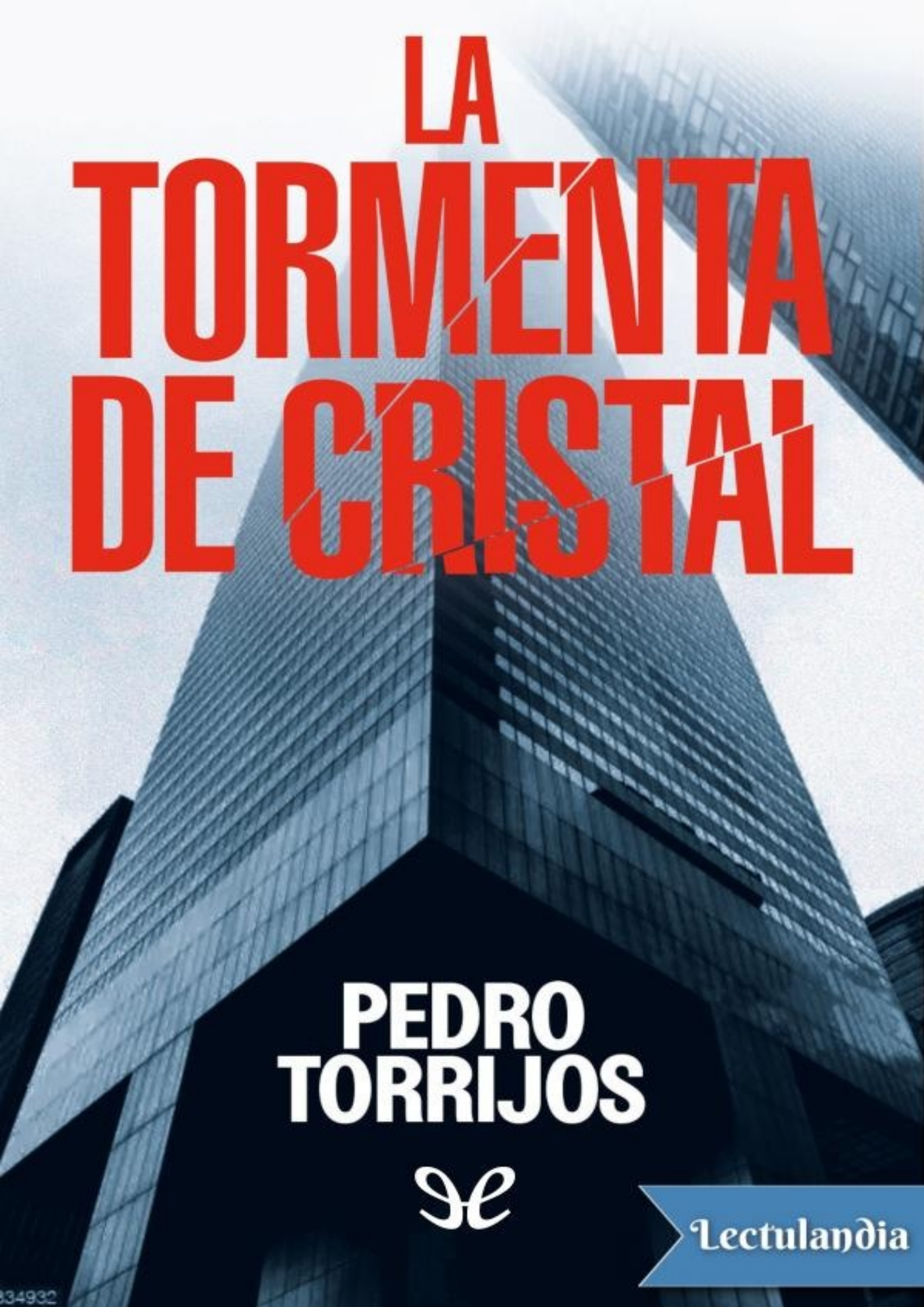
LA
TORMENTA
DE CRISTAL
PEDRO
TORRIJOS
Lectulandia

Nueva York, 1977. En el centro de la ciudad acaba de inaugurarse el flamante edificio de Citicorp. Su peculiar estructura ha roto las reglas de la arquitectura moderna y lo ha convertido en uno de los rascacielos más reconocibles del *skyline* de Manhattan, pero pocos saben el desafío que este proyecto ha supuesto para Bill LeMessurier. Desde que aceptó el encargo seis años atrás, la gravedad no ha sido el único obstáculo que ha tenido que superar para alzar esta gigantesca torre de acero, hormigón y cristal.

Sin embargo, una llamada inesperada está a punto de poner en jaque su reputación. Una estudiante de Ingeniería estructural ha detectado un posible error de cálculo y todo apunta a que el edificio podría desmoronarse causando una catástrofe inimaginable. LeMessurier no quiere admitir su error, pero la proximidad de una gran tormenta precipita una cuenta atrás que amenaza la ciudad entera.

Con una trama impecable y un ritmo en constante aceleración, Pedro Torrijos firma un *thriller* lleno de tensión que te mantiene en vilo hasta la última página.

Pedro Torrijos

La tormenta de cristal

ePub r1.0
Titivillus 08.10.2023

Pedro Torrijos, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mamá y papá

Aunque se inspira en hechos y personas reales, esta es una obra de ficción. Como tal, no es, ni intenta ser, un retrato fidedigno de ninguno de ellos, sino que los personajes que aparecen en la narración tienen personalidades y características físicas propias y viven situaciones totalmente imaginarias, en las cuales cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

PRIMERA PARTE

BABEL

Los economistas son generalmente considerados promotores compulsivos del crecimiento económico per se, pero cada vez son más los que afirman que el problema sin resolver más importante que enfrenta su profesión radica en reducir o prevenir las consecuencias indeseables del crecimiento: carreteras congestionadas, aeropuertos abarrotados, ruido, aire polucionado, agua contaminada, naturaleza destruida, expansión desmedida de las ciudades y, por tanto, descomposición de los centros urbanos. Los radicales sostienen que estos efectos son endémicos en el sistema capitalista.

The New York Times, 17 de marzo de 1971

1
SAN CALIXTO

> Y aún podría empeorar, pues nada es lo peor hasta
> que no decimos: «Esto es lo peor».
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*

Lo primero que alertó al señor Josephus Wilkins, farero de Punta Quebrada, fue que de repente todas las luciérnagas se apagaron.

Al llegar junto a la laguna, los juncos de la orilla aún vibraban como fuegos de artificio. Era plena época de cortejo y los machos revoloteaban titilando mientras las hembras, con alas tan pequeñas que no eran más que escamas, respondían desde abajo con otros destellos de afección. Se acercó a unas diez yardas, pero no más, pues sabía que los tímidos insectos huirían en bandada si notaban sus pasos, así que se sentó al borde de la vereda y sacó su viejo par de binoculares de la bandolera de cuero con la que había salido a caminar.

Al otro lado de las lentes, el centelleo nupcial se comportaba como una danza que quisiese acompasar su ritmo, alegre y descentrado, al parpadeo de las estrellas sobre el Caribe. A Wilkins le gustaban las luciérnagas. Le gustaban las luciérnagas y los grillos y las iguanas y los flamencos y los armadillos. Le gustaban más que los hombres. No se mataban por reyes ni por banderas. No cruzaban océanos para morir destripados por el impacto de balas de cañón de dieciocho libras disparadas por otros hombres desde otros barcos. No coleccionaban dientes de otros hombres a los que habían abordado. No se llamaban Robert Sutter el Carnicero ni Ojo Muerto MacCombe. No obedecían a almirantes ni a capitanes. No gritaban ni se meaban en la mesa de operaciones ni balbuceaban llamando a su madre mientras alguien —mientras él— les sujetaba el brazo para que otro hombre se lo serrase a la altura del hombro. No lloraban silenciosamente en la oscuridad del camarote. No se santiguaban antes de matar. No rezaban antes de morir. Los armadillos y los flamencos y las iguanas solo se alimentaban y se apareaban, y los grillos frotaban sus alas, y las luciérnagas bailaban

brillantes en las noches cálidas. Después de la travesía de Terranova, el farero de Punta Quebrada prefería las noches cálidas y sudorosas de las Antillas. Cuando pasó lo de Rhode Island, comenzó a preguntarse si las palabras que aparecían en el encabezado de su hoja de servicio tenían algún verdadero significado o si solo eran caracteres azarosos trazados en un papel, por mucho que rezasen «Padre Josephus Wilkins. HMS Vigilant. Capellán».

Hacía ya cuatro años que había desembarcado en Barbados. Cuatro años desde que atravesó la pasarela del cañonero Yarmouth y puso un pie en Bridgetown, momento exacto en el que supo que jamás volvería a pisar la cubierta de un navío de la Marina Real. Nunca albergó asomo de tristeza ni tampoco miedo alguno por abandonar la vida militar, ya que seguramente sería capaz de sortear las acusaciones de deserción por ser ministro de la Iglesia anglicana, pero, aun así, había cruzado toda la isla, de oeste a este, hasta Saint Philip, donde se presentó como Joe Seaman y tomó el puesto recién creado de farero en Punta Quebrada. Los designios del Señor son inescrutables. Las líneas vitales de los seres humanos a veces se cruzan en el lugar preciso. Nadie hizo preguntas.

La guerra entre la Armada Continental de las Trece Colonias, apoyada por la *Marine Royale* francesa, contra la Marina del rey Jorge seguía tronando varias millas adentro del Atlántico. El Vigilant probablemente aún asediaba las costas de Providence, y llegó a sus oídos que el Yarmouth había hundido el USS Randolph al norte de la isla, pero él ya no estaba allí. Hacía ya cuatro años que no estaba allí. No, no le acusarían de deserción, nadie lo haría y, sin embargo, había desertado. Había desertado de algo más profundo que la guerra: había desertado de creer que los hombres, por su mera condición de hombres, debían ser salvados.

Levantó la mirada de los binoculares y giró la vista hacia atrás. A menos de media legua, la llama del faro ardía firme tras la luz concentrada del nuevo catóptrico. Ni siquiera era necesario que viviese allí, pues Saint Philip no quedaba ni a cinco leguas, a media hora de caballo tranquilo, pero él lo había elegido así. Había elegido visitar el pueblo una vez a la semana para comprar provisiones y aceite de ballena para el faro. Había elegido apartarse. Quizá nunca fue un buen pastor, tal vez siempre había estado más interesado en la ciencia natural que en la palabra del Señor, pero si Él existía —y existía— sin duda habitaba en los abdómenes luminiscentes de las luciérnagas y en la curva parabólica del espejo instalado en la lámpara del faro. En los reflejos de los rayos disparados, que golpeaban y rebotaban contra la superficie delicada

y precisa de la lámina de vidrio y, desde allí, se agrupaban en un rayo tan poderoso que era visible incluso por encima de la pólvora de los cañonazos.

Entonces, poco antes del primer golpe de frío, las luces que flotaban en el aire dejaron de parpadear, y los juncos detuvieron su brillo. Primero, una mata. Luego, otra. Después, todo el borde de la laguna se volvió indistinguible en la oscuridad. No era normal. Cuando las luciérnagas se apagaban era para consumar el cortejo, pero lo hacían intermitentemente, en un vaivén de parejas, no todas al mismo tiempo. El farero atenuó la lámpara de aceite con la que iluminaba la vereda hasta que apenas alumbrase una pulgada a su alrededor, y se internó muy lentamente hacia las aguas pantanosas. Se acuclilló y, con gran cuidado, acercó la luz a una de las cañas donde había adivinado la forma de un par de ejemplares. Allí estaban, dos lampíridos unidos por sus placas ventrales apareándose, sorprendentemente impasibles a su presencia. Y en el junco de al lado había varios más. Y en los de más allá. Decenas. Una colonia entera de luciérnagas entregadas con peculiar urgencia a la continuación de su especie, como si esos segundos de la noche del 13 de octubre de 1780, víspera de San Calixto, fuesen los últimos de su vida. Y lo hacían todas a la vez.

Hasta que la primera racha de viento las dispersó en bandada sobre la laguna.

Wilkins se incorporó de un salto, ajeno de pronto a las desventuras de los coleópteros, que se debatían sin fortuna a merced de la ventisca que llegaba del mar. Hacía más de un mes que había terminado la temporada de tormentas, pero ese aire venía con la temperatura y la humedad de un invierno inglés. Era curioso, pero la noche se había vuelto más ruidosa y, a la vez, más silenciosa. Los grillos habían parado de chirriar, lo cual, según contaban los negros de las plantaciones de caña, no presagiaba nada bueno. A cambio, sobre el murmullo de las olas crecía un retumbar lejano. El hombre se apresuró hacia el otro lado del camino, casi perdiendo pie en las rocas que se levantaban justo por encima de la playa, mientras las ráfagas de viento frío, todavía espaciadas, comenzaban a agitar las coronas de las palmeras a cincuenta pies de altura. Acertó a distinguir una mancha de fulgor tenue pero perceptible que ocultaba las estrellas al fondo del Atlántico, más allá de la luz del faro, más allá de la línea de la guerra. Volvió a mirar por los binoculares.

Al otro lado de las lentes, una enorme masa de color gris verdoso crecía hasta ocupar todo el horizonte sobre el mar invisible. Parpadeando en docenas

de relámpagos, parecía una isla volcánica colgada del cielo a la que un navío se le acercase en trayectoria de colisión, pero, en realidad, el mundo seguía quieto; era la nube, la monstruosa nube, la que avanzaba hacia la costa como un depredador impasible.

Era una criatura anterior a la guerra y a los barcos y a las islas. Anterior al mundo de los hombres.

2
BBC AMERICA

> El tiempo revelará lo que la más intrincada astucia oculte,
> y quienes encubren faltas se verán avergonzados y burlados.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*

Todas las historias nacen en el momento en que alguien las escucha por primera vez. Hasta entonces solo son bruma flotando en un territorio no cartografiado: pensamientos, rumores, palabras escritas en un cuaderno que se abre y se cierra y se guarda en el bolsillo interior de una chaqueta.

—¡Diaaaaaaaane!

En cambio, cada vez que una persona escucha una historia por primera vez, esa historia existe, aunque ya se haya contado. Por eso hay muchas más historias que contadores de historias; hay tantas como gente que las escucha, las lee o las ve. En su concepción más primaria, el mundo es una colosal red de receptores que trazan una alfombra de historias entretejidas en la atmósfera, emitidas por unos pocos contadores: buhoneros, dramaturgos, estudios de cine o cadenas de televisión.

—¡Diane, cariño, tienes que bajar a ver esto!

La cadena de cable BBC America, filial de BBC Television, comenzó sus emisiones en el territorio estadounidense y en los países del Caribe el 29 de marzo de 1998. Durante sus primeros meses, el contenido se limitó esencialmente a repeticiones de programas que hubieran tenido éxito en la casa madre, cosa que provocó una cierta disonancia cognitiva en los televidentes, quienes descubrieron que el acento británico no estaba acotado a series y películas de época.

—Estoy metiendo en la cama a Petey, no puedo bajar ahora.

Desde sus oficinas en la Sexta Avenida con la Cuarenta y cuatro, a una manzana de Times Square, la cadena retransmitía episodios viejos de *Changing Rooms* o *Ground Force*, que los casi diez primeros millones de suscriptores convertían en sus propias historias. Trataban de familias inglesas que remodelaban sus casas inglesas con presupuestos muy ajustados o que

transformaban un moribundo jardín trasero en frondosas rosaledas inglesas. Cosas no demasiado grandes. Cosas amables.

Todas esas peripecias británicas resonaban con cariño y exotismo en los estadounidenses que habían contratado el servicio, pero los que mejor funcionaban eran los programas que, aun producidos desde Londres, se desarrollaban en Estados Unidos. Llegaban a las zonas urbanas del país, pero también, y especialmente, a las familias de clase media que vivían en la miríada de suburbios que rodean las grandes ciudades. En Shrewsbury, Boston, en Walnut Creek, San Francisco, o en Evanston, Chicago. Un mapa de constelaciones compuestas por casas de dos plantas con cubierta a dos aguas y fachada de listones de madera pintada en colores claros —azul, blanco, tal vez amarillo crema— sobre patios de césped verde y vallas blancas. Casas no demasiado grandes. Casas amables.

Es mediados de junio de 1998 y en Wesley Heights, al norte de Washington D. C., en una de esas casas de una de esas constelaciones, viven Diane Hartley, su marido John y sus dos hijos: el mayor, Chris, y el pequeño, de poco más de tres años, Peter.

—En serio, baja al salón. En la tele están hablando del edificio del que escribiste en tu tesis.

Vale, esto es distinto. John se encarga de las cenas y Diane, de bañar y acostar a los niños; un pacto natural que se ha ajustado a las capacidades y preferencias de cada uno. John sale antes del trabajo y, además, siempre ha sido mañoso delante de los fogones y extraordinariamente minucioso con los tiempos y las temperaturas del horno, mientras Diane, que no suele llegar a casa antes de las ocho y media —y menos aún en estos primeros momentos en los que trata de sacar adelante su nuevo negocio—, necesita estar con sus hijos el mayor tiempo posible. Son bastante estrictos con el funcionamiento familiar pero no tanto como para no dejarse llevar por pequeñas situaciones inesperadas, y esta es una de ellas. Sí, seguramente esta noche los niños podrán irse a dormir un poquito más tarde.

—¿Qué?

—Lo que has oído. En BBC America están poniendo un documental entero sobre el Citicorp Center.

Cuando comienza a bajar las escaleras con Petey en los brazos, Diane se da cuenta de que ha tardado veinte años en subirlas. En la pared lateral cuelgan, junto a algunas fotografías de familia, títulos y diplomas que descienden en orden cronológico con cada peldaño. La mayoría pertenecen a Diane: Hartley LLC, agencia inmobiliaria; Diane Hartley, MBA por Stanford;

Diane Hartley, licenciatura en Ingeniería estructural por Princeton; Diane Hartley, licenciatura en Arquitectura y Urbanismo por Princeton.

Diane tiene cuarenta y dos años y es agente inmobiliaria, pero cuando pone el pie en la tarima de la planta baja y siente el crujido de la madera, sus zapatillas blandas y cómodas vuelven a ser unos zapatos de medio tacón y empeine abierto. Diane Hartley vuelve a ser una estudiante universitaria. Vuelve a ser 1978.

—Mira, Petey, mamá escribió más de doscientas páginas sobre ese rascacielos —dice divertida mientras se sienta con el niño en el regazo delante del televisor, aunque Petey no entienda nada.

—Mira Petey, mamá se tiró los primeros meses de nuestro noviazgo más enamorada de ese rascacielos que de papá —continúa John entre risas desde detrás del fregadero.

El programa es bastante exhaustivo. Mucho más que cualquier otro que hable de arquitectura o edificación, que suelen ser tan rimbombantes como superficiales. En este entrevistan a arquitectos e ingenieros y diseccionan con precisión las peculiaridades que debe tener una torre para funcionar y, sobre todo, para sostenerse. Durante unos minutos, Diane se recuerda a sí misma dibujando y calculando durante horas, durante días y semanas; fue un esfuerzo titánico, y ahora, en esa noche no demasiado grande, en esa noche amable dentro de su salón amable y no demasiado grande, no puede evitar esbozar una sonrisa cuando escucha lo que cuentan desde el otro lado de la tele.

Entonces, exactamente a los nueve minutos y cuarenta y tres segundos del documental, deja de sentir el peso de su hijo en su regazo. El mundo a su alrededor entra en descompresión como un avión precipitándose hacia el suelo desde treinta mil pies de altura y Diane deja de sentir su propio peso y el peso del sofá y el de la tarima del pavimento y el de todo Wesley Heights, al norte de Washington D. C. Todo se vuelve neblinoso, entumecido. Solo existe el televisor.

Gira la cabeza y mira a John con los ojos muy abiertos. A John se le ha caído un vaso al suelo pero, para Diane, el estruendo del vidrio convirtiéndose en mil añicos solo ha significado un breve golpe lejano. El hombre se acerca al sofá y se sienta junto a ella, que permanece el resto del programa ahogando la sorpresa con una mano en la boca, incapaz de creer lo que ve.

Se ha perdido el inicio de la emisión, así que no sabe que el documental se llama «Todo se viene abajo», pero un cuarto de hora después de que haya terminado, cuando John ya ha barrido los cristales del vaso roto y ha recogido

a su hijo de poco más de tres años y lo ha llevado arriba, plácidamente dormido entre sus brazos, Diane Hartley solo puede acordarse de la primera vez que vio el esqueleto de Baba Yaga. Desde ese salón en penumbra donde aún resplandecen los fogonazos apagados del televisor, la mujer, que acaba de emprender un negocio como agente inmobiliaria en solitario para el que ha estudiado un máster en Administración de empresas y que se licenció en Arquitectura y Urbanismo por una de las mejores universidades del país, recuerda que, hace una vida, fue ingeniera. Que *es* ingeniera, que siempre lo ha sido. Y se acuerda de la primera vez, en 1978, que contempló esa estructura desnuda, leve y bellísima que crecía como un sauce de acero en el Midtown de Manhattan. Tan delicada que parecía imposible que pudiera sujetar trescientos metros de edificio.

3
LA CUARTA REUNIÓN

> Esta es la estupidez más formidable de nuestro mundo,
> que cuando la fortuna nos da la espalda
> (a menudo por excesos de nuestro propio comportamiento)
> hacemos culpables de nuestros desastres
> al sol, la luna y las estrellas,
> como si fuéramos villanos por obligación.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*

—Puede hacerse.

Pero sabe que no puede hacerse.

—Claro que puede hacerse.

Quien afirma con tanta vehemencia, pese a que sabe que no puede hacerse, es William James LeMessurier Jr., y siete años después, cuando conduzca por el Massachusetts Turnpike calculando mentalmente la velocidad de impacto necesaria para atravesar el guardarraíl del puente sobre el canal de Boston y precipitarse al fondo del mar, se preguntará por qué fue tan vehemente. Pero ahora es marzo de 1971, tiene cuarenta y cinco años y es vehemente. Bill LeMessurier siempre es vehemente.

—Bill, no te pregunto si estás seguro. Y no te lo pregunto porque eres el mejor en lo que haces.

—Si yo fuese el mejor en lo que hago, habría diseñado la estructura de las Torres, pero quien lo ha hecho ha sido Les —interrumpe LeMessurier con su particular acento de Míchigan, aspirando la última sílaba de cada palabra, mientras señala con la mano derecha a un punto indeterminado del techo de su despacho en LeMessurier Consultants, como si la línea imperceptible que nace desde la punta de ese dedo pudiese atravesar cuatro estados, desde el 1380 de Soldiers Field Road en Boston hasta la cubierta de las Torres Gemelas, a punto de terminar su construcción en el sur de Manhattan.

Esta es la cuarta reunión que mantiene con Hugh Stubbins; las otras tres habían sido más o menos informales.

La primera fue en enero, cuando Hugh lo sacó casi por sorpresa de su última clase del día en Harvard y le llevó a cenar a Vasiliki's para anunciarle que Henry J. Muller, un antiguo compañero de la universidad, le iba a encargar el proyecto de un rascacielos y quería, como en tantas obras anteriores, que Bill fuese su ingeniero. «Y va a estar en el centro de Nueva York», había añadido con el tono de un niño que abre su primer regalo de Navidad.

Hugh Stubbins está a punto de cumplir los sesenta y ha proyectado un buen número de obras: viviendas unifamiliares, escuelas, gimnasios. Todas de escala pequeña o mediana. Está bien visto entre la profesión, es inventivo y sus diseños siempre son sugerentes, siempre un poco alejados de las modas, siempre moviéndose por el borde de lo que la arquitectura moderna debería ser. Quizá por eso, cuando las revistas destacan a los mejores arquitectos del momento, su nombre no suele aparecer. Pero este rascacielos puede cambiarlo todo, porque es distinto a cualquier otro que se haya construido, y no solo en Estados Unidos. No hay nada igual en el mundo.

Tras los brindis y las celebraciones de aquella reunión, llegaron la segunda y la tercera, ya en el estudio de Hugh Stubbins & Associates y con varios croquis preliminares esparcidos por las mesas de trabajo. Efectivamente, no hay ningún edificio igual en el mundo. En esos croquis había algunas decisiones de diseño singulares, pero otras eran directamente arriesgadas. Stubbins entiende el *genius loci*, ese espíritu de lugar, intangible pero presente, al que los romanos atribuían la capacidad de permear sobre todas las construcciones que se levantasen en dicho sitio; una suerte de fantasma del territorio que lo alcanzaba todo y debía ser respetado por la arquitectura. El *genius loci* es la razón por la que una casa junto al mar *tiene que* mirar al mar o las vidrieras de las catedrales góticas apuntan hacia el cielo. Por eso, en el diseño aparecían decisiones singulares y, a veces, directamente arriesgadas, porque el *genius loci* de la torre que estaba empezando a proyectar extendía su influencia desde la calle Catorce hasta la Cincuenta y nueve. El Midtown de Manhattan. El lugar al que todos miran. El centro del mundo.

Para Bill LeMessurier, esas decisiones singulares y arriesgadas equivalen a dificultades, y a Bill le encantan las dificultades. Es la cruz y la bendición de los ingenieros de estructuras: la autoría y el mérito siempre se los lleva el arquitecto. También la fama. Cuando este rascacielos esté terminado, será Hugh quien pronuncie el discurso inaugural, será a Hugh a quien entrevisten y será el nombre de Hugh Stubbins el que ocupará los titulares de las revistas de arquitectura. En cambio, de Bill seguramente no se acordará nadie, pese a que

es Bill quien hará posible todo lo que ha dibujado Hugh. Y lo que ha dibujado Hugh no es fácil.

Hugh y Bill son amigos, muy buenos amigos, pero el arquitecto ha propuesto mantener esta cuarta reunión en el despacho del ingeniero, como si fuera el gesto de buena voluntad de un negociador de guerra. Eso significa que las cosas no van completamente sobre ruedas, algo que Bill confirma cuando Hugh abre su tubo de planos y extiende los nuevos croquis encima de la mesa: las decisiones singulares y arriesgadas se han convertido en problemas serios.

Hay una frase muy famosa en el mundillo que dice «el papel lo aguanta todo», y es radicalmente cierta. Un croquis es capaz de desafiar todas las reglas; se puede proyectar un edificio de quinientos metros, de mil metros, de una milla de altura como hizo Frank Lloyd Wright en los años cincuenta en esa maravilla llamada The Illinois. Maravilla que no se construyó, por supuesto. Porque el dibujo de un edificio puede tener una milla de altura, se pueden proponer voladizos de cien metros sin sujeción ninguna y los cerramientos sean de acero y placas de aluminio o de piel de cebra y pasta de chicle, por qué no. En un croquis, todo se sostiene. El problema aparece cuando hay que materializar ese croquis en un artefacto construido y el numerito en las cotas donde ponía «300 metros» se convierte en trescientos metros reales. Trescientos metros de altura y trescientos metros de acero, hormigón y vidrio y trescientos metros del peso de todo ese acero y todo ese hormigón y todo ese vidrio. Entonces hay que lidiar con el dios supremo de los ingenieros de estructuras: la gravedad. Y a la gravedad no se la puede engañar con dibujos.

LeMessurier es un malabarista de la gravedad. No la engaña, pero la lleva por donde ella no se lo espera. A veces saca la estructura al exterior, a la vista de todos; otras, la esconde donde no interrumpa a nadie. Construye edificios que son monumentos a las cargas y a los esfuerzos que participan en ellos y también edificios sin pilares que molesten, sin vigas que bloqueen la vista. Y siempre lo hace de acuerdo al otro dios supremo, el dios supremo del mundo: el dinero. Conoce los materiales y sabe con precisión hasta dónde pueden llegar. Así consigue reducir el peso del edificio y mantenerse siempre dentro del presupuesto, en ese equilibrio tan complejo que suponen las obras de arquitectura. Y no se equivoca. Bill nunca se equivoca. Por eso le encantan las dificultades. Porque puede mirar más allá de donde miran los demás.

Porque puede lanzar la gravedad y el dinero al aire sabiendo que los va a recoger exactamente donde él les ha dicho que caigan.

A Bill le gusta que Hugh se arriesgue.

—Bill, nos conocemos desde… ¿hace cuánto? ¿Once años?

—Doce. Desde que aún trabajaba con Goldberg y entraste en nuestras oficinas para encargarnos la estructura de la escuela infantil Woodland en Weston.

—Doce años. Pues en estos doce años te he visto hacer lo que nadie hace. Te he visto *pensar como nadie piensa* —Stubbins ralentiza, casi saborea, las palabras entre «pensar» y «piensa»—. Y seamos sinceros, lo que ha construido Les en las Torres es muy elegante, lo admito, pero solo es una parrilla, una maldita parrilla. Eso lo hace cualquiera.

Les es Leslie E. Robertson, ingeniero jefe de las Torres Gemelas, y LeMessurier sabe que va a pasar a la historia.

—Nuestro rascacielos no se parece a nada —continúa Stubbins—, por eso es esencial que en la compañía entiendan que lo que nos están pidiendo, que lo que te estoy pidiendo, puede construirse.

LeMessurier entrelaza las manos sobre la barbilla dejando entrever apenas una media sonrisa. Después, las abre y comienza a dibujar con un portaminas en el último croquis, sin apretar demasiado, solo alguna línea leve aquí y allá, que traza mientras habla.

—Veamos lo que nos están pidiendo, veamos *lo que me estás pidiendo*. Lo que me estás pidiendo es diseñar y calcular la estructura de un rascacielos de sesenta plantas que no arranca desde el suelo, sino que nace a treinta metros de altura desde el nivel de la calle y se sostiene sobre cuatro soportes que tienen que medir esos treinta metros porque tienen que ser lo suficientemente altos como para que debajo quepa un edificio de diez plantas porque precisamente ahí hay una iglesia luterana neogótica con un campanario de veinticinco metros de altura y la congregación se resiste a venderla. Y como la iglesia está justo en una esquina del solar, los cuatro soportes que aguanten la torre no pueden colocarse en las cuatro esquinas de la torre, que sería lo lógico desde un punto de vista estructural, sino que hay que ponerlos en el centro de las cuatro caras exteriores del prisma, lo cual nos obliga a construir ocho voladizos de más de veinte metros cada uno desde el centro de cada cara hasta las esquinas. Y una de esas esquinas, que está sujeta por un voladizo combinado de cuarenta metros y que aguanta la cuarta parte del peso del rascacielos, digamos sesenta y dos mil toneladas, flota por encima de la iglesia. —En este momento, LeMessurier hace la primera pausa.

Piensa así de rápido. Es así de vehemente—. Hugh, ¿sabes quién es Baba Yaga?

—¿La bruja rusa?

—La bruja rusa. El monstruo de los bosques. El hombre del saco. Las leyendas que se cuentan a los niños rusos para que sean buenos y no hagan travesuras. Pues Baba Yaga vive en una cabaña sujeta sobre patas de gallina tan altas como un árbol. Lo que nos están pidiendo es que construyamos la cabaña de Baba Yaga, si la cabaña de Baba Yaga midiese trescientos metros, pesase doscientas cincuenta mil toneladas y se levantase en medio de una de las ciudades más pobladas del planeta. —Se levanta de la silla—. Y yo digo que puede hacerse, pero…

Pero.

—… pero hay que conseguir que los luteranos vendan la iglesia porque solo los movimientos de la excavación ya van a agrietarla hasta lo irreparable. Si están tan enamorados de su solar, se les puede construir una nueva iglesia exactamente en el mismo sitio. Es lo mejor.

Ah, así sí que puede hacerse.

—De acuerdo, Bill, pero esto se lo vas a contar tú personalmente a Wriston.

Stubbins sabe que a Bill no le intimida tener que hablar con Wriston, por mucho que Wriston sea Walter B. Wriston, presidente y CEO de Citicorp y, sencillamente, uno de los hombres más poderosos del planeta. Sin embargo, LeMessurier hace una pausa con la mirada perdida antes de volver a sentarse, después se mesa la barba ya salpicada de reflejos grisáceos y se quita las gafas, que coloca sobre la mesa en el hueco que le dejan los croquis de Stubbins, el manual de estructuras de acero de la AISC de más de mil páginas, su calculadora electrónica Texas Instruments, un cuaderno de apuntes y las dos tazas de café que han tomado. Pero ese territorio abrupto que se extiende sobre el escritorio solo es un mapa del día en el que se ha creado; cada mañana se limpia y cada tarde se habrá generado uno nuevo y distinto. Por eso, esos objetos no son importantes, los importantes son los que permanecen, los que escogemos y ordenamos con cuidado a nuestro alrededor. Porque los seres humanos nos rodeamos de objetos que anticipan nuestra vida. Creemos que son recuerdos, fragmentos de memoria consolidados en geometrías sólidas, pero, en realidad, son sueños. Como bolas de vidrio rellenas de nieve falsa que se agitase solo con mirarlas, son artefactos que proyectan el futuro que hemos construido para nosotros, porque en la configuración de una vida pasada siempre se genera el deseo de un porvenir perfecto.

Además de la cartografía mutante que nace y muere cada día sobre su mesa, en la estantería que recorre la pared opuesta a la ventana del despacho de LeMessurier hay colocados varios objetos. La maqueta de madera de una cercha de acero como las que usaron en el gimnasio de Ipswich, el primer edificio que calculó tras montar su propia oficina; pese a los más de cuarenta metros de luz que cubrieron con ella, es una estructura sencilla, casi se diría que normal. A su lado, una vieja calculadora de manivela que compró en Sovereign, Antiquities and Bookshop en la esquina de la calle Appleton con Berkeley, junto al hotel Revolution, y que hace girar de tanto en tanto, normalmente cuando necesita pensar, pero no siempre, a veces solo acciona los mecanismos para escuchar el clic-clic-clic del aparato. En la esquina, un filodendro no muy grande, quizá de un metro de alto, en una maceta de barro protegida por un macetero blanco; lo riega con mimo cada dos días en verano y cada semana en las temporadas más húmedas, frecuentes en la capital de Massachusetts; ha tenido que cambiar la maceta ya dos veces y seguramente tendrá que volver a trasplantarla a una más grande después de la primavera. En el centro de la estantería, apoyado contra la pared, descansa un facsímil enmarcado y protegido por un vidrio de la *Sezione per lungo del Pantheon che dimostra il Pronao, o Portico, e l'interno del Tempio*, el excepcional grabado que Francesco Piranesi realizó en 1790 del Panteón de Roma a partir de los dibujos que su padre Giovanni Batista realizó en 1750. Bill LeMessurier mira durante una fracción de segundo la ilustración; la columnata de acceso terminada en hojas de acanto y deliciosamente acotada en pies y brazas, los arcos de descarga de ladrillo, invisibles dentro de las tongadas de mortero y puzolana; la delicadísima sombra arrojada desde el óculo que rellena los casetones del intradós de la cúpula, que parecen decorativos, pero su función genuina es aligerar el peso del hormigón romano. Todo funciona, todo trabaja, todo sirve a un propósito desde hace dos mil años. Los seres humanos nos rodeamos de objetos que proyectan el deseo de una vida futura y, junto a la mesa de su despacho, LeMessurier ha enmarcado un grabado de la arquitectura del cosmos.

4
UNA BREVE HISTORIA DEL CENTRO DEL MUNDO

> Estos eclipses tardíos de sol y luna no presagian ningún bien.
> Aunque la sabiduría de la naturaleza pueda razonarlo,
> en realidad se ve azotada por terribles
> efectos que no puede controlar:
> el amor se enfría, la amistad se apaga, los hermanos se dividen.
> En las ciudades, motines; en los países, discordia;
> en los palacios, traición.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*

Nueva York es una ciudad construida encima de otra ciudad que a su vez está construida sobre los hombros de otra ciudad y, como sus calles cortas y sus avenidas larguísimas, se esconden las unas de las otras en una retícula emocional perfecta. Solo injerencias insensatas se atreven a cortar líneas que se trazaron ciento cincuenta años antes. Desde Harlem hasta Battery Park, Broadway recorre ese siglo y medio como el hilo irregular de un costurero en su primer hilván. Un camino que nace entre edificios de ladrillo con escaleras metálicas en la fachada que sirven de balcones para mirar a los grupos de niños negros e hispanos que se bañan en los chorros de las bocas de incendio bajo la mirada desaprobadora de los policías blancos; que continúa entre bloques forrados de piedra y mármol cuando aparecen los primeros dioses: el Rockefeller Center, el Empire State Building; entre columnatas neoclásicas al pasar delante del Metropolitan; entre las calles del Village, alineadas de casas limpísimas de tres plantas con escaleritas donde los hombres pudientes que viven dentro nunca se sientan; entre los viejos mastodontes que bombean el corazón del planeta en Wall Street; y al final, las dos torres blancas del World Trade Center hundiéndose en el cielo lejos de todo y lejos de todos. En el centro, Times Square: las esquinas donde las prostitutas se buscan la vida y los chulos vestidos como pavos reales les exprimen el alma pisando sobre la suciedad y los folletos de los cines X. Todo se recorre, nada se cruza. Solo los coches lo atraviesan, pero el humo del tráfico neoyorquino se comporta como los personajes de una novela de Charles Dickens; por mucho que intente subir, siempre se queda abajo. Es abril de 1971 y la realidad se construye

encima de otra realidad que a su vez se ha construido a hombros de otra realidad. Y ninguna de estas realidades se toca.

A poco más de diez minutos a pie de Times Square, pero a una galaxia de distancia, Walter Wriston entra por el portón de vidrio del 399 de Park Avenue con una sonrisa en la cara, con la misma sonrisa con la que entra cada mañana a las ocho y media. «Buenos días, Mark», saluda al portero, que le devuelve el saludo de forma idéntica todos los días: «Buenos días, señor Wriston. Otra mañana estupenda en Manhattan», aunque llueva, haga sol o la niebla del East River se haya comido las copas de los rascacielos. «Estupenda, Mark. Estupenda». Wriston se precia de conocer a todos los empleados de la sede central de Citicorp. Por su nombre y apellido, pero también, y a menudo, por todo lo que los rodea. Mark Carver es un hombre negro y fuerte de casi cincuenta años, fue un jovencísimo cabo en el Vigesimosexto Regimiento de Infantería, en Bélgica y, aunque no suele hablar de sus peripecias en la guerra, a veces se le escapa alguna anécdota aquí y allá. Wriston tiene más o menos la misma edad que el portero del edificio donde se asienta la compañía de la que es presidente. Él no fue a Europa; sirvió en las Signal Corps en Filipinas, un puesto esencial en las comunicaciones, que, como todos los puestos esenciales, se situaba cuidadosamente lejos del frente. Cuando llegó allí ya era licenciado en Derecho y Relaciones Internacionales; cuando regresó con veintiséis años, entró como inspector en Citibank. Sus amigos le llaman Walt. Cuando volvió de la guerra, Carver fue mecánico, cocinero y vendedor en una tienda de comestibles antes de conseguir su puesto de portero en el 399 de Park Avenue. Siempre se dirige a Wriston como «señor Wriston».

Wriston es una realidad sobrevolando otras y, probablemente, las realidades de Nueva York nunca se han tocado. Cuando el coronel Samuel Osgood llegó por primera vez en 1789, la ciudad apenas ocupaba la esquina sur de la isla de Manhattan y consistía esencialmente en cuatro mansiones opulentas, cien edificios birriosos y mucho fango. Y olía sobre todo al fango. Las calles se inundaban de lluvia y también de las aguas grises —y negras— que los neoyorquinos arrojaban desde sus casas y que se mezclaban sin remedio con las deposiciones de los caballos que arrastraban los carruajes de los propietarios de las mansiones opulentas. Pero Osgood la miraba desde lo alto de uno de esos carruajes y la entendía. Bisnieto de un inglés pobre y desesperado que había arribado a las costas de Massachusetts y se había

encontrado con un territorio desconocido y hostil donde solo había miedo, bosques, brujas y folclore, Osgood sabía que Nueva York era la ciudad perfecta para empezar a crecer como un suflé horneado con cientos de lanzas en su superficie. Y plantó la primera: el 6 de junio de 1812 fundó el City Bank of New York en la esquina de un edificio neoclásico de Wall Street. La estructura del tiempo colocaba sus peones y sus alfiles dispuestos a desplegarse.

Con su peluca blanca dieciochesca, el retrato del coronel Osgood es el primero de los doce expresidentes que cuelgan en la pared derecha del lobby del 399 de Park Avenue. No están todos, y realmente nadie sabe por qué no están todos: Taylor, Percy Pine, James Stillman, James S. Rockefeller, Brady Jr., que dirigió la compañía durante la guerra. Wriston ya no los mira, ni siquiera el suyo: una fotografía donde aparece sentado en la mesa de reuniones de su despacho en la planta cuarenta. Sentado *en la mesa*, no en una de las sillas, con las piernas relajadas apenas tocando el suelo y las manos cruzadas sobre el regazo con la actitud de alguien que quiere ayudarte. Sonríe a la cámara sin forzar el objetivo, sin invadir el espacio al otro lado del retrato. «Buenos días, Alina», saluda a la señora Ramírez mientras esta termina de limpiar con un paño de lana el mostrador de mármol. «Buenos días, Steve», repite a Steven Leery, el viejo irlandés que lleva detrás de ese mostrador de bienvenida desde antes de que Wriston terminase la carrera. «Señor Wriston», responden ambos.

En el ascensor deja un instante su maletín en el suelo para poder acomodarse los gemelos. Él no es como los tipos de los retratos, no viene de ninguna familia ni de ninguna casa nobiliaria estadounidense, que no se llaman así, pero ejercen como tales. Sus padres son profesores en Connecticut, por el amor de Dios. Rockefeller ha sido presidente en dos ocasiones y no es más que un remero que llegó allí porque su madre era la hija de Stillman. Wriston lo ha cambiado todo. En cuatro años desde que ascendió a la vicepresidencia, la compañía ha crecido por todo el mundo; han abierto mercado en Latinoamérica y en Extremo Oriente, las señales de Hong-Kong y Singapur son boyantes y hasta le ha puesto el ojo a una futura expansión en Vietnam cuando todo termine allí. En el último año ha desarrollado la MasterCard y ha elegido a cinco vicepresidentes de división negros y tres vicepresidentas, ha rebajado la edad de los directivos en más de cinco años y nunca sube directamente a la planta cuarenta, siempre se detiene

antes, con frecuencia en la treinta y cuatro o en la treinta y siete, para charlar un rato con la gente de marketing. Para escucharlos. El futuro no pasa por hacer las cosas bien, eso no es suficiente. Lo importante es que todos sepan que en Citicorp las cosas se hacen bien, que todos sepan que son el banco más grande del planeta, que todos sepan que ellos son quienes pueden hacer lo que ninguna otra compañía puede hacer.

El ascensor para en la treinta y nueve. Al otro lado están John Reynolds, Hank Mason y su secretaria y asistente personal, la señorita Phyllis Marquand. Reynolds es el vicepresidente ejecutivo, su mano derecha; Mason, el vicepresidente de la división inmobiliaria para Estados Unidos, quien más sabe de todo lo que está pasando con el rascacielos. Con su futura sede. Wriston abre la conversación justo tras poner un pie fuera de la cabina del ascensor: «Caballeros, Phyllis». «Walt» responden los hombres casi al unísono. «Buenos días, señor Wriston», sonríe la señorita Marquand.

El día anterior Reynolds y Mason se reunieron con el arquitecto y el ingeniero de la obra y, aunque en el briefing que envió a Wriston se explicaba con claridad el problema, Mason se siente en la obligación de detallárselo antes de entrar en la sala de juntas.

—Es muy sencillo: la única manera de construir el rascacielos es derribando la iglesia. El ingeniero es inflexible, y yo le creo —comienza mientras caminan por el pasillo invisible que deja la disposición de las mesas de oficina. La planta libre nunca es totalmente libre; siempre hay caminos principales y caminos secundarios, aunque no estén delimitados por puertas ni tabiques. Ellos avanzan por uno de los principales, a un costado de las dos docenas de empleados que empiezan la jornada laboral. Administrativos, delegados, jefes de sección. Barnes, Tom DiBianco o Eunice Taylor, casada y con dos hijos y orgullosa de no haber cambiado su vida por la de ama de casa. Algunos aún comentan con sus compañeros la película que vieron ayer o el último titular del *Wall Street Journal*: «Nixon planea vender su programa acercándose a la gente», «Se preparan protestas contra la guerra en Washington D. C.». Incluso los periódicos de negocios no pueden escapar de Vietnam, aunque en las oficinas ejecutivas de Citicorp nadie parezca prestarle demasiada atención al ruido del mundo, ahogado entre las teclas de las máquinas de escribir, el humo de algunos cigarrillos, el ajetreo de cajones, informes, carpetas y archivadores y la voz demasiado grave de Jeff Katzenberg, que acaba de dejar de fumar y se le nota. Wriston le saluda con la mano a pesar de que es a Mason a quien está prestando atención.

—Pero ya hemos pagado nueve millones de dólares por esa iglesia —le responde.

—Hemos pagado nueve millones por los derechos aéreos, por el derecho a construir encima del edificio. No por el edificio.

—¿Hemos pagado nueve millones de dólares por un montón de aire? —pregunta divertido, si bien el asunto no le divierte demasiado.

—Lo sabes perfectamente, Walt.

Wriston lo sabe perfectamente. Está encima de ello desde el día en que ascendió a la presidencia de la compañía, desde que empezó a comprar las pequeñas casas de ladrillo, las tiendecitas y los quioscos de tabaco que poblaban el enorme terreno junto a la iglesia en el 601 de Lexington Avenue, a solo una manzana al este del 399 de Park Avenue. Sabe que los luteranos se han negado a vender la iglesia por más que subiesen la oferta y que lo único que han podido conseguir de ellos son los derechos aéreos.

—Alemanes del demonio. Pensé que nos habríamos librado de ellos en el 45 —continúa Wriston mirando cómo Reynolds entorna los ojos ante su broma. A Reynolds a veces le exaspera que parezca tomarse con ligereza cuestiones bastante serias.

Wriston tiene claro que la cuestión es seria. Ya ha leído todos los briefings y ha estado en todas las reuniones y ha escuchado decenas de veces que no pueden librarse de los alemanes así como así, porque el problema es que esos alemanes estaban allí antes, mucho antes que Citicorp. Llevan allí desde mediados del XIX, cuando el Midtown de Manhattan era una colección de casuchas desperdigadas y solares sin construir, y llegaron con la marea de cien mil inmigrantes, más de la cuarta parte de la población de Nueva York, que desembarcó por Ellis Island en apenas cinco años. Italianos, rusos y chinos, pero sobre todo cincuenta mil irlandeses que escapaban de la Gran Hambruna y otros cincuenta mil alemanes, esos alemanes del demonio, que buscaban una vida mejor al otro lado del océano. Pero no la encontraron. La llegada de los extranjeros provocó el pánico entre los neoyorquinos y fueron obligados a trabajar en los peores trabajos y a vivir en las peores casas. En edificios enclenques de dos o tres plantas, construidos en ladrillo no demasiado bien aparejado, donde familias dormían hacinadas junto con otras familias dentro de una pesadilla americana colectiva.

Expulsados del dios del dinero, que controlaba todo desde Wall Street, el poco consuelo que encontraban los alemanes venía de sus propios dioses: el 2 de junio de 1862, en la esquina de Lexington Avenue con la Cuarenta y nueve, el reverendo Peter Johannes Gottschalk celebraba el primer oficio de

la *Deutsche Evangelische Lutherische Sanct Petri-Kirche*, la Iglesia Alemana Evangélica y Luterana de San Pedro. Fue una ceremonia modesta para apenas tres docenas de inmigrantes, que se ofició en alemán entre el olor al barro de las calles, impregnado por la lluvia y la humedad del East River, y los efluvios de las carnes frescas y los pescados encurtidos que subían de la planta baja, pues ese primer servicio no se llevó a cabo en ninguna iglesia, sino en la planta primera de una tienda de comestibles y salazones. Treinta años más tarde, la congregación había crecido lo suficiente como para comenzar a oficiar en inglés y como para necesitar un edificio exclusivo. Como también había crecido tanto como para dejar de ser ajena al dinero, en 1895 compraron la vieja iglesia presbiteriana que se levantaba en la Cuarenta y cinco y cinco años después la vendieron a la *New York Central Railroad*, y con lo que sacaron construyeron la iglesia luterana de San Pedro en la esquina de la Cincuenta y cuatro con Lexington Avenue. Justo en la parcela donde ahora Citicorp ha planeado establecer su nueva sede. Es más, el banco ni siquiera llegó al 399 de Park Avenue hasta el 61, así que, efectivamente, Wriston sabe que los alemanes llegaron antes, casi sesenta años antes de que él decidiese que allí iba a levantar su rascacielos. Porque Nueva York es una ciudad construida sobre otra ciudad que a su vez está construida a hombros de otra ciudad que llegó allí antes. Una Babel de ciento cincuenta y cinco calles y once avenidas como las casillas de un tablero de ajedrez, y la iglesia de los alemanes está enrocada en posición defensiva desde hace seis décadas, sí, pero él es el rey. Wriston es el rey del centro del mundo. Y todos los reyes se sientan en un trono. El tiempo del Empire State y el Rockefeller Center queda muy lejos, las mismas Torres Gemelas solo han podido hacerse porque el estado de Nueva York y la autoridad portuaria inyectaron millones de dólares. Ahora, con una guerra absorbiendo la economía del país como una aspiradora activada desde el otro lado del globo, no hay ningún banco, no hay ninguna compañía con el dinero ni la capacidad *ni la voluntad* para construir un rascacielos en Manhattan. Ellos sí. Él sí.

—De acuerdo, no podemos quitarnos de encima a los alemanes y tampoco podemos construir con los alemanes en medio. Algo vamos a tener que hacer.

—Algo vamos a hacer —responde Mason mientras se acercan a la puerta de la sala de juntas—. No podemos quitárnoslos de encima, pero sí podemos construir con ellos en medio. Solo que no con *esa* iglesia en medio. Que te lo cuente el ingeniero.

Hank Mason abre la puerta. A un lado de la mesa circular que ocupa todo el centro de la sala se sienta Jason E. Kaufmann, el abogado inmobiliario que

asesora a Mason. Del otro lado están Hugh Stubbins y William LeMessurier, recortados contra el ventanal que enmarca el East River y el borde de Manhattan bajo la luz dorada de la mañana. Wriston ya conoce a Stubbins de cuando firmaron el contrato inicial para el diseño del rascacielos, es un tipo alto que se expresa con tranquilidad y elocuencia. LeMessurier es más joven. Sí, es sensiblemente más joven. Se diría que, con la excepción de la señorita Marquand, es la persona más joven de la sala y tiene una mirada profunda y curiosa, como la de un pez que fuese un perfecto nadador, pero al que acaban de cambiar de acuario. Todos se levantan de sus sillas para estrechar las manos de los que acaban de entrar. Wriston les saluda uno a uno con una sonrisa amplia y confiada, pese a lo crucial de la reunión que va a comenzar en unos minutos.

—Buenos días, señor Kaufmann. Señor Stubbins. Y usted debe de ser el profesor LeMessurier; su reputación le precede.

—Y usted es sin duda el señor Walter Wriston —contesta LeMessurier devolviéndole una sonrisa incluso más amplia mientras señala con la cabeza el retrato de Wriston que preside la sala de juntas—. Intentaré estar a la altura de esa reputación.

—Por favor, llámeme Walt —responde el presidente del banco más grande del mundo.

5
CÁLCULO

> Tened más de lo que mostráis,
> hablad menos de lo que sabéis,
> prestad menos de lo que debéis,
> cabalgad más allá de donde os detengáis.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*

—Tengo este coche desde hace tres años y ya me estaba extrañando que no me lo preguntases hasta ahora —dice LeMessurier mientras cierra la puerta del conductor elevando un poco la voz por encima del tráfico de Lexington Avenue.

—Es que estoy casi seguro de lo que me vas a contestar, pero después de este trayecto, quiero escucharlo de tus palabras —responde Stubbins alargando la vista por encima del capó del coche y de la calzada hacia la manzana de pequeños edificios que se extiende al otro lado de la calle. Quioscos de cigarrillos, licorerías, salones de masajes, tiendas de comestibles.

—Lo has experimentado tú mismo. —LeMessurier busca un par de monedas de cuarto de dólar en el interior de la chaqueta para colocar en la ranura del parquímetro. En realidad no las busca, porque siempre que va a conducir guarda cuatro monedas de cuarto de dólar, las suficientes para aparcar dos horas, pero no demasiadas como para que hagan ruido o abulten mucho en la solapa de la chaqueta—. Tiene la aerodinámica de un Porsche 911 y el interior de un Lincoln, faros direccionables de yodo de cuarzo y una suspensión hidroneumática que ha permitido que no percibieses ni un solo bache ni una sola tapa de alcantarilla, y hemos pasado por encima de unas cuantas. —Introduce las monedas pensando por un instante que los parquímetros no son meros artefactos recaudatorios, sino máquinas que generan burbujas de tiempo alquilado en los costados de las aceras.

—Pareces un vendedor de coches. —Ríe Stubbins. Continúa mirando al otro lado de la calle—. Además, no te lo compraste por eso. Ni por la suspensión ni por la aerodinámica, por mucho que hagan chispas en tu cerebro de ingeniero.

LeMessurier se acerca, aunque siguen hablando en voz alta porque al tráfico de Manhattan a las diez de la mañana se le ha unido el ulular de la sirena de un camión de bomberos, la de dos coches de policía y la de un grupo de veteranos que gritan desde la esquina opuesta: «PARAD LA GUERRA EN VIETNAM». El mundo se antoja un lugar muy lejano.

—¿Sabes cuántos coches hay en Estados Unidos? —LeMessurier hace preguntas como un jugador experimentado abre una partida de ajedrez, anticipando al menos dos respuestas.

—Por supuesto que no.

—Yo tampoco, pero si somos doscientos millones y hay al menos un coche en el garaje de cada casa de cada familia, ajustando las familias que no tienen ninguno con las que tienen más de uno, sumando camionetas y furgones, al menos debe haber cincuenta millones circulando. ¿Sabes cuántos hay como este? Menos de treinta mil. Cuesta lo mismo que un Camaro o un Buick Riviera, pero con una diferencia: este es el coche en el que viaja Georges Pompidou. A todos los efectos, podríamos ser el presidente de la República francesa de paseo por Nueva York. ¿Qué coche quieres que tenga? ¿Un Continental? Hugh, Dios me libre de querer parecerme a Nixon.

Bill LeMessurier conduce un Citroën DS21 «Tiburón» con faros direccionales de cuarzo de yodo y suspensión hidroneumática. Es de color azul claro, no exactamente celeste, sino de ese azul mate que tira a plomizo como un cielo a punto de nublarse. También es notablemente más corto y sensiblemente más barato que cualquier sedán representativo fabricado por Ford o Chevrolet, pero muy distinto, en forma y estilo, a cualquiera de los coches que circulan por las calles y las carreteras de Estados Unidos de América. Hace girar las cabezas de los estudiantes cuando lo aparca enfrente de la Escuela de Diseño de Harvard y, en este breve trayecto por Manhattan, los viandantes neoyorquinos no han sido una excepción. También lleva un Hamilton Pulsar PS1 en la muñeca, el primer reloj digital que ha salido al mercado. Es un prodigio tecnológico de fabricación estadounidense, nadie se fija en él y tampoco se vanagloria de tenerlo, pero las cifras rojas parpadeantes sobre fondo negro son mucho más precisas que cualquier mecanismo de manilla de cualquier reloj de cuerda en caja de oro.

—De acuerdo, pero podíamos haber venido caminando. Estamos a quince minutos del hotel.

—Quería ponerlo justo delante de eso. Júzgalo tú mismo.

Tras la silueta elegantísima del Citroën, diseñada desde el futuro, la iglesia luterana de San Pedro es un pastiche indigno. No pertenece a Nueva

York y ni siquiera pertenece al *pasado* de Nueva York. Con su pináculo neogótico, la cubierta apuntada muy por encima de lo necesario y los rosetones denodadamente preocupados en simular germanidad, el edificio parece tan alemán como una salchicha y tan refinado como esa misma salchicha.

—Es espantosa —concluye Stubbins.

—Es el punto más bajo de la arquitectura victoriana estadounidense. Y la arquitectura victoriana estadounidense es probablemente el punto más bajo de la historia de la arquitectura mundial. La culpa la tenéis los arquitectos.

Stubbins da una palmada en la espalda de su amigo mientras se carcajea para adentro sin apartar la vista del frente. Como los matrimonios bien avenidos o como una pareja de soldados en misión de exploración, no se miran cuando hablan entre ellos. No lo necesitan. Con los ojos hacia el cielo, Hugh Stubbins está dibujando un fantasma de aluminio del tamaño de un coloso que flota de puntillas a treinta metros de altura sobre las licorerías y los salones de masaje y sobre el estrato más compacto de la ciudad: la calle. Allí donde nadie ve más allá de lo que tiene delante de los ojos. Su siguiente reparto, su siguiente informe, su siguiente sombrero, su siguiente moneda, su siguiente lugar donde pedir una moneda. Una mujer se detiene un instante para ajustarse una media algo caída por el caminar sobre el hormigón de la acera. Un hombre lee el periódico fingiendo que le interesa. Manhattan es la ciudad de los dioses, pero nadie mira hacia arriba. Hugh mira hacia arriba y dibuja. Bill LeMessurier mira hacia arriba y dibuja el fantasma del fantasma, la mano invisible que va a sujetar el rascacielos. Aún no sabe cómo va a ser, nadie lo sabe, pero ya traza líneas en el aire desde las aristas hacia el centro, desde la cubierta hacia la cimentación, y esas líneas crecen como ramas en el espacio vacío junto a cifras y vectores que solo él ve. Carga vertical, esfuerzo horizontal, pandeo, deformación.

Llegaron hace dos días para preparar la reunión con los luteranos junto con los abogados de Citicorp y los suyos propios, aunque todo estaba más que hablado y más que pensado. Bill podía haber venido en avión como hizo en los otros cuatro encuentros, pero percibía que este iba a ser el último. Sonríe al recordarlo porque allí, con el tráfico neoyorquino cruzando delante de sus narices, se da cuenta de lo estrafalario que es pensar en que haya *percibido* algo, como si él fuese algún tipo de chamán. En realidad, lo único que ha hecho es calcular el resultado más probable de las otras cuatro reuniones que ya han tenido con el banco después de esa cuarta que mantuvo con Hugh en su oficina de Boston.

La quinta tuvo lugar en el despacho de John S. Reynolds, vicepresidente de Citicorp, en la planta cuarenta de la sede central de la compañía en el 399 de Park Avenue, justo a la espalda del solar donde quieren levantar su nuevo edificio. Le acompañaba el responsable de operaciones inmobiliarias de la compañía, un tipo rubio muy bien vestido llamado Hank Mason. Aunque era la primera vez que iban a tener contacto directo con los peces gordos, el acto se preveía como algo no demasiado formal, previsión que se cumplió. La conversación se detuvo exactamente en el momento en que LeMessurier aseguró que la única manera de construir el rascacielos era derribando la iglesia luterana y Reynolds, un hombre afable de cuarenta y ocho años, casi demasiado joven para su cargo, ordenó a su secretaria que dejase de tomar notas. «Soy el vicepresidente de la mayor corporación bancaria del mundo, pero, discúlpenme, no creo estar cualificado para tomar esta decisión ahora mismo», añadió. Cinco personas, siete minutos en total.

La sexta reunión se celebró en la sala de juntas de la planta treinta y nueve. Allí estaban nuevamente Reynolds, Mason, Stubbins y LeMessurier y un abogado de confianza de Mason, pero el foco al que todos se dirigían era Walter Wriston, presidente y CEO, a quien acompañaba una joven extremadamente competente que, sin duda, era su secretaria, pero que, a tenor de cómo la consultaba en más de una ocasión, probablemente ejerciese funciones más elevadas de las que le corresponderían. Apenas pasada la cincuentena, Wriston sonreía en todo momento tras unos ojos inquisitivos que, sin hablar, parecían dar la razón a las palabras que iban saliendo de las bocas de sus interlocutores. Terminó con la misma frase que Bill había pronunciado en la reunión anterior. Siete personas, veintiún minutos.

En la séptima, Wriston apareció rodeado de cinco abogados, tres de ellos especializados en derecho inmobiliario y de la construcción. «Señor Stubbins, señor LeMessurier, no quiero que crean que esto es una encerrona: todos los aquí presentes tenemos el mismo objetivo», anunció al comenzar. El arquitecto y el ingeniero habían acudido cada uno con un abogado porque intuían la encerrona, por mucho que después les asegurasen que no lo era. Trece personas, una hora y treinta y nueve minutos.

Para la octava reunión, la sala de juntas estaba tan llena que hubo que acomodar un par de sillas de oficina que ocuparon, por supuesto, dos de las tres mujeres que tomaban notas. Wriston, Reynolds, Mason, Stubbins y LeMessurier, nueve abogados y tres secretarias. La asistente personal de Wriston se sentó en la mesa central junto al resto de los participantes. Salvo por las formalidades iniciales, solo hablaron los abogados, especialmente tras

el instante en que Michael Cassidy, en representación de Northbrook Insurance, la aseguradora contratada por LeMessurier, soltó: «Ante hipotéticos daños estructurales ocasionados por la construcción de un edificio del peso y las dimensiones previstas que se pudieran producir en un edificio colindante de setenta años de antigüedad y cuyas especificaciones constructivas no es posible conocer con exactitud, la aseguradora se reserva potencialmente el derecho de aplicar las cláusulas decimosexta y decimoséptima de la póliza contratada, las cuales le eximen de cubrir los gastos de las reparaciones causadas por los mencionados daños estructurales parcialmente o en su totalidad». Diecisiete personas, tres horas y once minutos.

Bill LeMessurier sabe que aquellos «hipotéticos», «potencialmente» y «parcialmente» que empleó el abogado no son más que cortinas de humo lingüísticas, así que en total fueron cinco horas y dieciocho minutos de conversaciones circulares para llegar a la misma conclusión: el nuevo edificio de Citicorp no se puede construir ni al lado ni mucho menos flotando por encima de la vieja iglesia luterana de San Pedro. Por eso no ha venido en avión como las otras veces, por eso ha conducido desde Boston. No ha sido por presumir del Citroën, sino porque percibe, *sabe*, que la de hoy va a ser la novena y última reunión, la última oportunidad real de levantar un rascacielos que le puede cambiar la vida. En ocasiones se pregunta cómo ha llegado hasta aquí. Él no procede de ninguna familia de arquitectos ni de ninguna familia de ingenieros ni de ninguna familia de abogados, nadie de sus antepasados alternaba con Los Cuatrocientos ni con ninguna de las casas influyentes de Estados Unidos de América. Sus padres han cumplido los setenta y aún atienden personalmente una pequeña tintorería en Chicago, el mismo local largo y estrecho donde correteaba con seis años y el mismo en el que empezó a trabajar a los catorce rodeado de ese particular olor a vapor de suavizante que desprenden las máquinas de limpieza en seco. De allí salió el dinero que le mandó a Harvard a estudiar mientras miles de sus compatriotas combatían en el frente de Europa o en las playas del Pacífico. No se alistó, y aunque algunas veces duda de si hizo lo correcto, casi siempre se pregunta si habría sobrevivido a la guerra. Quizá sí. Probablemente sí, porque probablemente también habría contado con lo único de lo que dispone cuando las cosas se complican. Un arma más poderosa que las ametralladoras antiaéreas o los carros de combate, más poderosa que el dinero o las influencias: su capacidad

para imaginar y su talento para calcular lo que ha imaginado. No es un don, los dones no existen. Ni siquiera es intuición, porque la intuición no es más que la expresión instantánea de cientos, de miles, de ensayos. Como el trazo final de un Goya que se pinta sobre decenas de pinceladas tentativas que aún pueden apreciarse bajo las capas de óleo. Le gusta Goya, es un pintor del siglo XX aunque sus cuadros sean de principios del XIX. No es un don y no es intuición; es análisis, y análisis sobre el análisis. Son todas esas pruebas dibujadas en el espacio de su cerebro hasta encontrar la respuesta más precisa, la solución perfecta. Pocas veces se ha equivocado. Nunca se ha equivocado. Nunca se equivoca.

Por eso ha cruzado doscientas millas y cuatro estados en coche, porque esas tres horas y media de trayecto le permiten pensar. Le permiten establecer una hipótesis, quizá dos, a menudo más de diez, y transformarlas en escenarios sobre los que operar. Despliega frases sobre el tablero y prevé todas las posibles respuestas y todos los posibles desenlaces. Una negociación es un cálculo y todo ese tiempo rodeado del ruido blanco de la autopista mientras maneja el volante en segundo plano de consciencia es una tabla de ecuaciones de la cual va eligiendo y colocando resultados. Por mucho que en Citicorp hayan pagado millones de dólares por todos los solares de alrededor, por muchos abogados que haya detrás, por muchas cláusulas y muchas amenazas legales y muchas declaraciones amistosas, todo se reduce a un último intercambio de palabras. Pero esta vez no conoce a su adversario. Esta vez se trata de convencer a una persona para que convenza a otras trescientas personas de que abandonen un edificio que es un monumento a la fealdad, pero que también es un edificio que aman. Se trata de quebrar la voluntad de una congregación religiosa hasta el punto de aceptar que su iglesia va a desaparecer convertida en una montaña de escombros. Hay que esperar resistencia. Hay que ofrecer algo a cambio. No puede ser dinero, tiene que ser algo mejor. ¿Pero hay algo que sustituya a la memoria? ¿A tantas mañanas de domingo y a tantas horas de consuelo y felicidad? ¿Está haciendo lo correcto? ¿Hizo lo correcto cuando no se alistó? ¿Cuál es su adversario? ¿Es un adversario? No lo sabe, pero lo calcula, porque una negociación es un cálculo, se repite. Una negociación es un cálculo, una negociación es un cálculo. Todo es un cálculo. Repetir le tranquiliza, pacifica provincias enteras de su pensamiento. La primera vez que una repetición le apaciguó tenía seis años y medio, no, siete y medio, y se pasó dos horas en la cama cantando en silencio la letra de «Who’s Afraid of the Big Bad Wolf?» de Ben Bernie. ¿Quién teme

al lobo feroz? ¿Quién teme al lobo feroz? ¿Quién teme al lobo feroz? Quién teme al lobo feroz si puedes calcular lo que va a hacer.

Por la esquina de la Cincuenta y tres, bajando desde Park Avenue, aparecen Hank Mason y tres abogados, el que responde ante Mason y que ha estado presente en todas las reuniones, el abogado en Nueva York de Hugh Stubbins & Associates y Christine Barrymore, la abogada de LeMessurier Consultants, una mujer con gafas y el pelo recogido, que camina mirando a su cliente como un cuidador miraría a un tigre, señal de que se conocen desde hace bastante tiempo. No son tantos como en los encuentros anteriores porque desde la compañía no quieren parecer intimidantes: esta última reunión va a tener lugar en las dependencias de la iglesia luterana de San Pedro y a estas alturas saben perfectamente que la intimidación no va a dar ningún fruto, aunque haya nueve millones de dólares en juego. Todos se abrochan el segundo botón de la chaqueta mientras se acercan. También lo hace Stubbins, que lleva uno de esos trajes color hueso con los que parece recordar a los presentes que él nació en Alabama. LeMessurier espera hasta el último instante, ya después de los apretones de manos, y con los ojos brillantes, justo antes de cruzar Lexington Avenue, dice: «Señores, vamos a derribar ese edificio horrible y nos lo van a agradecer».

6
CINCUENTA Y SIETE TUBOS DE PLOMO Y ESTAÑO

> ¿Dónde está el rey?
> Lidiando con los elementos: ordenando al viento
> que sople desde la tierra hacia el mar.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El rey Lear*

El padre John García Gensel camina por el interior de la iglesia de San Pedro como si nadie notase que la acaban de limpiar ni que la congregación ha perdido más de la mitad de sus fieles en la última década.

—Nos preciamos de ser la única iglesia que sigue abierta en el centro de Manhattan. Qué otro lugar van a encontrar en esta jungla donde la luz entre con el resplandor y la gracia con la que resbala por nuestras vidrieras —dice a los presentes señalando al rosetón de la fachada.

No es verdad. Los vidrios están agrietados y sucios, el artesonado del techo de las naves laterales está tan ennegrecido que se diría que se ha expuesto al tráfico de la ciudad durante décadas y el lustre de las bancadas de madera recién abrillantadas no puede ocultar que son viejas e incómodas y que los nudos se abren y chirrían cada vez que alguien se sienta en ellas.

—Esta iglesia no es solo la casa de Dios, es el refugio de centenares de personas humildes desde hace setenta años. Carniceros, libreros, taxistas, amas de casa. Nosotros no somos su competencia, lo saben perfectamente. Tienen que entender el cariño que sentimos, que todos sentimos, por este edificio —continúa mientras avanza hacia el altar.

El resto de la comitiva, los cinco hombres y una mujer que vienen de parte de Citicorp, así como James Colton McIntire, el abogado de Merry & Colton que ha contratado la congregación, le siguen silenciosamente fingiendo que le escuchan, como un boxeador atiende al árbitro antes de comenzar el combate. Todos están esperando, aunque no saben muy bien a qué, porque el padre García Gensel lleva ya casi media hora glosando las bondades de un edificio que, por mucho que se empeñe, él es consciente de que no es un prodigio, es una anomalía. No es su culpa, pero no puede evitar sentirse responsable de que, en los casi diez años que lleva al frente de la congregación, los oficios

hayan pasado de estar abarrotados de feligreses a reunir a unas pocas docenas de neoyorquinos cada martes y cada domingo en unos bancos que pueden acomodar a más de quinientas personas. En realidad, el problema no es del pastor, y ni siquiera se trata de que la religión esté abandonando Manhattan, es que ya nadie vive en el Midtown. Las oficinas, los comercios y los rascacielos lo han tomado todo. Pero la congregación se resiste. Es más, si no hubiese sido por él, ya no quedaría nadie y no habría nada con lo que negociar. Porque él ha metido al nuevo Manhattan, al verdadero Manhattan, en la vieja iglesia.

Sube los dos peldaños del altar y se sienta frente al órgano que preside la pared derecha. Es un objeto bellísimo, una escultura de madera y metal cromado que asciende por el muro hasta más allá de la altura de la nave lateral. Acerca el taburete acolchado al teclado y comienza a tocar el Kyrie de la misa en re menor n.º 2 de Bruckner, pero se detiene enseguida.

—Cincuenta y siete tubos de plomo y estaño perfectamente calibrados —dice sin separar la mirada del teclado, dispuesto a comenzar de nuevo.

Los presentes se sientan de forma más o menos desperdigada por las tres bancadas delanteras. El abogado de Citicorp se impacienta visiblemente, no están aquí para escuchar música. Entonces, el padre García Gensel ataca las primeras notas del «Ugly Beauty» de Thelonious Monk en una versión para órgano muy competente que ha arreglado él mismo. La elección del tema no parece arbitraria: *ugly beauty*. Belleza fea. Aguanta algo más tocando, casi un minuto entero. Una vez separadas las manos del teclado, se gira para mirar a su pequeña audiencia:

—Aquí ha tocado Duke Ellington, han tocado Thelonious Monk y Charles Mingus y John Coltrane. No pueden privarnos de que esta música suene en el Midtown como suena en esta iglesia.

Pero, aunque quizá los demás no se hayan dado cuenta, sabe que la melodía que acaba de interpretar no ha sonado como debería sonar. Los acordes se abotagan bajo la bóveda en ecos sucios y descontrolados y el ruido del tráfico del Midtown nunca termina de olvidarse, porque ese edificio se construyó cuando por Manhattan solo había carretas y coches de caballos, no cien mil vehículos a motor como ahora. Él ha traído el *Jazz Ministry* a su iglesia, pero su iglesia no está preparada para el jazz. Durante un instante, se da cuenta del espejismo que han significado las notas de Thelonious Monk en esa mañana de mayo. Está obligado a defenderlo aunque lo que le digan sus tripas, lo que le transmita la punta de cada uno de sus dedos, es que lo único

verdaderamente salvable de la iglesia son sus feligreses y el órgano. Porque la música es su feudo emocional.

Se levanta del taburete.

—Supongo que no estamos aquí para escucharme tocar, no soy un intérprete tan bueno —el reverendo ríe levemente—. Al fin y al cabo, ya tienen lo que quieren. Pueden construir todo lo alto que deseen por encima de nuestra amada iglesia, y seguro que encontrarán una manera de levantar su rascacielos sin que se vea afectada.

Comienza a dirigir sus pasos hacia la sala anexa, donde hay preparada una mesa de reuniones para discutir todo lo que se deba discutir. No va a llegar allí. Nadie va a llegar allí porque tan importante como qué decir es cuándo decirlo. Un francotirador no solo tiene que conocer al dedillo los mecanismos de su rifle, no solo tiene que saber usar la mira, aguantar el pulso conteniendo la respiración y expulsar el aire de los pulmones justo en el momento de disparar; también debe ser un experto en esperar, en esperar y esperar hasta encontrar el instante exacto en el que apretar el gatillo, y el padre García Gensel ha mirado a LeMessurier justo al pronunciar «encontrarán una manera». Como un testigo descuidado que se asoma a una ventana, se acaba de convertir en un blanco perfecto.

—No la hay. —LeMessurier se adelanta en la bancada e interviene con la precisión de un cuchillo recién afilado—. No hay manera de excavar cincuenta mil metros cúbicos sin afectar a un edificio que se levanta a apenas diez metros. Retirar treinta y siete mil toneladas de tierra va a provocar empujes horizontales en la cimentación imposibles de resistir por una estructura que solo se calculó para aguantar una carga vertical de unas cinco mil toneladas, que es lo que debe pesar esta iglesia.

—Yo no soy ingeniero, señor LeMessurier, soy un hombre de fe. No comprendo esas cifras que usted me dice —miente García Gensel, que, si bien no acierta a hacerse una idea exacta de las dimensiones que acaba de escuchar, entiende perfectamente la diferencia entre vertical y horizontal y entre treinta y siete mil y cinco mil.

—Usted es un hombre de fe y también es un hombre de música. Si no estoy equivocado, es muy probable que los cincuenta y siete tubos de su precioso órgano no estén fabricados exclusivamente con plomo y estaño. —LeMessurier se levanta, sube los dos peldaños y se acerca al instrumento.

—Bueno, el órgano no es mío, pertenece a toda la congregación. Por decirlo de algún modo: nosotros solo lo administramos. —El pastor sonríe y continúa—. Pero así es: el plomo es demasiado maleable y se suele incorporar

una cierta cantidad de cobre o níquel para que los tubos no se doblen por el peso. Los de nuestro maravilloso instrumento cuentan con una parte de níquel en su aleación.

La conversación se pausa durante una fracción de segundo en el breve eco de la nave central. El abogado de Citicorp, cada vez más impaciente, parece querer aclarar algo, pero Mason se lo impide negando en silencio con la cabeza. LeMessurier mira al otro lado del edificio sin fijarse en nada ni en nadie, y continúa:

—Dentro de unos meses, máquinas más grandes que esta iglesia van a entrar en el solar y van a comenzar a excavar una cantidad de tierra del tamaño del Carnegie Hall, y esa excavación va a provocar que la iglesia se mueva en direcciones para las que no está preparada, y ese movimiento va a abrir grietas en los muros y en los pilares que sujetan el campanario, y las vidrieras se quebrarán y habrá fragmentos del techo que caerán sobre las bancadas de los feligreses y sobre el altar, y también, con casi total seguridad, caerán sobre *su* órgano. —Señala los tubos metálicos del instrumento—. Y no hay suficiente níquel para sujetar esas grietas. Ni suficiente níquel ni suficiente acero ni suficientes medios técnicos para impedirlo. Sencillamente, va a suceder.

Cuando LeMessurier concluye, se levanta un revuelo sordo en la iglesia. Todos abren mucho los ojos, como espectadores de un formidable partido de tenis que se estuviese celebrando en la pista central de Forest Hills. Pese a la catastrófica exposición del ingeniero, el padre García Gensel no parece atemorizado.

—Por eso, el señor Colton McIntire redactó un contrato para la venta de los derechos aéreos de nuestro edificio en el que se especifica que ustedes se harán cargo de cualquier daño que pueda sufrir la iglesia donde nos encontramos. Y ese contrato, con todas las salvedades y las cláusulas que quisieron añadir, ya se ha rubricado por ambas partes. Recuerdo que a la firma asistió el amable señor Mason, aquí presente —termina señalando con la mirada al hombre de Citicorp.

—Y ese contrato les ha reportado nueve millones de dólares, pero, no se ofenda, sin dudar de la capacidad del señor Colton McIntire, cuando se abran las grietas, ustedes van a encontrarse enfrente a la mayor corporación bancaria del mundo. Y entonces, el amable señor Mason dejará de ser tan amable y a su lado aparecerá un ejército de abogados que prolongarán el litigio durante años.

—Sabremos esperar.

—Ustedes sí, pero su iglesia no. Cuando lleguen a un acuerdo, *si es que llegan a un acuerdo*, los daños en este edificio habrán avanzado muy por encima de lo reparable, y lo único que podrán hacer es derribarlo y construir uno nuevo.

—Pero ese nuevo edificio lo pagará la, como usted dice, corporación bancaria más grande del mundo. Tiene dinero de sobra para hacerlo.

—Sin duda lo tiene. —LeMessurier mira de reojo a Mason—. Pero lo más probable es que para ese momento ustedes ya se hayan gastado esos nueve millones de dólares en pleitos y abogados. Lo que le ofrecen, lo que le ofrecemos, es construirles una nueva iglesia ahora, al mismo tiempo que el rascacielos. Los costes serán mucho menores, no habrá litigio de ningún tipo y, además, seguramente les sobrarán unos cuantos millones que la congregación podrá emplear en lo que desee. Al fin y al cabo, ustedes no hacen voto de pobreza.

En ese momento, el murmullo sube varios decibelios y se entreoyen palabras como «insolencia» y «por favor». De repente, en la gran nave hace el suficiente calor como para que García Gensel se quite la chaqueta y se afloje el alzacuellos. Ahora mismo solo es un hombre con una camisa negra de manga corta. El ambiente se ha enrarecido como el oleaje previo a una tormenta, y el abogado de Citicorp intenta aplacarlo adelantándose a la respuesta del pastor: «Lo que quiere decir el señor LeMessurier…», pero el pastor no le deja continuar. Pese a todo, de manera extraña, parece calmado.

—Todos sabemos lo que quiere decir el señor LeMessurier, pero yo quiero escucharle con mis propios oídos.

—Padre, entre usted y yo. —Bill se sienta en el taburete del órgano, se quita las gafas y sonríe ampliamente. No tiene claro si el pastor es un adversario o un aliado, pero reconoce que este es el instante en el que hay que apretar el gatillo—. Ambos sabemos que esta iglesia es un edificio viejo y feo, y en Nueva York ya hay demasiadas cosas viejas y feas.

—¡Cómo se atreve! —Colton McIntire se levanta a voz en grito, aunque con un tono demasiado vehemente y claramente impostado. Mason y su abogado tienen los ojos más abiertos de lo que parecería posible en un ser humano; en cambio, la señorita Barrymore los cierra, no totalmente sorprendida por lo que acaba de escuchar a su cliente. Stubbins se echa las manos a la cara para que nadie adivine que se está riendo por dentro: si va a perder la oportunidad de construir un rascacielos en Manhattan, que sea a lo grande.

—Por favor, déjele terminar —concluye García Gensel, sin dejar de mirar a LeMessurier, pero levantando la mano en ese gesto inequívoco que anuncia a todo el mundo que no necesita protección.

Y LeMessurier termina:

—Mire, el jazz no es la música del año 1900 y mucho menos es la música del siglo trece, que es lo que imita esta iglesia. El jazz es la música de ahora. De ahora. Y el señor Hugh Stubbins es el mejor arquitecto del país y le va a diseñar una iglesia digna de ahora. Una iglesia que resplandecerá donde no hay ninguna otra iglesia. Aquí, en el Midtown. Un templo donde Duke Ellington y Thelonious Monk no sonarán adormecidos. Un templo para su gente y para su música. Un templo para su órgano.

Por un momento que parece una eternidad, la nave central de la iglesia luterana de San Pedro se sumerge en un silencio rugoso en el que casi ni se escucha el tráfico de Lexington Avenue. El padre García Gensel levanta un instante los ojos hacia la bóveda, *hacia el cielo*, y se vuelve a abrochar el alzacuellos para dirigirse a Hank Mason con una voz leve, casi susurrante, pero perfectamente limpia:

—Señor Mason, esta es una decisión capital y la congregación tendrá que votarla, pero es posible que los pueda convencer. —Sabe que los va a convencer—. Si esa votación es favorable, tengo la sensación de que vamos a llegar a un acuerdo entre Dios y *Mammón*, y que ese acuerdo será en beneficio de ambos.

Se estrechan las manos. Todos se estrechan las manos y se felicitan. Bill LeMessurier se levanta de la silla con una punzada en la parte superior del estómago que no entiende totalmente. Durante una fracción de segundo, la bóveda se abre y al otro lado del cielo ve cómo estallan relámpagos de luz púrpura y aluminio plateado como bombas nucleares. Todos los edificios de alrededor caen: las tiendas de comestibles, los salones de masaje, las licorerías y los quioscos de cigarrillos doblan las piernas y colapsan. Los rascacielos de Park Avenue se inclinan. La iglesia tiembla y se agita y se resquebraja hasta quedar reducida a una montaña artificial de escombros sobre los cánticos y los salmos. Las bancadas de madera se llenan de un moho de siglos y los cincuenta y siete tubos del órgano mueren retorcidos y aplastados.

Con una mueca de alivio, su abogada se acerca para agradecerle la intervención y Hugh le da la mano a la vez que le sujeta el hombro en un gesto lo más parecido a un abrazo que le permiten el decoro y las circunstancias. Sabe que nadie más ha visto lo que él ve, pero también sabe

que *Mammón* es el nombre bíblico de la avaricia y que, en su evangelio, Mateo cita a Jesús diciendo: «No podéis servir a la vez a Dios y a *Mammón*». Nueva York avanza a lomos de firmas rubricadas en contratos extraños y misteriosos. Camina por territorios sin mapas.

SEGUNDA PARTE

BABA YAGA

Unas seiscientas cincuenta mil personas permanecían sin empleo en abril en el área del condado de Nueva York y noreste de New Jersey, lo que representa una tasa de desempleo del 9,7 por ciento, informó Herbert Bienstock, comisionado regional de la Oficina de Estadísticas Laborales del Departamento de Trabajo de Estados Unidos. Esto supone un leve descenso respecto a la tasa de marzo, que fue del 9,8 por ciento. La zona de Nueva York mantuvo una tasa del 9,6 de marzo a abril, pero en contraste, en el área de New Jersey, la tasa de desempleo bajó del 10,3 por ciento al 10 por ciento de un mes a otro.

Todos los trabajos de construcción y reparación de calles en el Midtown y el Bajo Manhattan estarán prohibidos durante la celebración del Bicentenario y durante la Convención Nacional Demócrata a partir del 12 de julio, para así facilitar el flujo de tráfico y reducir el peligro para los peatones, anunció el administrador de Transporte, Alexander J. Mautner. Las restricciones se aplicarán del 2 al 19 de julio. A excepción de los trabajos de emergencia, la prohibición de construir afectará las calles entre la Veintitrés y la Cincuenta y nueve desde el río Hudson hasta el East River, y todas las vías al sur de Chambers Street, así como en Chinatown.

The New York Times, 27 de junio de 1976

7
LA DANZA

¿No nos alimenta la misma comida que a un cristiano?
¿No nos hieren las mismas armas,
nos enferman las mismas dolencias,
nos curan los mismos remedios?
¿No nos enfría y nos calienta el mismo verano
y el mismo invierno que a un cristiano?
Si nos pincháis, ¿no sangramos?
Si nos hacéis cosquillas, ¿no nos reímos?
Si nos envenenáis, ¿no morimos?
Y si nos haces mal, ¿no nos vengamos?
Si somos como tú en todo lo demás,
bien parece que también lo seremos en esto.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

El 12 de octubre de 1780, en ese punto del día en el que la mañana se gira en el cielo, mil miríadas de partículas de agua comenzaron a bailar sobre la superficie del océano Atlántico.

El primer hombre que avistó el fenómeno fue Álvaro Gomes, un pescador criollo de la isla caboverdiana de São Vicente, quien de vuelta a Mindelo, mientras departía con otros compinches en la taberna del puerto, se refirió al asunto como «una extraña bruma de casi quince brazas, brillante y verdosa, mucho más alta de lo normal para esa hora del día y aún más en estas fechas del calendario. Les juro por la imagen de Nuestra Señora de la Playa Blanca que nada se alcanzaba a divisar más allá del cabo del Tarrafal. Como si el océano hubiese desaparecido. Nada igual han visto mis ojos antes». A Gomes le respetaban en la cofradía pese a ser de sangre mezclada, pues se había ganado el favor del gobernador, el señor don António Pusich, quién sabe si porque la parte blanca de esa sangre no viniese de la propia familia del gobernador. No obstante, nadie le dio demasiada importancia al relato de Gomes, camuflado como estaba entre los otros cuentos y exageraciones, tragos, persignaciones y aspavientos con las que los pescadores solían

salpimentar sus historias, normalmente aburridas, hasta transformarlas en aventuras en medio de la mar.

Entretanto, la danza de las partículas siguió creciendo en su avance hacia el oeste, y las mil miríadas pasaron a ser mil millones de miríadas ascendiendo al cielo. Cuando llegó al Caribe, las aguas cálidas de la línea del Trópico ya habían alimentado el sistema una y otra vez, y una y otra vez, y una y otra vez, como el combustible de una máquina de aterradora precisión entrópica, hasta que la bruma se convirtió en nubes y las nubes, en catedrales. Torres bulbosas de veinte mil pies agrupadas en una espiral de trescientas millas de diámetro girando imparable como una ciudad construida para los dioses que castigaban al mundo con latigazos eléctricos, lluvias como dagas y vientos que gritaban por encima de cualquier lamento y levantaban el océano en montañas líquidas. Ningún navío estaba preparado para remontarlas.

No le pareció obra de dioses al teniente John Inglis Redhall, al mando del HMS Sultana, cuando la primera mar arbolada golpeó el casco de su goleta en la madrugada del día de San Calixto. «¡Si nos está mandando esto es porque en algún momento nos hemos debido de acercar demasiado a los dominios de Lucifer!», vociferó desde la batayola de popa por encima del bramido de la tempestad, mientras señalaba las olas de veinte pies que azotaban el barco mucho más allá de la merced del océano. El fragor del viento era tan ensordecedor que el timonel, el señor Martin Patmore, casi no acertaba a entender las palabras del capitán, pese a estar a apenas unas pulgadas de distancia.

Pero había algo más. Por debajo de todo ese ruido había un zumbido grave, demasiado grave. Un ulular antinatural combinado en armonías subsónicas con el repiqueteo incesante de la lluvia percutiendo en el casco y con los crujidos de los mástiles y las vergas que, aun con todo el velamen arriado, quebraban sus fibras en una batalla que ya habían perdido. A oídos de Patmore y a los de los otros veintitrés tripulantes del Sultana, el teniente Redhall tenía razón: ese rugido bien podría ser una llamada a zafarrancho emitida desde las profundidades del infierno.

—¡Señor Balderstone, baje a la bodega y ordene que arrojen todo por la borda! —contestó a gritos al contramaestre, quien, agarrado precariamente a uno de los obenques del palo maestro, acababa de preguntar cuáles eran las órdenes a tomar.

—¡Sí, capitán! —respondió Balderstone sujetándose la casaca con dificultad ante el empuje de la tormenta. Pero no se giró de inmediato,

aguantó un par de segundos antes de volver a preguntar—. Disculpe, capitán, ¿qué quiere decir con «todo»?

—¡Quiero decir todo! ¡Todo! ¡Toda la carga, los barriles de pólvora, las provisiones, los baúles, los catres! ¡Desaten el ancla! ¡Lancen los malditos cañones al fondo de este mar endiablado!

—¡Con todo el respeto, mi capitán, eso es un suicidio!

—Escúcheme bien, señor Balderstone: ¡nadie, *nadie* vivirá para ver el alba si no vaciamos este barco! ¡Estas son sus órdenes, y que el Señor nos asista si no las cumple ahora mismo!

El contramaestre cerró los ojos y musitó un «Sí, capitán» que ni siquiera él mismo escuchó.

Como avanzado de la flotilla que patrullaba la banda oriental de las islas antillanas, el HMS Sultana era un barco ligero, extremadamente ligero. Con apenas cincuenta pies y seis pulgadas de eslora era, de hecho, la nave más pequeña de toda la Marina Real, y cuando los marineros de otros barcos menospreciaban sus habilidades, cualquier miembro de la tripulación del Sultana replicaba vanagloriándose, y con razón, de la asombrosa velocidad de la nave: «Hasta catorce nudos y medio en la travesía de Trinidad», espetaban regocijados y añadían, también con razón, que el resto de la flotilla poco podría hacer sin la capacidad de vigía y maniobra de su buque. Los navíos de línea como el Intrepid o las fragatas como el Minerva poseían una potencia de fuego descomunal, pero se comportarían como paquebotes a merced de las escaramuzas de los franceses o los barcos rebeldes de las Trece Colonias, de no estar preparados gracias al Sultana, quien podía avistarlos con horas e incluso días de antelación. Es más, aunque en origen la goleta iba armada con ocho cañones de ocho libras y media, en la última parada en puerto, el almirantazgo había ordenado que se deshicieran de cuatro de las armas. El Sultana no estaba en el océano para pelear, estaba allí para volar como una flecha sobre las aguas, y eso lo sabía perfectamente el teniente Redhall, enrolado en la marina a los catorce años y al mando de un buque de su majestad desde los treinta y dos. Y después de más de dos décadas en el mar, de ser grumete e infante, piloto y contramaestre, de haberse enfrentado a corbetas, fragatas y hasta a navíos españoles de más de cincuenta cañones por banda, de cruzar cien canales y cien estrechos, también sabía que, por veloz que fuese, en su barco no habría carga que no sobrase si querían escapar de esa tormenta.

Tras veinte minutos de ajetreo en la bodega, el Sultana quedó reducido a dos palos y cuatro vergas sujetas por una jarcia temblorosa, siete velas arriadas y una cáscara de madera vacía de cincuenta pies de eslora por treinta y ocho de manga, envuelta en los fogonazos de los rayos y zamarreada por un oleaje al que no se había enfrentado nunca.

—¡Señor Patmore, mantenga el rumbo sur, y hágalo con toda la fuerza que le conceda su alma! —gritó el teniente Redhall.

—¡No sé ni dónde está el sur, capitán! —respondió el timonel girando la rueda a babor más por intuición que por certeza, ya que la cortina de agua que rodeaba el barco en la madrugada hacía imposible saber siquiera a qué distancia de Barbados se encontraban. Hacía dos horas navegaban a sus buenas cinco millas de la costa, pero cuando divisaron la tormenta en la lejanía viraron en dirección a Saint Philip, en busca de la protección de su puerto, así que ahora bien podrían estar a unas pocas yardas de los acantilados orientales de la isla. La esperanza de alcanzar un atraque seguro se había ido al traste porque no esperaban, nadie podría hacerlo, que la nube llegase tan rápido ni que atacase con la fiereza de un leviatán.

—¡Si no puede confiar en sus ojos, confíe en los instrumentos! —replicó Redhall acercándole su brújula.

El rumbo era sur, sí, pero cada embestida de las olas desplazaba sensiblemente el barco a estribor, lo que verificaba la intuición de Patmore, quien siguió girando la rueda al lado contrario, incluso cuando la popa se elevaba en el aire al remontar una ola y la nave dejaba de tener contacto con el agua. En ese momento, la única posibilidad que les quedaba era sortear el pico sureste de la isla y continuar a mar abierto hasta que el infierno amainase, pero Patmore, de veintisiete años, con una esposa y un hijo en Bristol, hacía ya tiempo que había empezado a rezar para sus adentros.

Entonces, el vigía, el señor James Swift, recorrió en tres saltos los quince pasos que le separaban desde el bauprés, mientras agitaba su catalejo.

—¡A estribor, mi capitán! ¡Mire a estribor!

Ni siquiera era necesario el aparato: tras el muro de lluvia, a unos sesenta y cinco pies de altura sobre el mar embravecido, se apreciaba una lucecilla. Era muy débil, pero sin duda estaba allí y señalaba hacia una muerte segura.

8
EL ÁRBOL DE ACERO

El hombre que en su interior no alberga música
ni llega a conmoverse con acordes de armoniosos sonidos,
es capaz de traición, de engaños y rapiñas;
los instintos de su espíritu son lóbregos como la noche,
y sus sentimientos, como el Érebo, oscuros.
No confiéis jamás en un hombre así.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

Treinta y cuatro mil seiscientas noventa y seis toneladas, con ciento veintiocho kilos. Son las 22.48 del viernes, falta una semana, no, seis días y medio, para que Hugh Stubbins presente el proyecto definitivo al banco, y las once personas que trabajan en LeMessurier Consultants se han arremolinado, otra vez, alrededor de la pantalla de la nueva computadora Xerox que la firma compró hace ya dos meses para acelerar los cálculos y, tras casi un minuto agitando su procesador y sus microchips, el resultado que arroja es, otra vez, demasiado alto: treinta y cuatro mil seiscientas noventa y seis toneladas, con ciento veintiocho kilos. El parpadeo negro y verde de la computadora compite con el brillo atenuado de los fluorescentes y el zumbido del aire acondicionado convierte en aún más visible el silencio que se ha coagulado en la oficina. Las mesas están vacías, los tableros con dibujos a medio trazar, las tazas de café se acumulan en las baldas y en los archivadores. Todos han movido sus sillas con ruedas hacia la Xerox. Jimmy Hilbert, su socio y coordinador del proyecto, se lleva el pulgar y el índice al puente de la nariz; Jennifer Longo, supervisora y segunda en la cadena de decisiones, se tapa la boca con la mano y vuelve a ponerse las gafas, que se había quitado para ver mejor la letra pequeña de la pantalla; Joel Goldman, el ingeniero junior que ha introducido los datos, arranca con hastío la hoja de papel de la impresora y la sujeta con un pequeño imán en el tablero metálico del centro de la oficina, debajo de las otras trece hojas de papel anteriores.

Esta era la buena, esta tenía que haber sido la buena. El último diseño ha reducido el número y la sección de los pilares de acero hasta que su peso es menos de la mitad respecto al inicial, han cambiado todos los forjados

convencionales de hormigón por chapas colaborantes, muchísimo más ligeras y, de hecho, la parrilla de fachada que recoge las cargas y las transmite a los cuatro pilones es lo suficientemente abierta como para que no interfiera en las ventanas del rascacielos. Incluso viéndola en el dibujo esquemático que ha impreso la computadora en el papel troquelado, es una estructura muy bonita, muy elegante y muy eficaz. Pero sigue pesando demasiado.

Bill LeMessurier se acerca a la pizarra metálica y mira a las diez personas que trabajan para él. Que trabajan *con* él. Están agotadas. Están aturdidas. No es cosa solo de los ingenieros, de su amigo Jimmy o de la joven Longo, la mejor alumna que ha tenido en la última década, también los delineantes están ya hartos de trazar versiones y versiones del mismo esquema, las mismas barras verticales y horizontales, los mismos encuentros soldados entre el acero, las mismas cartelas y las mismas piezas de enganche, pero cambiando un pequeño detalle en todas esas barras y todos esos encuentros y todas esas cartelas, y luego cambiando otro pequeño detalle, y luego otro y luego otro. Hasta la señorita Isabel, cómo se apellida… Walcott, Isabel Walcott, que hace las labores de administrativa y telefonista, está tan arrastrada por el torbellino del rascacielos de Citicorp que se ilusiona genuinamente cada vez que introducen una nueva iteración en la computadora, y también se desilusiona genuinamente cada vez que el resultado que ofrece la Xerox es superior a lo que el profesor LeMessurier escribió en lo alto del tablero cuando comenzaron el proyecto hace ya un año: 25 000 t. Veinticinco mil toneladas. Bill se pregunta si bajar de esas veinticinco mil toneladas es un objetivo del todo irrealizable. A estas alturas ni siquiera sabe por qué eligió exactamente esa cifra aunque, en puridad, no fue una cifra exacta; se trataba de reducir un cuarenta por ciento el peso de una estructura convencional y, haciendo un cálculo grosero, si la estructura del rascacielos de Citicorp fuese convencional pesaría más o menos cuarenta y dos mil toneladas. Pero el rascacielos de Citicorp, el Citicorp Center, como ya lo han bautizado Hugh Stubbins y la gente del banco, no va a tener una estructura convencional. Hugh no quiere una estructura convencional, Henry J. Muller no quería una estructura convencional cuando encargó el edificio a Hugh y ni Hank Mason ni John Reynolds ni Walter Wriston quieren una estructura convencional ahora, y, desde luego, LeMessurier no va a diseñar una estructura convencional. No le habrían contratado si fuera así, y no va a proponer pilares y vigas y cruces de san Andrés como los de cualquier otro rascacielos. Este no es otro rascacielos; este va a ser un monumento a la eficacia. Stubbins ha diseñado una cubierta inclinada orientada al sur que va a llenar de placas fotovoltaicas, va a recubrir

todas las fachadas de paneles de aluminio con sándwich aislante de triple densidad y superficie exterior reflectante, y hasta los vidrios van a ser de espejo para ahorrar la mayor cantidad de energía posible. Cuando se lo contó, casi le estalla la cabeza porque los arquitectos no piensan en energía, todo lo más alguna cosa cosmética para parecer futuristas y que los ecologistas new age les den una palmadita en la espalda, pero Hugh está pensando de verdad, de una forma global, en que su rascacielos consuma la menor energía posible. Por supuesto que al banco le encantan todas esas propuestas, no solo porque Wriston sea un hombre que cree genuinamente en el futuro, también porque, bueno, cuando Nueva York es un pozo, levantar una torre resplandeciente es una obscenidad, así que construirla de la forma más eficaz posible es construirla de la forma más barata posible. Este rascacielos va a pesar un cuarenta por ciento menos, va a costar un cuarenta por ciento menos y va a aparecer en las portadas de todas las revistas. Va a ser la coronación de Wriston y de Stubbins. También va a ser su coronación. Pero a falta de una semana para que Hugh presente el proyecto y las obras comiencen de facto, aún no sabe cómo. Y eso es un problema serio. Un problema para el contrato que ha firmado, un problema para su aseguradora y un problema para la reputación de LeMessurier Consultants. Y en este mundo, la reputación lo es todo.

«Sabes que confío en vosotros como confiaría en la Guardia Nacional», le dijo Hugh en su última conversación, hace tres días, «pero necesito esa estructura. Necesito algo. Lo podemos alterar después, ya sabes que podemos hacerlo». Pero no pueden. No puede iniciar una excavación sin saber cuánta cimentación van a meter allí. Esto no es una maqueta, no es un prototipo. No puede cambiar un presupuesto cuando la esencia última de ese edificio es que se encaje en el presupuesto más ajustado posible. No es que tenga que ser barato, es que tiene que ser un símbolo de que, incluso en los peores momentos de una ciudad, la ciudad puede elevarse sobre sus escombros. Tiene una semana. Mira a las mesas vacías, a los dibujos enmarcados en las paredes, a las maquetas desperdigadas por las baldas. Mira a las diez personas derrotadas frente a él, sus rostros están apagados bajo la luz artificial.

—Sé que todos estamos muy cansados —dice con la voz muy pausada. Los diez pares de ojos que le miran asienten, también los de la señorita Isabel Walcott—. Y sé que lo que os estoy pidiendo parece imposible. —Jennifer Longo resopla con una mano apoyada en la mesa de la computadora. Ella fue quien primero empezó a desconfiar de la viabilidad de las veinticinco mil toneladas, ha formulado sus dudas en alguna otra ocasión, pero nunca de

manera beligerante; todavía guarda un respeto casi reverencial por su profesor. Todavía—. Pero no lo es. No es imposible. Solo tenemos que pensarlo de otra manera. Mirarlo de otra manera. Entenderlo de otra manera.

A LeMessurier le gustaría tener una respuesta a lo que está pasando y, como ha hecho otras veces, soltársela a los hombres y las mujeres que le miran y confían en él. Una frase final elocuente y lapidaria para que todos estén tranquilos y sigan adelante. Le gustaría conocer la solución mágica que resolviese el problema en el que él mismo ha caído. En el que los ha metido a todos. Pero no la tiene. A falta de dos semanas y media para que el proyecto definitivo se presente a Wriston y a Mason, en LeMessurier Consultants están navegando entre pruebas y más pruebas. En realidad, también el mismo Bill está navegando casi a ciegas por esta conversación.

—¿Qué es un rascacielos? —pregunta esperando encontrar un faro. Un puerto—. Si vamos a tener que entender el problema de otra manera, tenemos que entenderlo de otra manera *desde el principio*. Así que os pregunto: ¿qué es un rascacielos?

Se lo está preguntando a sí mismo. Esta vez no va con dos jugadas de adelanto en el tablero. Cuando Hugh presentó los primeros diseños al banco, hace ya dos años, los acompañó con una de sus sensacionales peroratas: que si los edificios que desfilan por las avenidas de Nueva York son expresiones simbólicas de la Máquina, que si son anónimos, fríos e inhumanos, que si se deberían utilizar los recursos de las grandes empresas y reforzarlos con valores morales e ideas sociales para desarrollar una nueva generación de edificios de oficinas diseñados para la comunidad y que expresen la humanidad de los individuos que los usen, que si así se revitalizaría el desarrollo urbano poniendo el énfasis en las personas y generando un lugar más agradable para vivir y trabajar. En definitiva, el clásico discurso para regalar los oídos a tu cliente, y Hugh es muy bueno convenciendo, aunque en Citicorp estuviesen ya convencidos. Recuerda perfectamente el final: «Este edificio podría incluso ser una fuente de inspiración para otras ciudades». Aplausos. Hugh levantó la tela que revelaba los dibujos previos, y es que tenía razón. Tiene razón. El proyecto del Citicorp Center, ese edificio que tiene que sujetar y aún no sabe cómo, le hace repensar conceptos arquitectónicos esenciales. Le hace volver a preguntarse qué es un rascacielos.

—¿Qué es un rascacielos? —repite.

—¿Un edificio… muy alto? —responde Hilbert con una sonrisa intentando rebajar la tensión y el cansancio.

—¡Correcto! Un edificio muy alto. —LeMessurier ríe, coge un rotulador y dibuja un rectángulo vertical y alargado en la pizarra metálica, al lado de las trece hojas de papel de impresora con los trece esquemas que han desarrollado—. ¿Qué más? ¿Qué más es un rascacielos?

—Un edificio con muchas plantas, una encima de la otra —suelta Goldman continuando la broma. Los demás ríen suavemente.

—Muchas plantas, una encima de la otra —LeMessurier dibuja un buen número, como treinta o treinta y cinco líneas horizontales atravesando el rectángulo que había trazado antes. El resultado es el croquis epitómico de lo que es una torre.

—Un edificio muy caro. —Con la voz áspera, Jennifer Longo acierta.

—La señorita Longo tiene razón: un rascacielos es un edificio muy caro. —Dibuja tres grandes símbolos del dólar junto al croquis—. Por eso, tenemos que aligerarlo lo máximo posible —miente LeMessurier, que sabe que no es por eso—. Por suerte, tenemos cuatro aliados para hacerlo. Veamos, nuestro edificio es muy alto; mide… doscientos setenta y nueve metros y va a tener cincuenta y nueve plantas. —Escribe las cifras en líneas de cota al lado izquierdo del croquis—. Pero, como todos los aquí presentes sabemos, nuestro rascacielos no se va a apoyar directamente en el suelo, sino que va a sujetarse por cuatro soportes de treinta y cuatro metros de alto. Así que, en realidad, nuestro rascacielos no va a tener cincuenta y nueve plantas sino solo cuarenta y seis. Las trece inferiores no existen, solo los cuatro soportes y el núcleo central, pero ese es de hormigón y no podemos hacer nada con él.

—Y además, los soportes no van en las esquinas, sino en el centro de las caras porque hay que sortear la nueva iglesia —añade Hilbert.

Todos conocen perfectamente el rascacielos que están calculando, sus dimensiones, sus particularidades y sus dificultades, pero el ejercicio de resumirlo en cuatro frases y un croquis a mano alzada los reagrupa. Como un pequeño ejército la noche anterior a la batalla, vuelven a encontrar un objetivo tras meses de tentativas infructuosas, y LeMessurier lo sabe. Mientras la conversación avanzaba, ha ido borrando con una gamuza las dos esquinas inferiores de su dibujo. Ahora se parece notablemente al diseño de Stubbins: una torre enorme sujeta en equilibrio sobre un único soporte central y estrechísimo, y ese equilibrio se antoja muy difícil de extrapolar en el mundo real, fuera de esa pizarra. El croquis lo aguanta todo.

—Falta la coronación inclinada —indica Goldman señalando la cumbrera del dibujo sin mirarlo.

—Falta la coronación… inclinada… y… la iglesia.

LeMessurier se separa de la pizarra y la mira. Ahora sí. Tras añadir un triángulo rectángulo en la parte superior y otro triángulo, esta vez isósceles, junto al soporte estrecho en la zona de contacto con el suelo, el rectángulo vertical que trazó hace cuatro minutos es una sección bastante fidedigna del diseño que Hugh Stubbins ha hecho para el Citicorp Center que se levantará en el 601 de Lexington Avenue, en Manhattan.

—¿Qué es un rascacielos? —vuelve a preguntar, jocoso, con el tono de un *stand-up comedian* que acaba de comenzar su actuación—. Pues, aparentemente, una mole de cuarenta y seis plantas apoyada en la patita de un flamenco. ¿Os he contado lo de Baba Yaga?

Todos ríen, débilmente, pero ríen. Al fin. Sí, les ha contado muchas, muchísimas veces la analogía con la cabaña sobre patas de gallina de Baba Yaga, la primera imagen que tuvo del edificio hacía ya tres años, cuando solo era una idea preliminar. Y sí, es una mole de cuarenta y seis plantas y ciento ochenta mil toneladas que, de alguna manera, tienen que hacer que vuele a treinta y cuatro metros del suelo.

—Entonces, los aliados de nuestro flamenco gigante son esas trece plantas que no existen y, por tanto, no pesan. ¿Y los enemigos son…? Y no me diga el dinero, señorita Longo, que, por suerte, nosotros no lo vamos a pagar.

—En realidad iba a decir el comunismo, porque construir un rascacielos en medio de la crisis económica más grave que ha vivido Nueva York desde la Gran Depresión es, como poco, una demostración de opresión capitalista y una visible falta de respeto por toda esa gente que no llega a fin de mes. —Jennifer Longo se levanta de su silla de dibujo, se coloca la falda y se acerca a la pizarra, los ojos brillan debajo de sus gafas de carey—. Pero como el ingeniero de este rascacielos no es Leonid Brezhnev, sino nosotros, lo que usted quiere escuchar es que nuestros enemigos, contra los que llevamos tanto tiempo peleando, son la gravedad. —Coge un rotulador rojo y, dentro del croquis del rascacielos, dibuja cuatro flechas verticales apuntando hacia abajo. Después, con un gesto firme, como una espada decapitando a un prisionero, la ingeniera traza una gran flecha horizontal empujando el dibujo desde la izquierda—. Y el viento.

Todos conocen a los enemigos. Todos han batallado contra ellos. Con parrillas estrechas (el primer esquema, que no funcionaba porque la carga no conectaba bien con las patas), con cruces que atravesaban toda la fachada como en el John Hancock de Chicago (el cuarto esquema, que tampoco sirvió porque tal cantidad de diagonales se convertían en rejas en medio de las ventanas y el interior de una oficina en el rascacielos más nuevo de

Manhattan iba a parecer una experiencia casi carcelaria), o en soluciones mixtas, como en los restantes croquis, que también se descartaron porque cargaban demasiado el voladizo o necesitaban demasiado espacio de enlace o pesaban demasiado. Sobre todo porque pesaban demasiado, claro. Ninguno ha servido. Ninguno sirve. Por eso están agotados y desanimados. Y por eso hay que pensarlo todo de nuevo.

LeMessurier coge el rotulador rojo de la mano de Jennifer Longo y dibuja varias diagonales desde el punto en el que la flecha horizontal toca con el borde del croquis hasta la cúspide de la pata del flamenco y otras tantas hacia el otro lado.

—Pues ahora tenemos una semana para vencer esa gravedad y ese viento y conseguir que nuestro flamenco gigante pese menos de veinticinco mil toneladas. Porque un rascacielos no es una batalla, es un triunfo. —A las 23.17 del 19 de abril de 1974, Bill LeMessurier está peleando contra el desánimo. Ahora mismo, ese es su verdadero enemigo—. Puede parecer poco, pero son más de cien horas, y eso son más de mil cien horas entre todos nosotros. Estoy seguro, absolutamente seguro, de que lo vamos a lograr.

El desánimo es el virus que asesina al cielo. Lo erosiona y después lo abandona convertido en una autopista de cinco carriles en medio de un atasco perpetuo. El desánimo hace que todos los días sean días iguales, todas las mañanas sean la misma mañana y todas las noches sean una prisión. Nada germina y nada puede florecer. Bill LeMessurier pelea contra el desánimo y le abre grietas saber que él puede ser el arma de ese enemigo, porque por primera vez desde hace mucho tiempo, quizá desde que montó su propia firma de ingeniería, no sabe si es capaz de remontarlo. Lo nota en la respiración de la oficina, que vuelve a estar cargada como la de un corredor de fondo al borde del colapso.

—No —dice la señorita Longo con una voz casi inaudible pero firme. No ha dejado de mirarle en ningún momento. No se ha agarrado a su arenga. No ha vuelto a su silla, sigue junto a la pizarra—. No, profesor, no. Llevamos, cuánto, siete meses, ocho meses batallando contra una cifra que ni siquiera sabemos por qué está aquí escrita. —Señala la cifra «25 000 t» subrayada en lo alto del tablero—. ¿Por qué veinticinco mil toneladas? ¿Por qué un cuarenta por ciento más ligero? Podría ser un treinta y cinco por ciento, o un cinco por ciento. Podría haber sido perfectamente el cuarto diseño, o el sexto. El sexto era precioso y era único. —Golpea con la punta del rotulador rojo los dos croquis de los dos diseños que están colgados en la pizarra junto a los otros once. La mirada de Jennifer Longo es cansada y fiera como la de un

tigre acorralado por cien cazadores. LeMessurier la recuerda en clase, recuerda su determinación, recuerda discusiones delante del resto de los alumnos y recuerda por qué la calificó con la máxima nota—. Pero no. Usted ha decidido que tiene que pesar menos de veinticinco mil toneladas. ¿De verdad quiere hacernos creer que es para ahorrar en el presupuesto? Después de ocho meses trabajando todos los días…

—Y muchas noches —añade Goldman.

—Y después de ocho meses trabajando todos los días y muchas noches, ¿ahora quiere que resolvamos este problema, *su problema*, en una semana? Esto no es una broma, no es un flamenco gigante, no es una maldita cabaña y, desde luego, no es un triunfo de ningún tipo: somos diez personas a las que nos ha llevado al límite y quiere que empujemos más. Y ya no podemos. Yo, desde luego, no puedo.

Ya nadie ríe. Las caras vuelven a mirar hacia el suelo, apagadas bajo la luz uniforme de los fluorescentes, mientras, en la pantalla, el cursor verde de la computadora Xerox continúa parpadeando sin saber muy bien a la espera de qué. Las decenas de croquis y maquetas que se amontonan por las mesas de los maquetistas parecen tan lejanos que se diría que no pertenecen a ese instante concreto del tiempo y del mundo. LeMessurier sabe que la señorita Longo tiene razón. Sabe que los ha llevado a una Carga de la Brigada Ligera, a una misión contra un adversario casi invencible, y todo porque decidió, *él lo decidió*, que la estructura tenía que pesar menos de veinticinco mil toneladas, cifra que se ha convertido en un umbral virtualmente infranqueable. ¿Es por ahorrar en el presupuesto? Wriston y la gente del banco por supuesto que lo van a celebrar, y más con la economía de la ciudad desmoronándose como un castillo de arena. ¿Qué puede ahorrar más energía que, literalmente, gastar lo mínimo posible? Hacer más con menos forma parte de su reputación, *es* su reputación, pero esa no es la razón por la que ha embarcado al estudio en esta travesía al borde de la extenuación, claro que no. Es porque va a pesar un cuarenta por ciento menos que las Torres Gemelas. Es porque va a ser mejor que las Torres. Las Torres se han construido con un dinero que ya no existe en la ciudad, y la solución de Leslie Robertson es muy buena, pero no se habría hecho sin ese dinero. Ahora no hay ningún otro rascacielos construyéndose en Nueva York y no se va a construir ninguno en al menos lo que queda de década, así que va a ser el mejor. No será el más alto, eso no depende de él ni de Hugh Stubbins ni del banco, pero va a ser el mejor. *Tiene* que ser el mejor.

—Es un árbol.

La voz de la señorita Isabel Walcott, secretaria, administrativa y telefonista, suena en la oficina como el primer rayo de sol de la mañana. Todos los ojos se vuelven hacia esa voz y LeMessurier la usa como un trampolín.

—Exacto. Un rascacielos tiene que ser firme como un árbol pero lo suficientemente flexible como para que el viento no lo quiebre y…

—No, no. Digo que su dibujo parece un árbol —interrumpe la secretaria señalando a la pizarra.

Todos vuelven a girarse hacia el croquis a mano alzada. A veces suceden estas cosas. En 1928, Alexander Fleming se fue de vacaciones dejándose una placa de cultivo expuesta en una repisa de su laboratorio y, a la vuelta, en esa placa había crecido una colonia de moho que cambiaría el destino de la humanidad. A veces suceden estas cosas. A veces separarse de un torbellino permite comprender las verdaderas dimensiones del torbellino y desconectarse de su arrastre. Y a veces, casi siempre, quienes están dentro de las paredes de la corriente no son capaces de escapar del horizonte de sucesos, y es alguien distinto, más limpio, más libre, quien lanza el salvavidas. Entreveradas con las líneas negras de la silueta y los forjados del rascacielos, los trazos rojos de las diagonales que ha dibujado LeMessurier se despliegan en «V», en chevrones invertidos que crecen por el fuste, uno tras otro, uno sobre el otro, sí, como las ramas de un árbol de geometría delicada y estricta. De un árbol de acero.

—¡Jimmy, acércame, por favor, la Polaroid!

LeMessurier toma la cámara instantánea, se levanta las gafas sobre la frente y aprieta el disparador seis veces, siete, ocho. No quiere que ese árbol, que ese momento, desaparezca detrás de una gamuza. Las veinticinco mil toneladas no son un umbral infranqueable. Tiene una semana para demostrarlo, y si no es capaz de conducir a su equipo hasta el final, lo hará él solo.

9
LLAMARADAS

> Una mitad de mí es tuya, la otra mitad tuya, mía, diría yo;
> pero si es mía, entonces es tuya,
> ¡y así todo yo soy tuyo!
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

Son las 10.21 y las llamaradas no se apagan. Jennifer Longo recuerda haber contado las primeras zancadas. Una zancada. Y luego otra zancada. Y luego otra, y otra, y otra. Hasta que ya no pudiese contarlas. Hasta que dejasen de doler. Hasta que desapareciesen. Espera ese momento cada vez que sale a correr, ese instante difuso en el que su cerebro deja de existir y el mundo se reduce al golpeo del caucho de sus zapatillas contra el asfalto. Por eso corre. Por eso lleva corriendo desde que tenía diecisiete años: para apagar las llamaradas que la gobiernan.

Pero hoy no se apagan. ¿Por qué no se apagan? Mira de reojo el empeine de sus Adidas azules buscando el ritmo que vacíe su cabeza. Sigue allí, como un metrónomo, entumeciendo todo lo que sucede fuera, las voces, los gritos de ánimo, la gente que se arremolina en las aceras aplaudiendo a los cientos de corredores y a las pocas corredoras que participan en el maratón de Nueva York de 1974. ¿Cuántas se han inscrito finalmente? ¿Veintinueve? Sí, han sido veintinueve. Conoce a algunas de cuando corría en el equipo de atletismo de Harvard; desde luego está Kathy Switzer, que debe de ir en cabeza. Recuerda cuando les leyó el titular del *Globe* a todas: «La primera mujer en correr un maratón», y todas rieron y la abrazaron y quisieron imitarla. Eran muy buenos tiempos. Sí, probablemente vaya en cabeza. También están Marla y Clarisse, ha tomado la salida con ellas, pero hace ya muchos kilómetros que no las ve. Que la dejaron atrás. «Hoy no puedo», les ha dicho. Hoy no puede. «Pero te podemos esperar, Jennie, no te preocupes. Vamos a tu ritmo». «No, de verdad, no. Seguid vosotras». Hoy no puede. Llegaron juntas ayer desde Boston, las había convencido ella de correr en la Gran Manzana, en el centro del mundo, pero ahora la manzana se le pudre alrededor. Al principio le ha echado la culpa a la falta de entrenamiento, a todas esas mañanas que no fue

capaz de salir por la Soldier Fields Road porque había llegado a su apartamento bien entrada la noche, agotada y con la cabeza convertida en una sopa hirviente de cifras y frustración y el sueño no la enfriaba. Y en la mañana seguían allí, todas las cifras y todos los cálculos seguían allí. Las llamaradas no se apagaban.

Claro que todos esos días sin entrenar han afectado a su rendimiento, pero Longo sigue siendo una mujer de extremidades largas y fibrosas en un cuerpo enjuto y fuerte, casi epitelial. No debería tener problemas para acabar la carrera, como ya hizo el año pasado y el anterior, cuando abrieron la prueba a atletas femeninas por primera vez. De hecho, no debería tener problemas para mantener su ritmo habitual, 4’55’’-5’00’’ el kilómetro, pero no puede. Hoy no puede. Las llamaradas no se apagan. Hace tres días le gritó al profesor LeMessurier y hoy le pueden la culpa y el miedo. ¿La va a despedir? Seguramente acabará despidiéndola, no es la persona más importante del estudio, solo lleva dos años allí, no hace más que dar problemas. Pero tiene razón, joder, es que tiene razón. El profesor lo llena todo de analogías y metáforas, pero los va a quemar, los va a quemar a todos. Tal vez no la despida. No es la primera vez que discute con él. No es la primera vez que discute con todos. ¿Es que no lo ven? ¿Por qué no dicen nada? ¿No ven que esto no ha terminado? Stubbins va a presentar el proyecto el martes, y el árbol de acero aún no está terminado. No tenía que haber venido al maratón. No tendría que estar corriendo. Tendría que estar en la oficina apurando los últimos cálculos. Y una mierda, hace ocho meses que no tiene vida, tiene que estar aquí. ¿Por qué kilómetro va? La última marca que recuerda es la del kilómetro veintiséis, justo antes de cruzar el puente de Queensboro, cuando aún podía pensar, pero no sabe si ha pasado por alguna otra. Recuerda el viento del East River atravesando las barandillas; esperaba que la refrescase y apagase las llamaradas, pero las llamaradas no se apagaron. Las llamaradas no se apagan. A lo mejor no la despiden, a lo mejor se va ella. Ya no lo aguanta. Está cabreada. Está muy cabreada. Con LeMessurier, con Stubbins, con Citicorp, con Jimmy Hilbert y con toda la gente del estudio. Está cabreada con Marla. ¿Quién se cree que es? Claro, ella ha podido entrenar, ella no está atrapada en ese vacío. Quiere gritarle. Quiere gritar a la gente. Debería estar en la oficina apurando los últimos cálculos. La van a despedir. Pero ya lo advirtió: necesita tiempo, necesita vida fuera de los fluorescentes y las calculadoras y las computadoras y las mesas de dibujo. Si tuviera delante a LeMessurier, le mandaría a la mierda a él y a todo lo que representa. Le gritaría. Gritaría a Marla y a Clarisse: «¡Sois unas idiotas! ¿Por qué no me

habéis esperado?». ¿Por dónde irán? Seguro que ya han terminado. Seguro que ni se acuerdan de ella, después de todos estos años entrenando juntas, después de todos estos años devorando asfalto juntas. A media altura de la Primera Avenida, junto al parque de St. Catherine's, aparece el cartel del kilómetro treinta. Joder, aún quedan doce kilómetros. No puede, hoy no puede. ¿Qué es eso en el pie? ¿Es una piedra? No se le puede haber metido una piedra dentro. No, ¿qué es? ¿Es una ampolla? Le molesta. Le molesta la goma con la que se ha recogido el pelo en una coleta. No está firme, se cae. Ya se la ha rehecho dos veces. Va a parar un instante. No, no va a parar. Sí, tiene que parar a rehacerse la coleta y a ajustarse otra vez la goma que le sujeta las gafas, porque le molesta. Todo le molesta. Dios, está tan cabreada. Está furiosa. Otra vez está furiosa. Siempre está furiosa.

Vuelve a ponerse en marcha sin darse cuenta, pero los pies pesan mucho. Pesan toneladas. Veinticinco mil toneladas. Quiere irse de allí. Quiere gritarle. Ha gritado a todo el mundo. Lleva toda su vida gritando. Ha gritado a todos sus novios y a todos sus amigos y a todos sus profesores. A veces se pierde en el vacío y arroja la ira dentro, toda la que puede, toda la que tiene, pero el vacío nunca se llena. «¡No se puede quitar más acero, profesor! ¡No se puede! ¡Si bajamos el peso más, esto no se va a sostener! ¡Es una locura, es una puta locura!», le espetó cuando la computadora calculó el peso del último diseño, el del árbol, y se quedó en veintinueve mil toneladas, y LeMessurier insistió en bajar otras cuatro mil toneladas. A falta de dos días, no iba a dar tiempo a hacer un nuevo diseño. No es posible. Y además, da igual; a nadie le importa. El diseño del árbol de acero es precioso y da igual lo que pese mientras sujete el rascacielos. Todo debería haber sido distinto desde el principio. Si es un rascacielos sobre palillos, cualquier diseño que lo sostenga va a ser el mejor diseño del mundo porque nadie puede hacerlo. «¡No estáis aquí para decirme que no se puede hacer! ¡Estáis aquí para decirme *cómo* vamos a hacerlo!», contestó LeMessurier a todo el equipo, aunque la única que había protestado en voz alta fue ella. No es normal. ¿Qué es normal? El país se está yendo a la mierda. El mundo se está yendo a la mierda, y ellos se gritan por hacer un rascacielos, por levantar una torre de marfil en medio de una ciudad que se desmorona, en medio de un país al borde del colapso. ¿Esa era la señal del kilómetro treinta y dos? ¿El treinta y dos todavía? No puede. Hoy no puede, está ardiendo. Todo está cubierto de fuego y las cenizas la cubren el cuerpo de arriba a abajo.

¿Por qué siempre destruye todo lo que toca? ¿Por qué todos se alejan de ella? Se irá ella antes de que la despidan. Se van a gastar, cuánto, cien

millones, ciento cincuenta, doscientos millones de dólares en un capricho inútil, en un faro de cristal que solo alumbrará una ciénaga de diez millones de habitantes. Pero es precioso, va a ser precioso, va a ser magnífico. Y es su rascacielos, también es su rascacielos. Ella ha estado allí desde el principio, ella ha diseñado los pilones, *los palillos*, y ella ha calculado las diagonales y los enganches. Ella ha programado la nueva Xerox, ha sido ella. El edificio será de Citicorp, pero es de ella. Es su edificio. Odia a LeMessurier, odia a ese maldito viejo. Pero es el mejor. Es el mejor y lo odia. Odia todo lo que empieza. Ella es la mejor. Llegó allí sin nada, sin nadie, solo con una beca de Harvard y horas y horas de estudio. Su madre le gritaba, ella gritaba a su madre. Aún le grita. Tiene que parar, respira, respira. Le duelen tanto las rodillas. ¿Por qué le duelen las rodillas? ¿Es por todo ese tiempo sentada en la mesa de dibujo? ¿Es por la falda que le junta las piernas? ¿Por qué lleva falda en la oficina? Nadie le ha pedido que lleve falda nunca. La coleta se le ha vuelto a aflojar y ahora tiene que ajustársela otra vez en marcha, pero en marcha no puede. Hoy no puede. Hoy las llamaradas no se apagan.

¿Dónde se ha metido todo el mundo? Eso es la esquina de Kendall Square y debería estar todo lleno de gente, pero no hay nadie. ¿Por qué no hay nadie? Corre sola. Otra vez sola. Siempre está sola y alrededor, el vacío. Mira hacia abajo. Cada zancada sobre el vacío, cada pisada forma un minúsculo trozo de asfalto bajo la suela de sus Adidas azules y, cuando la separa, el asfalto se desintegra en la nada. Otra vez sola. «¡Yo no! ¡Yo no quiero participar en esto! ¡Es una tormenta de mierda!», contestó cuando LeMessurier colocó el último diseño en la pizarra magnética. Había quitado uno de los chevrones estructurales, como si nada, como si solo fuese un dibujo, con un gesto, así. El árbol ya no crecía en las siete ramas óptimas, las que ella había dibujado tres días antes. Borró una de ellas como si no existiese. La borró como si nunca hubiese estado allí, como si no llevase dos años trabajando allí cada mañana, como si no significase nada, como si no sirviese para nada. Ahora, el árbol solo tendrá seis ramas. Un quince por ciento menos. Veinticuatro mil ochocientas noventa y cuatro toneladas, setecientos treinta y nueve kilos, arrojó la Xerox. Claro que pesaba menos de las malditas veinticinco mil toneladas, pero a qué coste. Eso se iba a cimbrear como un junco, no habría rigidez suficiente y habría que recalcularlo todo, *todo otra vez*, para que la deformación fuese admisible. A falta de días. Sería un castillo de naipes oscilando como una brújula en el centro de una tormenta magnética. «Pues no participe. No esté. Si no quiere estar aquí, no esté. Yo no voy a obligarla». Dijo con una tranquilidad odiosa. «No sé qué está haciendo, profesor, no sé

con quién se está midiendo, pero no va a funcionar. Esto no es una carrera, esto no es una competición, esto no es un dibujo. Este edificio va a estar lleno de gente, lleno de personas. Aquí van a trabajar cada día veinte, treinta mil personas. Veinte o treinta mil personas caminando por sus pasillos, subiendo en sus ascensores, mirando por sus ventanas. ¡Veinte o treinta mil hombres y mujeres que vamos a poner a bailar por culpa de su maldito ego y todos nos vamos a ir a la mierda! ¿No lo ve? ¿No lo veis? ¡¿Es que no lo veis?!». Les gritó a todos. Otra vez le gritó a todo el mundo. «Se ha vuelto usted loca, señorita Longo. La voy a disculpar porque creo que realmente necesita un descanso». «¡No se atreva a volver a llamarme loca, viejo imbécil!».

Pero lo hizo.

Ayer lo consiguió. El maldito viejo imbécil ha resuelto el problema que no se podía resolver con la solución más bella que haya visto jamás. Se ha sacado otro conejo de la chistera en el último segundo. Y ahora la va a despedir, por problemática, por estúpida, por cretina. No, se irá ella antes. Se muere de vergüenza. Podría disculparse, quizá, sí. ¿Está enamorada del viejo imbécil? No, por supuesto que no; está enamorada de lo que hace. Está enamorada del árbol de acero. También es su árbol de acero, pero ahora lo odia. Lo odia todo. Odia todo lo que empieza. Es suyo y ya no es suyo. Ni siquiera ha mirado a la izquierda cuando pasó por la esquina de la Tercera y la Cincuenta y tres, donde al otro lado van a empezar las excavaciones en apenas un mes. No tenía que haberle gritado, no tenía que haber gritado a nadie nunca. Debería ser más amable, debería ser comedida, debería ser dócil. Y una mierda. No, él no programó la Xerox, nadie sabía programar la computadora, solo ella. Solo ella, que siempre tira de todos, que siempre hace lo que nadie quiere hacer. Hace lo que puede. Lo hace lo mejor que puede. Lo hace como mejor sabe, pero no es suficiente. Nunca es suficiente. Siempre se puede hacer un poco mejor. Sus notas de la carrera fueron magníficas, pero no fueron perfectas, nunca son perfectas. Nunca es perfecta. Hoy tampoco. Hoy debería estar corriendo junto a Marla Johnson y Clarisse Vanderbilt, sus viejas amigas de la residencia, pero está sola. Corre sola, trabaja sola, le grita sola al vacío. Pero corre. Corre y sigue corriendo, aunque los médicos digan que las mujeres no deberían correr maratones, aunque le obligue a levantarse cuando la ciudad aún no se ha desperezado. Corre aunque no sepa muy bien por dónde ni hacia dónde. Aprieta los dientes y vuelve a contar las zancadas. Una. Otra. Otra y otra y otra. Los golpes se acumulan y se desvanecen, y entonces, en un fogonazo, las fachadas de la Quinta Avenida giran sobre su eje, todo Manhattan gira sobre su eje, el cielo rota a la derecha y el asfalto se

precipita hacía su cabeza. Siempre ha querido vivir en Nueva York, pero Nueva York ha empezado a matarla desde el momento en que puso un pie allí por primera vez. No siente el golpe, solo siente las llamaradas, que no se apagan. No se apagan nunca.

10
EL MECANISMO QUE SOSTIENE EL MUNDO

¡Cómo brilla la luna!
En noche como esta, en que un aire suave besaba los árboles
en noche así subió Troilo a los muros de Troya,
y el alma se le iba en suspiros a las tiendas griegas,
donde Crésida dormía aquella noche.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

—¡Nueva York es la mejor ciudad del mundo, John! Mírala, es la capital de todo.

Diane Hartley sujeta con la izquierda el volante del viejo Chevy Malibu verde del 64 mientras con la derecha replica en el aire la silueta de torres contrapeadas que se dibuja al otro lado del parabrisas. Desde el puente de Verrazzano, Manhattan es una danza y todas las bailarinas quieren tocar el cielo.

—Sí, sí, la capital del planeta Tierra, pero coge el volante, por el amor de Dios, Diane —replica él apretando el pie contra un pedal de freno imaginario que estuviese colocado en el asiento del copiloto.

Se conocen desde hace, cuánto, desde hace ya más de dos años. Sí, desde el día que se ofreció a ayudarla con el análisis de la casa de la madre de Robert Venturi el primer año de la carrera, en clase del profesor Thomson. La verdad es que se le notó muchísimo que le interesaba bastante más ella que la arquitectura de Venturi, pero le dio absolutamente igual; era adorable y ella le adora. Siempre apoya todo lo que ella hace, siempre defiende todas las decisiones que ella toma. Cuando ha tenido esa sensación tan complicada de navegar contra la corriente, John siempre la ha empujado a seguir intentándolo. Y la ha tenido muchas veces. Si apenas eran diez chicas en las enormes aulas de proyectos de Princeton y cada vez que salía de la residencia con una maqueta de camino a la facultad de arquitectura varias decenas de pares de ojos se la quedaban mirando como si tuvieran delante al hombre elefante o a la mujer barbuda; si más de un profesor le ha soltado eso de «Usted sabe que la arquitectura es una profesión durísima, ¿verdad?», porque, al parecer, tener tetas la incapacita para trabajar duro o, incluso, ¡incluso!,

para entender cómo funciona el espacio en un edificio: «Hay estudios que afirman que las mujeres tienen menos capacidad de comprensión espacial, así que si lo necesita, no se preocupe, que yo le puedo explicar este tema otra vez», le soltó a la cara el idiota de Peretti en medio de la clase solo porque preguntó cómo había hecho Mies van der Rohe para que el suelo de la casa Farnsworth se viese siempre horizontal. «Sí, sí, quiero decir, no se preocupe. Seguro que puedo averiguarlo sola», le dijo. Y allí estuvo John, como siempre: «Esto es muy machista; deberías poner una queja en el rectorado. Yo la firmaré y seguro que muchos otros estudiantes también lo hacen», le propuso. «¿Tú crees? Sí, no sé, cariño, casi prefiero dejarlo estar; no hay muchas mujeres en este mundillo y, mira, no quiero crearme enemistades».

—¡No seas bobo! —Diane suelta ambas manos del volante durante una fracción de segundo y se ríe con ese sonido que a John le parece un cascabel de Navidad, pero maldito cascabel como no deje de hacer el tonto.

Diane toma el Verrazzano porque ni de broma va a cruzar a la isla por el túnel de Holland. Si lo hicieran por allí o por el de Lincoln, se perderían el *skyline*, y Manhattan es un *skyline*. No se llega a Manhattan desde debajo del suelo, se desembarca entre los rascacielos. Además, aunque las Torres Gemelas son preciosas con su parpadeo plateado contra el sol de la mañana, Diane no ha venido a Nueva York por ellas; ha venido por la nueva torre que Citicorp está construyendo al otro lado. Quiere verla *in situ. Tiene que* verla tal y como es, en la propia ciudad. Desde dentro.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que ibas a dejar la carrera? —pregunta John mientras toman el Belt Parkway en dirección norte, hacia el puente de Brooklyn y, más allá, al de Queensboro—. Y aquí estamos ahora.

—Nunca te dije que fuese a dejar la carrera. Te dije que iba a cambiar de carrera, y ni siquiera lo he hecho, al menos no completamente —responde Diane con una sonrisa que le da la vuelta a la cara. Al fondo puede distinguir a la torre.

—Lo que dijiste fue, y cito textualmente: «Creo que voy a dejar Arquitectura».

—¡Te dije: «Creo que voy a dejar Arquitectura porque se me queda pequeña»!

—Vaya, gracias. Todos los arquitectos del mundo nos arrodillaremos ante tu grandeza, señorita Hartley —bromea John con un tono exageradamente

engolado, a la vez que le acaricia el hombro derecho y ella se pregunta si el amor es esa delicada mezcla de cariño y orgullo.

—Pues estaba aterrorizada.

—Lo sé, lo sé. Me acuerdo perfectamente de las peleas que tuviste con tus padres, pero ya sabes que siempre he creído que tomaste la decisión correcta, cariño. Seguramente serías una estupenda arquitecta, pero es verdad que se te queda pequeña. Siempre he creído que lo que tú eres de verdad es una exploradora del mecanismo que sostiene el mundo.

Diane se gira para besarle.

—¡EL VOLANTE, DIANE! —protesta John. Pero ella le besa igual.

A veces él tiene las palabras que a ella le faltan. A veces le coloca los pies en la tierra y a veces le da el empujón que necesita cuando ella cree que no se atreve. Y tiene razón. Claro que la tiene. No era la mujer barbuda, era una mujer arquitecta. No tenía problemas para entender la casa Farnsworth, quería saber exactamente los engranajes técnicos que operaban allí para que el suelo de la vivienda se viese horizontal desde cualquier punto, desde cualquier perspectiva. Cómo lo hizo, a qué altura tenía que estar, cuánto tenía que medir el forjado y cuánto tenían que medir los pilares y por qué había pintado el acero de blanco y por qué exactamente a cinco pies de altura. Eso era magia, y ella quería saber el truco. Por eso, cuando en Princeton abrieron el doble título de Arquitectura e Ingeniería, se inscribió en la primera semana. «Una mujer no es algo habitual en el mundo de la ingeniería de estructuras», le dijo el profesor David Billington el primer día de clase, «pero yo creo que ya va siendo hora de que lo sea», añadió, y por primera vez en mucho tiempo Diane sintió que estaba en un lugar al que pertenecía.

Antes de tomar el puente de Queensboro, Diane aparca el Chevy en un recodo de Vernon Boulevard, junto al río, y mira a John con los ojos de un perrito abandonado. Después, sale del coche sin fijarse en nada más que lo que hay en la otra orilla.

Ahí está la torre de Citicorp, entre docenas de grúas monumentales, elevándose imponente sobre la ciudad, que a su lado parece tan pequeña y tan desvalida. Se diría que las cuatro patas sobre las que se sujeta se hunden profundamente en el suelo, como si no lo hubiesen cimentado hace dos años, sino que llevase creciendo allí durante siglos. De las plantas inferiores, ya paneladas en fachada, surge la estructura de acero que atrapa la luz del sol en destellos rojizos. Es ligera y… y casi frágil y, aunque no sobrepasa los límites

del prisma invisible que va a sujetar, a sus ojos es un trazo que se extiende hasta el final de Manhattan. Como si cuidase a todos los neoyorquinos, como si los protegiese desde lo alto, como si cada barra y cada diagonal pudiesen hablar con ellos, susurrarles al oído. Como si estuviese viviendo y respirando. Es mucho más bonita que todos los dibujos y todos los croquis que han aparecido en las revistas. Es una creación casi mágica, pero ella no quiere ser una espectadora en la función; ella quiere ser la maga. Por eso está allí, porque sabe que dentro hay algo que aparece en todos los planos, pero que ninguno ha explicado. Está arriba del todo, dentro de la corona inclinada, en un cuadrado que reza «M. D.». Y ha venido a Manhattan para saber qué es.

—Mañana voy a subir allí arriba —le dice a John, que finge sorpresa.

—¿Cómo?

—Que mañana quiero subir a la torre de Citicorp. Es el mejor edificio en la mejor ciudad del mundo, John. No puedo perder la oportunidad. ¿Tú crees que me dejarán pasar?

—Pero no irás a colarte, ¿no?

—No, hombre… bueno, creo que no. No sé. Puedo pedir a los ingenieros que me dejen entrar. ¿Harán visitas guiadas para estudiantes?

A John le encantan estas pantomimas en las que ella simula ser más insegura de lo que es y él le resuelve la papeleta, aunque no tiene ni idea de que ella, en realidad, es así de insegura:

—Anteayer concerté una cita con el ingeniero jefe de la oficina de LeMessurier Consultants en Nueva York —dice como si le acabase de abrir un regalo de cumpleaños—. A tu nombre.

—¡¿En serio?! ¡Eres el mejor! —Diane da un par de saltitos y le besa otra vez.

—Y, por cierto, que no es ingeniero. Es ingeniera.

Cuando vuelven a subir al coche, Diane está tan emocionada que le pide a John que conduzca hasta el hotel Hyatt de la Cuarenta y dos, que es donde van a pasar la noche. Al cruzar por Lexington Avenue, saca la cabeza por la ventanilla para mirar al rascacielos. Está completamente segura de que lo que han colocado allí arriba es importante. Tiene que serlo. Porque le parece imposible que esa estructura recortada contra el cielo, tan leve, tan… vaporosa, sea capaz de sujetar cincuenta y nueve plantas.

—Oye, ¿tú sabes por qué el suelo de la casa Farnsworth está justo a cinco pies de altura? —le pregunta a John.

—¿Cómo que por qué? Porque Mies van der Rohe lo decidió así, ¿no?

—Sí, claro, pero ¿por qué decidió que estaría justo a esa altura y no a otra?

—Pues… no sabía que había una razón.

—Porque cinco pies es exactamente la altura de nuestros ojos, y la altura de nuestros ojos es la altura del horizonte. Por eso el suelo de la casa Farnsworth siempre se ve como una línea horizontal, se mire desde donde se mire.

11
CHRYSLER CONTRA EL MANHATTAN TRUST

En verdad, ignoro por qué estoy tan triste.
Me inquieta. Decís que a vosotros os inquieta también;
pero cómo he adquirido esta tristeza,
tropezado o encontrado con ella,
de qué substancia se compone, de dónde proviene,
es lo que no acierto a explicarme.
Y me ha vuelto tan pobre de espíritu,
que me cuesta gran trabajo reconocerme.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

En toda construcción hay un momento, probablemente predecible, en el que nadie sabe si está siendo levantada o demolida. Construir y destruir son en ese instante lo mismo, y Jennifer Longo desearía que estuvieran destruyendo el rascacielos. Ellos no lo ven. Ellos solo quieren ver la torre alzada sobre los cientos de personas sin hogar que reptan en las esquinas de Times Square. Ellos no se cruzan cada mañana con las miradas perdidas de madres de recién nacidos que tienen dos empleos de mierda que no les dan para alimentarlos. Ellos no leen los periódicos, no ven los robos ni los asaltos ni las violaciones. No ven los asesinatos en primera plana. Ellos flotan por encima de todo esto. Sus madres no se olvidaban de sus cumpleaños. Sus madres no se pasaban el día borrachas en el porche de una casa al borde de la ruina en un pueblo muerto de Carolina del Norte. Ellos no necesitan tomar anfetaminas para apaciguar la memoria. Ellos no huyen del pasado, a ellos no les da miedo. Ellos solo quieren que el mundo vuelva a ser como antes, pero ya no hay antes. Nueva York nunca tiene un antes. Ellos se sientan en sus mesas de oficina y en sus salas de reuniones, y piden y piden. Piden que otros levanten la torre. Piden que ella levante la torre. El viejo quiso que ella fuese la supervisora general: «Eres la mejor ingeniera que he conocido nunca», y ahora ella está construyendo el esqueleto de algo que no debería existir. ¿Cómo puede sentirse orgullosa de algo que odia? Le ha drenado la vida. La está exprimiendo, la está matando desde el día que dibujó un primer croquis de su estructura. Desde que dejó de dormir por las noches y dejó de salir a correr por las mañanas. Desde que comprendió que está exprimiendo a todos

los neoyorquinos. Desde que comprendió que es un símbolo de todo lo que está mal en esta ciudad. Odia la torre. Los odia a ellos. Odia a Citicorp y odia a LeMessurier y odia a Jimmy Hilbert. Tardó mucho tiempo en darse cuenta, siempre tan amable y tan cortés, siempre tan de mentira, siempre una máscara. Cuando descubrió que solo pensaba en su propia carrera, en sus propios logros, en su firma junto a la del viejo en los planos, ya era demasiado tarde para aprender a esquivarle. Y ahora ella se sienta en su mesa del edificio DuMont en el 515 de Madison Avenue, a trescientos metros de la obra, y repasa todos los planos y habla con todos los constructores y todos los capataces. «Qué eficaz es siempre usted, señorita Longo», le dicen los de HRH, la contratista principal. «Siempre resuelve usted todo lo que le pedimos, señorita Longo», le dicen desde Bethlehem Steel, y ella comprueba las barras y los nudos, comprueba que todo está de acuerdo a los planos que dibujan allí y comprueba todos los planos que se dibujan.

Todos los días se arrepiente de haber aceptado el puesto que le ofreció el viejo. Todos los días se arrepiente de ser tan buena en lo que hace. Todos los días se arrepiente de ser ella quien ha programado el artefacto que descansa allí arriba, en la corona de la torre. «Recuerde que siempre tiene que mantener el comportamiento inercial. Es extremadamente importante evitar cualquier tipo de sobrecompensación», le dijo cuando le pidió programarlo, como si ella no supiera el desastre que podría suceder si el dispositivo se desplaza más de lo necesario. Pero sin ese mecanismo y sin su programación, la torre no existiría, así que todos los días se arrepiente de que la torre exista gracias a ella. Por su culpa. ¿Cómo se supone que va a enseñar como un orgullo algo que la enferma? ¿Cómo puede hacer creer que eso es un regalo a la ciudad, cuando en realidad se está alimentando de su sangre? Pero lo hace. Siempre lo hace. Todos los días se arrepiente de estar sola.

—Así que es usted estudiante de Ingeniería estructural en Princeton —le dice a la joven, jovencísima, chica que se ha presentado en la oficina esa mañana—. No somos muchas mujeres en el ramo.

—Sí, sí. Quiero decir, no. Creo que somos poquísimas. En mi clase solo somos seis chicas —responde Diane Hartley con una voz que parece un tintineo—. Y si le soy sincera, creo que me metí en Ingeniería por su edificio. Lo que están construyendo ustedes es una maravilla.

Longo abre mucho los ojos. Hace mucho tiempo que no piensa en la torre como ninguna maravilla. Una vez lo fue. Hace ya seis años, cuando empezó a

trabajar en LeMessurier Consultants porque necesitaban más ingenieros porque «se enfrentaban a un problema único en el mundo y necesitaban a gente que diseñase una estructura única en el mundo». Y ella acudió, claro que acudió. Era la mejor ingeniera que el viejo había conocido nunca, y lo sabía desde que llegó a su clase en Harvard por primera vez.

—¿Ya está usted haciendo otra vez el trabajo de tres hombres, señorita Longo? —pregunta el jefe de seguridad en el control de acceso a la obra.

—Todos los días, Gerry, ya me conoces —responde cordial Longo; siempre lo es. Vuelve a dirigirse a la joven—: Sí, creo que tiene razón: he enseñado el edificio a bastantes estudiantes, pero es la primera vez que lo visita una mujer. Supongo que el mundo es un lugar complicado para nosotras, pero este mundo —añade señalando con el dedo al maremágnum de albañiles, hormigoneras y grúas que las rodea— es más complicado todavía. Y ahora póngase esto, por favor.

Ambas se colocan sendos cascos de obra y entran en uno de los montacargas provisionales. Según el ascensor avanza hacia el cielo, Diane observa las ramas del árbol de acero como si fueran un prodigio del ser humano. Pasean por algunas de las plantas mientras pregunta sobre datos, cargas, deformaciones, solicitaciones de gravedad y de viento, y Jennifer responde de memoria. Le cuenta que lo llaman Baba Yaga. «Claro, es por las patas, ¿verdad? ¡Como la cabaña de la bruja rusa!». El entusiasmo de la joven hace que, por un momento, Longo deje de creer que todas esas barras metálicas son, en realidad, una jaula. Cuando llegan a la planta cincuenta y nueve, la última, se paran delante de una puerta cerrada. A Diane le extraña mucho porque en casi ningún lugar de la obra han colocado aún las puertas y justo hay una allí, delante de lo que en verdad ha venido a ver.

—Bueno, pues este es el final de la visita. Espero que le haya satisfecho, pero si aún tiene más preguntas, no tendré ningún problema en respondérselas en nuestro camino hacia la salida —le dice la ingeniera.

Es descorazonador. Diane está allí para saber qué es lo que hay detrás de esa puerta. Para saber qué es ese cuadrado con las siglas M. D. que está en todos los planos y qué significan esa M y esa D. Es algo fundamental para el edificio, está segura.

—¿Y no me va a enseñar lo que hay aquí? —pregunta con algo de brusquedad, señalando la puerta cerrada. Longo ríe levemente—. Perdón, no quiero ser impertinente, pero he hecho unos cuantos números y creo que solo con la estructura de acero no van a cumplir los criterios de deformación, y llevo semanas preguntándome si ese cuadrado que tienen aquí dentro tiene

algo que ver con eso, porque es imposible que no lo tengan todo pensado. —Longo vuelve a reír. La joven es realmente despierta y bastante más aplicada que todos los demás a los que les ha enseñado la obra. También es más atrevida. Le gustaría abrirle la puerta y enseñarle el artefacto.

—Tiene usted razón, la estructura es, digamos, demasiado flexible. Y también tiene razón en lo de que aquí dentro hay algo que modifica la deformación, pero, sintiéndolo mucho, no se lo podemos enseñar.

—¿Pero por qué?

—¿Conoce usted la historia del edificio Chrysler contra el Manhattan Trust?

—Pues no… digo sí, sí, sí. Que el arquitecto del Chrysler… cómo se llamaba…

—William van Alen —añade Longo. Sonríe cada vez más. ¿Cuándo fue la última vez que sonrió tanto tiempo?

—Eso, van Alen. Van Alen ocultó la aguja del Chrysler durante toda la construcción y la colocaron en el último momento, y con eso consiguieron ser el edificio más alto y ganaron al otro edificio. —En cuanto termina la frase, Diane entiende lo que pasa.

—Efectivamente, el Chrysler y el Manhattan Trust disputaron una carrera por ser el rascacielos más alto del mundo, y cuando parecía que el Manhattan Trust iba a ganar, el arquitecto, *y los ingenieros*, del Chrysler se sacaron un as de la manga: la aguja. Con la aguja superaban la altura del Trust, pero no lo supo nadie hasta ese último momento que usted dice porque lo llevaron totalmente en secreto. —Longo cree que el asunto está lo suficientemente claro, pero concluye—: Pues eso es lo que estamos haciendo nosotros aquí. Mire, este es el único rascacielos que se está construyendo en Nueva York ahora mismo, y lo que hay aquí dentro es algo tan revolucionario que, en fin, también queremos mantenerlo en secreto, al menos hasta el día de la inauguración del edificio.

—Pero… —en realidad, Diane no sabe cómo continuar, así que se da por vencida.

Cuando vuelven a la esquina de la Cincuenta y tres con Lexington Avenue, se estrechan la mano y, antes de regresar a la oficina, Longo intenta animarla un poco. Quizá sí está algo orgullosa del artefacto:

—Si vuelve usted aquí cuando la torre esté abierta al público, estoy segura de que lo que hemos construido ahí arriba le va a encantar.

Diane emprende el camino hacia la Cincuenta y cuatro para tomar un taxi y volver al hotel, pero se da la vuelta. Es injusto. Ver el edificio en

construcción y desde dentro ha sido genial, sí, claro, pero no va a volverse a Princeton igual que ha venido.

Cuarenta minutos después, suena el teléfono de LeMessurier Consultants en el 515 de Madison Avenue. Es Gerry.

—Señorita Longo, tenemos aquí a la joven que ha entrado a la obra con usted esta mañana. Nos la hemos encontrado tomando fotos en la zona restringida de la última planta y… y dice que usted la ha dejado pasar.

Longo cuelga furiosa y, a regañadientes, se dispone a volver a la obra. Hoy casi había conseguido apagar todas las llamaradas. Casi. Una vez en la esquina de Madison Avenue, la torre vuelve a parecerle una jaula de acero rojizo alzada sobre una ciudad ardiendo. Y sin embargo tiene que reconocer que, en el fondo, admira a la joven. La admira por atreverse a desafiarla. Por atreverse a desafiarles a ellos.

Diane llega a la habitación del Hyatt pasadas las cuatro de la tarde y John la besa, aliviado y asustado: «He estado a punto de llamar a la policía, amor. He tenido el teléfono en la mano dos veces». Pero cuando Diane se lo cuenta todo, el miedo y el alivio se vuelven incredulidad:

—¿Pero cómo que te han retenido? —pregunta con los ojos muy abiertos y las manos separadas en un gesto de sorpresa manifiesta, como si hubiese descubierto que su novia es, en realidad, una agente del KGB.

—Casi una hora, John, pero estoy bien, estoy bien, no te preocupes —responde Diane—, digamos que… bueno, que me he colado donde no tenía que colarme.

—¿Pero es que te has vuelto loca?

—Y he hecho un montón de fotos, pero me han quitado el carrete y me han soltado una parrafada sobre espionaje industrial.

—Vale, sí que te has vuelto loca.

—Tenías que haberlo visto, John. Estaba oscuro, pero he podido verlo con el flash de la cámara. Es rarísimo. —Diane hace una pausa con los ojos desenfocados, como mirando a un lugar indeterminado en el otro extremo de la ciudad—. Y es precioso.

12
LOS ESCOMBROS DE LA BANCARROTA

No todo lo que brilla es oro
con frecuencia lo habéis oído.
Muchos hombres su vida han vendido
solo por ver mi dorada envoltura,
sin saber que las tumbas de oro
también conservan gusanos.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

—Con la iglesia y su admirable congregación como catalizadores y con el banco haciéndolo posible, hemos diseñado un nuevo tipo de espacio en Nueva York al que todo tipo de personas querrán ir y del que todo tipo de personas querrán formar parte.

Detrás del atril de acero inoxidable que han montado en la plaza bajo el rascacielos, Hugh Stubbins dirige la mirada al reverendo Ralph Peterson y al padre García Gensel, quienes sonríen intentando ocultar un orgullo técnicamente pecaminoso pero perfectamente comprensible, pues desde que vendieron la vieja iglesia, los feligreses han aumentado hasta más de quinientos. Quinientos nueve, para ser exactos. Quinientos nueve feligreses que, desde que se derribó el viejo edificio hace cuatro años, se reúnen, temporalmente y de prestado, en la iglesia central presbiteriana, nueve manzanas más al norte. Los casi cinco millones de dólares de beneficio que les ha reportado participar en la operación urbanística más importante de la década sin duda han contribuido al crecimiento de la congregación, pero lo que de verdad ha atraído a toda esa gente a la iglesia es, precisamente, la iglesia. El edificio piramidal que se ha levantado exactamente en la esquina de Lexington Avenue con la Cincuenta y cuatro. Absolutamente alineada con su época, la nueva iglesia se despliega en elegantes ángulos de granito terso como una piel y se eleva hacia las nubes que sobrevuelan la ciudad justo en la fracción de espacio donde no está cubierta por el nuevo rascacielos, extendida como el brazo de Adán hasta encontrar una línea directa entre Manhattan y el cielo.

Sí, Stubbins ha comenzado el discurso inaugural del flamante Citicorp Center describiendo, con su clásica prosa un poco engolada, las virtudes de la nueva iglesia, y eso coloca en un lugar bastante incómodo a los dos religiosos al frente de la misma, rodeados como están de la plana mayor de Citicorp, además de un buen puñado de políticos, arquitectos e ingenieros.

—Dos edificios con su propia identidad, con su propia escala y su propia dimensión, pero es en la unión de ambos donde hemos creado algo único. Hemos combinado un edificio religioso con un nuevo tipo de edificio de oficinas. Y los hemos cambiado a ambos. Los hemos mejorado. Hemos hecho de ellos algo magnífico —Stubbins continúa con lo que a LeMessurier le parece un más que adecuado tono de sermón dominical—. A partir de hoy, 12 de octubre de 1977, día de Cristóbal Colón, la ciudad de Nueva York va a descubrir… bueno, no diré un nuevo mundo… —Se ríe de manera algo forzada mientras espera que el pequeño chiste alcance a los asistentes—. Pero sí diré una nueva manera de entender la arquitectura. A partir de hoy, ningún espacio de la ciudad se entenderá como se había entendido antes. A partir de hoy, hay una luz que brilla aquí, junto a la Nueva Iglesia Luterana de San Pedro, y que ilumina todo Manhattan. Porque hoy no inauguramos un rascacielos para las élites. —Mira disimuladamente a Walter Wriston, quien le devuelve la mirada con una sonrisa divertida—. Hoy inauguramos un rascacielos que ahorra energía, que gasta lo mínimo y que devuelve a Nueva York algo que esta maravillosa ciudad nunca debería haber perdido: su corazón.

El público se arranca a aplaudir, aunque LeMessurier sabe que Stubbins no ha terminado.

—Porque hoy también inauguramos un lugar donde reunirnos, un lugar donde charlar, donde tomar un café o donde ir de compras. —Señala las más de cincuenta tiendas y restaurantes que bordean la plaza pública abierta justo debajo del rascacielos, limpia y luminosa, y decorada con primor con cientos de plantas que trepan junto a los vidrios y las placas de aluminio del edificio —. Donde los amigos planearán proyectos y las parejas se pedirán en matrimonio… y con suerte se casarán también aquí mismo. —La audiencia vuelve a reír mientras el padre García Gensel vocaliza muy exageradamente un silencioso «ojalá»—. ¡Porque hoy inauguramos un rascacielos construido para todos los vecinos de Nueva York! ¡Hoy inauguramos un ágora en el centro del mundo!

Stubbins finaliza en tono triunfante, y ahora sí, ahora todo el público aplaude a rabiar. El arquitecto baja del púlpito como Barbra Streisand al final

de una de las representaciones de *Hello, Dolly!* que están reventando los escenarios de Broadway, mientras estrecha la mano a Richard y a Julian Roth, del estudio de Emery Roth & Sons, quienes han sido sus socios en esta empresa. También señala en gesto de complicidad a LeMessurier, que ha permanecido todo el discurso de pie junto a Jennifer Longo, al otro lado de los cerca de doscientos hombres y mujeres que se han reunido allí esa mañana, entre personalidades, periodistas, trabajadores de la obra, empleados seleccionados de Citicorp y dependientes de las tiendas de la plaza comercial. Por supuesto, también han acudido el alcalde Abraham Beame y un pequeño séquito, con la mal disimulada intención de aprovechar el empuje de la inauguración del rascacielos y transformarla en un acto electoral, algo que la gente del banco ha desactivado convenientemente porque las elecciones son dentro de un mes y medio y la corporación bancaria más importante del mundo no va a apoyar públicamente ninguna candidatura, por mucho que Wriston y Beame hayan hecho muy buenas migas durante su mandato.

Justo mientras Stubbins está estrechando la mano de Wriston, la presentadora del acto le llama al estrado: «Y para finalizar, nos dirigirá unas palabras el presidente de Citicorp y probablemente dueño de todo esto, el señor Walter Wriston». Regresan los aplausos. Con su metro noventa, Wriston recorre los tres peldaños de un solo salto. En este preciso momento es el hombre más sonriente de toda la costa este.

—Bueno, bueno, un ágora pública pero cubierta por una torre que me ha costado ciento noventa y cinco millones de dólares —bromea el hombre más poderoso de la ciudad. Los asistentes ríen—. Ya en serio: sí, este formidable edificio ha costado una enorme suma de dinero, pero probablemente no me creyeran si les digo que, en realidad, esa suma ha sido notablemente inferior a lo que habría sido si en la creación de todo esto que nos rodea no hubieran estado involucradas las mentes más brillantes de nuestra generación. Y este edificio no sería tan magnífico, tan verdaderamente formidable… de veras, mírenlo: no hay nada igual. —La audiencia vuelve a reír levemente ante lo orgulloso que se muestra Wriston al presentar a su hijo de aluminio—. Ya que no sería tan formidable si no se hubiera construido con tantas y tantas horas de trabajo duro y honesto. Porque, en efecto, son necesarias muchas cosas para crear un edificio como este, el dinero, las cantidades ingentes de materiales, las habilidades únicas de decenas de personas visionarias, creyentes firmes en el futuro de Nueva York: el señor Hugh Stubbins, todo el equipo de Bethlehem Steel y HRH, el profesor William LeMessurier, responsable de que todo esto no se nos caiga encima… De veras, tienen

ustedes que ver lo que ha hecho en la última planta, es el secreto mejor guardado de Manhattan ahora mismo. —Wriston pausa el discurso una fracción de segundo más de lo necesario y señala a LeMessurier, que contiene una breve risa mientras la mitad de la audiencia se gira hacia él—. Pero, al final, lo genuinamente importante, lo absolutamente necesario, han sido todos los hombres y todas las mujeres que han puesto unas ideas junto a las otras, que han dibujado un diseño junto a otro, que han colocado unas piezas de acero junto a las otras, que han vertido un galón de hormigón junto a los otros o que han instalado una chapa de aluminio junto a las otras. Todos los hombres y mujeres que han hecho posible que hoy estemos todos aquí celebrando, desde el primero hasta el último. Yo voy a cortar la cinta, pero, en realidad, el día de hoy les pertenece a todos ellos.

Más aplausos. Esta vez duran un buen par de minutos, casi tres. La luz blanquecina de la mañana de octubre se cuela por las escaleras que bajan desde la acera en la esquina de la Cincuenta y tres e inunda la plaza haciendo prácticamente inútil el despliegue de focos y flashes que alumbran la escena. Algunos fotógrafos inmortalizan el instante, otros parecen genuinamente asombrados con el edificio y disparan sus cámaras con angulares lo bastante abiertos como para atrapar el tamaño, y tal vez la grandeza, del rascacielos. Los periodistas se arremolinan en torno a las personalidades armados con sus libretas. Está Martin Tennyson del *Wall Street Journal*, que parece bastante más preocupado por sacar alguna declaración del alcalde que por las interioridades del edificio; está Grace Baumgarten, de *The New York Times*, quien persigue a Stubbins con una grabadora portátil en su camino hacia los ascensores; y también está Mildred Schmertz preparando las notas para su crónica en *Architectural Record*, donde escribirá que «la torre, rodeada de edificios construidos con materiales que envejecen (y algunos de manera no demasiado grácil), se levanta atemporal, y su brillo atraviesa el Midtown como una flecha lanzada desde el cielo».

Tal vez tenga razón. Tal vez el rascacielos y la iglesia y la plaza comercial y todo el complejo no sean solo una acumulación de dinero y materiales constructivos. Cuatro años después de la crisis del petróleo y dos desde que los últimos helicópteros del ejército abandonaran Saigón, tras meses y meses y meses de índices de criminalidad cercanos a los veinte mil casos cada semana, cuarenta asesinatos, ochenta violaciones, novecientos asaltos y diez mil allanamientos, los neoyorquinos miran a la torre como un símbolo de renacimiento. Como si su ciudad, al fin, tuviese derecho a levantarse. Incluso quienes viven a años luz de la realidad del Midtown financiero. Quienes se

levantan cada mañana en Brooklyn o en Harlem para atender un taller mecánico o para envolver cervezas en papel de estraza en un supermercado; quienes inundan las calles en mareas amarillas conduciendo taxis desde la Setenta y tres hasta Wall Street o desde el Madison Square Garden hasta el otro lado de los arcos de piedra del puente de Queensboro o, los días de suerte, desde alguno de los rascacielos de vidrio de Park Avenue hasta el aeropuerto JFK; quienes rebuscan en la basura en las esquinas sucias de Bowery y Canal. Todos han visto al árbol crecer, todos, en algún momento, en alguna mirada, han visto cómo la silueta emergía dejando atrás al resto de Manhattan, todos han creído que si la ciudad aún podía construir siluetas era porque aún no estaba muerta. «Hemos dado empleo a más de tres mil familias de forma directa y a otras diez mil de forma indirecta, solo durante la construcción», ha repetido Wriston cada vez que ha tenido la oportunidad. Tiene razón, y es más, una vez abierto, el Citicorp Center seguramente emplee a otras treinta o cuarenta mil familias en total: más de un uno por ciento de toda la población de la ciudad. Como si gracias a esas patas tan altas, a esos soportes que la separan del suelo más de treinta metros, la torre se estuviese sujetando las perneras para elevarse sobre los escombros de una Nueva York en bancarrota.

Sí, quizá el edificio sea un navío que remonta una tempestad y una aguja de aluminio refulgente perforando el cielo y todas esas cosas que han escrito y van a escribir en los periódicos y las revistas, pero a Jennifer Longo le da igual. Jennifer Longo está harta.

Hoy es su último día, tiene que ser su último día dentro de esa jaula.

13
ÁLGEBRA

Mira la belleza
y verás que la compran al peso,
por lo cual se origina un prodigio:
las más cargadas son las más livianas.
Y esos cabellos de oro, rizados y serpenteantes,
que bajo hermosa apariencia
hacen traviesas cabriolas al viento,
habían sido ornato de otra cabeza,
y ahora el cráneo duerme en la tumba.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El mercader de Venecia*

—Profesor LeMessurier, no sé si es el mejor momento para decirle esto, pero es que tampoco sé si va a haber otro: esta misma mañana he dejado mi carta de renuncia en la mesa de Jimmy Hilbert. Doy por hecho que la aceptará sin poner reparos.

—Yo… eh… Buenos días, señorita Longo.

—Sí, perdón. Buenos días, profesor.

Jennifer Longo está tan atropellada y tan nerviosa que ni siquiera le ha dado los buenos días a su jefe cuando se han encontrado en la plaza bajo el rascacielos. Se avergüenza. Otra vez. Pero es que el día la supera. Ese día la supera. No quiere estar allí, no quiere escuchar el discurso pedante de Stubbins, no soporta la parafernalia hagiográfica, la falsa sensación de victoria colectiva que rodea la inauguración del Citicorp Center. Nadie conoce ese edificio como ella lo conoce. Nadie odia ese montón de acero recubierto de papel de regalo como ella lo odia.

—Vaya, supongo que ya es tarde, pero hace mucho tiempo que usted no es alumna mía. Ya sabe cómo aprecio que mis colegas, *que mis amigos*, me llamen Bill. Agradecería de verdad que usted lo hiciese a partir de hoy, más aún si va a emprender… quiero decir, si vas a emprender un camino en solitario.

—Sí, creo que me tomaré unas semanas de descanso, pero luego volveré a estar al pie del cañón. Espero de veras que continuemos en contacto… Bill.

A Longo le gustaría soltarle que no va a haber ningún camino, que se quiere ir de allí, del edificio, de Nueva York y de todo lo que tenga que ver con la ingeniería. Que se va a mudar a Carolina, a una casa junto a la playa en Rodanthe, a estudiar arte o a pasear a su perro, a lo que sea que haga una persona de treinta años que quiere estar en paz. Pero sabe que no va a pasar. Sí, seguramente abandonará todo lo que tenga que ver con el rascacielos, pero el rascacielos no la va a abandonar a ella. Porque no existiría sin ella.

—Tenlo por seguro, tenlo por seguro —reafirma LeMessurier mientras coge por el hombro a su antigua alumna en un gesto casi paternal—. De todas maneras, hoy es un día de celebración y te voy a necesitar… bueno, como te he necesitado todo este tiempo.

Tras las peroratas de Stubbins y Wriston, y una vez que el presidente del banco ha cortado la cinta, el público se dispersa. Los trabajadores de las tiendas abren, sonrientes, sus locales, los representantes de la Cámara de Comercio escapan de otro acto al que no han querido ir y unos cuantos periodistas persiguen al alcalde Beame mientras este departe con Wriston sin hacerles caso, antes de meterse en su coche oficial a intentar continuar la campaña para las elecciones de noviembre. La pequeña muchedumbre se ha reducido a una comitiva de un par de docenas de personas, encabezadas por Stubbins y el vicepresidente de Citicorp, John Reynolds, que van a iniciar un breve tour por las instalaciones del edificio, a sabiendas de que, estando el interior destinado a oficinas privadas del banco, los periodistas y los fotógrafos probablemente no van a volver a ver lo que les enseñen hoy. Y no se lo van a enseñar todo.

—Buenos días, señorita Longo. No… no sé si me recuerda.

La ingeniera se gira hacia la voz pizpireta que la reclama. Claro que la recuerda.

—¿Usted nunca se da por vencida, señorita Hartley? —Ríe levemente mientras estrecha la mano de la joven. Sigue siendo muy joven, pero con ese traje de chaqueta y el peinado recién salido de la peluquería, hoy no lo parece.

—Me di por vencida aquella vez —responde Diane Hartley visiblemente aliviada por que el tono de la conversación sea afable.

—Cómo olvidar a la mujer que se coló en mi edificio y estuvo a punto de costarme el puesto —susurra Longo al oído de la joven, para después continuar en tono normal—. Dígame, ¿ha venido a descubrir cómo es? Supongo que se habrá vuelto a colar porque, que yo sepa, este acto no es público.

—No vengo como público. —Hartley enseña la credencial del *Daily Princetonian* que lleva sujeta en el exterior de la chaqueta. En realidad, no hace ni una semana que se ha ofrecido como redactora en el periódico de su universidad, pero hacerse pasar por periodista se le antojaba la única manera de que hoy le permitiesen entrar en el edificio—. Y sí, he venido a saber cómo es.

Ambas saben perfectamente de qué están hablando con lo de «cómo es».

—¿Y no podría haber esperado a que saliese publicado? Hoy es el día en el que, bueno, oficialmente se revela el secreto y va a aparecer en todas partes.

—Sí, supongo que sí —miente Hartley con una sonrisa entre pícara y decidida mientras, entre los dedos, da vueltas a un bolígrafo que se mueve a la velocidad de las aspas de un helicóptero.

Sí, quizá podría esperar a que uno de los periodistas que están allí fotografíe o describa o dibuje o explique eso que vio hace más de un año en lo alto de la torre. Seguro que en *AR* o en *Progressive Architecture Magazine* van a aparecer croquis muy precisos, pero no quiere verlo a través de otros ojos y, en realidad, tampoco quiere esperar ni un día más. Han sido meses de orbitar alrededor de aquella tarde, de intentar recordar el artefacto, *el artefacto*, en el brillo del flash de las fotografías que le obligaron a destruir, de teorías e hipótesis lanzadas y abortadas, discutidas con su tutor, el señor Billington, y descartadas por improbables, por imposibles, por insostenibles o por ser constructivamente irrealizables. Quiere saber qué hay en lo alto de Baba Yaga y quiere saberlo hoy. Para Diane, esta mañana de octubre es la mañana de Navidad y ella es una niña que corre escaleras abajo ansiosa por abrir, de una vez, esa caja tan grande envuelta en papel de regalo que hay bajo el árbol y que ha escudriñado a hurtadillas de madrugada.

A Longo le apacigua la actitud de la chica. En un día en el que no es capaz de ver caras amables, en el rostro de la estudiante le parece estar mirando un espejo que viaja diez años atrás en el tiempo y cuyo reflejo viene desde un lugar donde no se destruyen las ilusiones bajo capas y capas de agotamiento. En el fondo, si aún se siente orgullosa por su contribución al rascacielos es por el programa que ella misma ideó para calcular el corazón dorado. No por las noches sin dormir, no por los días llorando sola en la oficina ocultando su derrota a Hilbert, no por las anfetaminas ni por estar sola ni por los sueños de ver medio Manhattan ardiendo. Y si aún le queda un gramo de ilusión por enseñar esa jodida mole de hormigón que levita es para que lo vea alguien como Diane Hartley.

Mientras las dos mujeres avanzan hacia los ascensores, LeMessurier ha tomado el control del grupo. No es que el pavoneo forme parte de su modelo del mundo, pero estar rodeado de unos cuantos de sus mejores colegas le tiene medio impaciente por que vean el corazón dorado. Muchos lo intuyen, claro está. Es imposible que Fazlur Khan o Kevin Lynch no hayan averiguado qué son esas siglas «M. D.» que aparecen en los planos de sección, y, sinceramente, es hasta probable que ya estén trabajando en sus propias versiones. Pero son viejos amigos y han venido desde Chicago y desde San Francisco porque, de algún modo, todo el mundillo de los ingenieros de estructuras está de celebración. Les Robertson, en cambio, no ha venido. «Estimado Bill, agradezco de veras la invitación. Se trata sin duda de un momento muy importante en la historia reciente de nuestra disciplina y me encantaría poder acudir, pero, lamentablemente, justo el 12 de octubre he de asistir a una reunión ineludible con la autoridad portuaria de San Diego. Espero que puedas enseñarme las interioridades de tu edificio en otra y temprana ocasión». Quizá él y Les no fueron nunca verdaderos amigos.

—¿Es cierto lo que ha dicho el señor Wriston sobre que el edificio ha costado mucho menos de lo que parece y que la estructura tiene que ver con ese ahorro? —pregunta la mujer de *Architectural Record*.

—En general, lo que diga el presidente de Citicorp siempre es cierto —bromea LeMessurier—, pero en este caso concreto, y respecto a lo que es competencia nuestra, le diré que la estructura de este rascacielos pesa menos de la mitad de la del Empire State Building. Veinticinco mil toneladas. De hecho, el tamaño de estos soportes que parecen tan robustos es, en realidad, mucho mayor del necesario, porque están esencialmente huecos.

Mientras habla, LeMessurier toca con la palma de la mano el aluminio anodizado que recubre uno de los soportes. Miden siete metros por cada lado y brillan como una lanza de luz.

—¿Y por qué los han hecho tan gruesos?

—Pues porque si ustedes vieran, si la gente viera la cantidad estricta de acero necesaria para sujetar el edificio, seguro que correrían despavoridos por lo estrecha que sería cada una de estas patas. Ahí dentro lo que hay es básicamente aire.

La periodista golpea con los nudillos el panel metálico como alguien mordería una moneda de oro para comprobar su autenticidad. Otros repiten el gesto. Suena hueco. LeMessurier ríe.

—Esta misma tarde se harán públicos los planos definitivos, pero, de momento, tendrán que confiar en sus propios ojos. —Entre risas, el ingeniero

señala hacia el coloso que tapa el cielo.

El resto del recorrido transcurre por interiores tan relucientes como anodinos, en los que el vicepresidente Reynolds saca pecho de la calidad de los materiales, Stubbins, de la calidad de los espacios y LeMessurier hace hincapié en que, gracias a su estructura, no hay ningún pilar que estorbe en medio de las plantas. Jennifer Longo arrastra los pasos. Diane Hartley no ve los revestimientos ni los falsos techos, solo ve las diagonales que cruzan la fachada, números y vectores trasladando empujes hacia su destino como arroyos desembocando en ríos. Cuando toman el último ascensor de servicio, está tan nerviosa que ha perdido el sentido del lugar en el que se encuentra. Flota a doscientos metros sobre Manhattan.

Tras esperar dos tandas a que todos desembarquen en la planta cincuenta y nueve, la comitiva para delante de una puerta aparentemente irrelevante bajo un cartel que reza: PLANTA DE INSTALACIONES. AMORTIGUADOR DE MASAS. MASS DAMPER. M. D.

Al otro lado de la puerta se abre una catedral.

La luz de la mañana penetra como un manantial desde los lucernarios colocados a cuarenta metros de altura y resbala sobre la cubierta inclinada de la monumental sala inundando el espacio. De cuatro articulaciones empotradas en las cuatro paredes surgen ocho barras de acero de medio pie de grosor acabadas en pistones telescópicos que abrazan un enorme bloque de hormigón pintado de amarillo, que descansa en la base de una pileta vacía. Los reflejos sobre la masa amarilla rebotan y se disparan en todas direcciones. Todo brilla como el interior de una supernova. Como un lugar sagrado.

Tras la indicación de LeMessurier, un operario acciona la palanca que pone en marcha el artefacto. La electricidad comienza a surcar por las docenas de cables que serpentean alrededor de los pistones. El aire vibra perceptiblemente y un leve retumbar sacude el suelo. Todos se miran en silencio. De cuatro estrechas bocanas en los cuatro pretiles de la pileta comienza a fluir un líquido oleaginoso negro, que, poco a poco, va llenando el estanque mecánico. Y entonces, cuando el nivel del aceite nafténico alcanza exactamente dos pies y seis pulgadas, las cuatrocientas toneladas de hormigón dorado dejan de tocar el fondo. Levitan. Ya no se apoyan. Ya no cargan. Ya no pesan.

Los hombres y las mujeres que están allí son accidentes en el cosmos. Ningún presidente de banco y ningún ingeniero y ningún arquitecto y ningún periodista es nada frente a las fuerzas que se despliegan.

Jennifer Longo cierra los ojos, se siente extrañamente en paz. Diane Hartley ha parado de dar vueltas a su bolígrafo y sonríe de oreja a oreja, lo comprende. Comprende el prodigio. Lo comprende todo. Antes de explicar su funcionamiento a los presentes, Bill LeMessurier recuerda exactamente el momento y el lugar en el que concibió el amortiguador de masas. Fue en Vasiliki's, justo después de que redujese el número de chevrones y consiguiesen bajar de veinticinco mil toneladas. Justo después de apagar la pequeña rebelión de la señorita Longo.

Aislado en una mesa solitaria, dibujaba en una servilleta trazos rojos y azules, unos sobre otros, unos sobre otros, con el tiempo encima, marcando diagonales cada vez más profundas. Era un trabajo propio de Sísifo, lo cual, desde esa esquina de su restaurante griego favorito, le resultaba cómicamente apropiado. Probablemente no encontraría la solución en ese lugar, rodeado de ruido de platos y de la voz profunda de Kostas quejándose de vete tú a saber qué con su grueso acento heleno, aunque llevase viviendo en Cambridge más de cuarenta años. Siempre le pareció que forzaba su procedencia para aportar un extra de carisma exótico al negocio, como si las aceitunas negras, los souvlakis y las espléndidas ensaladas de pepino y queso feta no fueran suficientes. Y lo eran. «¿Trabajando a la hora del almuerzo, profesor?», le preguntó al servirle un poco de merlot. «Siempre estoy trabajando, Kostas, siempre», confesó con más cansancio que orgullo. Por supuesto que él también estaba agotado. Seguramente él era quien más sentía en sus hombros el peso de todos esos meses y todas esas repeticiones, porque él era el culpable último de haber llevado a todo el mundo a ese pozo extenuante de iteraciones sobre iteraciones. Sísifo y Atlas, qué combinación tan espantosa.

Mientras cogía otra servilleta para dibujar, *otra vez*, el croquis del rascacielos, se preguntó si los héroes griegos no serían más que oficinistas repitiendo tareas día tras día y día tras día hasta vencerlas por pura fatiga del adversario. Pero el problema es que su adversario no se cansaba. Fue entonces, justo al perforar la precaria celulosa de la servilleta por haber presionado demasiado con la punta del rotulador, cuando se dio cuenta de que ni Longo ni él tenían razón. La gravedad no es enemiga del rascacielos. Es más, es una aliada leal. El verdadero problema es el viento.

El viento es el enemigo más peligroso de cualquier rascacielos. Y el más despiadado. A la gravedad se la puede domesticar porque se puede prever. Se sabe dónde va a estar y lo que va a hacer; se sabe exactamente *cuánta gravedad* va a haber, solo hay que saber el peso exacto del edificio. Un edificio, como cualquier otro objeto que existe en el mundo, está preparado

para la gravedad, para que el planeta tire hacia sí de él; la conoce desde siempre y la va a resistir todos los segundos y todos los minutos y todos los días de su vida. Pero no está intrínsecamente preparado para el viento. Nadie sabe cuándo ni cuánto ni desde dónde va a soplar el viento. Una ciudad puede haber vivido décadas, puede haber vivido siglos apenas entretejida por brisas, empujes leves que navegan por sus calles sin que nadie les preste atención, y, de repente, un vendaval la pone a prueba y solo cabe confiar en que esa ciudad se haya construido pensando en una fuerza que nunca, *nunca*, ha experimentado. Es aterrador. LeMessurier comprendió entonces por qué le aterraba. Le aterraba no tener una cifra a la que agarrarse, no tener una cifra *real*. Solo podía extrapolar el futuro desde el pasado, cumplir los códigos estructurales del AISC o el ACI, que obligan a que las estructuras resistan cifras esencialmente arbitrarias: «Rachas de 142,25 millas por hora. Vientos sostenidos de cien millas por hora»: ¿Por qué? Porque hace cuarenta y cinco años, un anemómetro mal calibrado colocado en la explanada de Battery Park, expuesto al viento cruzado del Hudson y en medio de la tormenta más seria que se recuerda en la historia de Nueva York, marcó una racha de viento de noventa y ocho millas por hora durante tres segundos. Pero hay que mayorar esas noventa y ocho millas por hora en función de la importancia del edificio, por si acaso, y suponer que van a ser 107,8 y volver a mayorar esas 107,8 según la altura del edificio, por si acaso, y transformarlas en 123,97, y aplicar un nuevo coeficiente de seguridad por la zona de exposición, y esas 123,7 se convierten en 142,25, y el AISC lo escribe en negrita y lenguaje militar: «Los edificios de Manhattan de altura mayor a doscientos cincuenta metros, con cubierta inclinada menor a cuarenta y cinco grados, deberán resistir rachas de viento de tres segundos de al menos 142,25 millas por hora desde cada una de las direcciones o desde cada una de las caras del volumen del edificio». Y hay que cumplirlo. Por importancia. Por altura. Por la zona de exposición. Por si acaso. Por seguridad. Por miedo. Por miedo a algo que no ha pasado nunca y que nunca va a pasar. Los edificios se sobredimensionan por miedo, se construyen con mucho más acero y con mucho más hormigón del que sería necesario, con miles de toneladas de más, con millones de dólares que podrían gastarse en parques públicos o en aceras de pavimentos delicados que no se agrietasen cada verano, con millones de kilovatios de energía tirados a un pozo de miedo. Y, como vigías que siempre están rastreando el horizonte, las ciudades se convierten en mapas de todo ese miedo. Miedo a los incendios, a los accidentes de tráfico, a que un ratero te robe la cartera debajo de la marquesina de un cine, a que un taxi te cobre de más si toma una calle

en sentido prohibido, a que esa calle no pertenezca a la ciudad, sino que sea propiedad de una banda o de una banda rival, a que la policía no se presente, a que se presente demasiado pronto. A que la gente de a pie se dé cuenta de que viven aterrorizados. Las ciudades siempre están buscando algo que las pueda destruir, y, por eso, los edificios son innecesariamente grandes y pesados; por si alguien se equivoca en los cálculos, por si alguien sigue usando papel y lápiz y despista una «X» o una coma. Pero en LeMessurier Consultants no se equivocan en los cálculos. Las computadoras no se equivocan. Bill LeMessurier nunca se equivoca.

Por eso se peleaba contra esa servilleta, por encontrar una manera de que la torre no necesitase defenderse contra una amenaza que solo es amenaza, que solo es miedo, que puede no presentarse nunca. Si encontrase un sistema que sujetase el viento solo cuando el viento sopla. Que se opusiese solo cuando se le empuja… un sistema de inercia. De pronto, reparó en los objetos que tenía delante: un plato con una ensalada a medio comer, dos docenas de servilletas pintarrajeadas y una copa de vino tinto llena hasta poco más de la mitad. Empujó la copa de derecha a izquierda desde la boca, pero sujetando el fuste con la otra mano. Volvió a repetir el gesto y volvió a hacerlo una tercera vez; el líquido tendía a permanecer en el lugar en el que había estado un instante antes, ofreciendo una resistencia leve pero perfectamente perceptible al empuje de su dedo. La masa de vino se convertía en inercia. Se levantó inmediatamente de la silla, dejó un billete de cincuenta dólares asomando bajo el plato y condujo las cinco millas que le separaban de su oficina como si en la puerta le esperase una bandera a cuadros.

Cuando el resto del equipo llegó al día siguiente, ya había montado, con tres listones, dos muelles clavados a una base de madera y un *tupperware*, una maqueta bastante fiable de lo que sería el futuro amortiguador de masas. «¿Has dormido aquí, Bill?», le preguntó Jimmy Hilbert cuando lo vio con la barba sin recortar, la camisa arrugada y la corbata tirada en el respaldo de una de las sillas, ya no recordaba de cuál. Se adecentó como pudo y se colocó frente a los hombres y las mujeres de su oficina. «Mirad, porque creo que lo tenemos». Y entonces empujó la maqueta desde la derecha. El pórtico comenzó a describir una serie de oscilaciones en péndulo, mientras él cronometraba los segundos que tardaba el sistema en detenerse por completo. «Ha tardado casi veintisiete segundos en parar. En cambio, si coloco esto encima…». Puso la tartera con agua en el centro de la viga superior y volvió a empujar. El movimiento pendular apenas se prolongó durante unos pocos segundos. La oscilación era mínima.

En el interior de la catedral dorada, mirando a sus colegas, a los periodistas, a Stubbins y a Reynolds, LeMessurier recuerda las caras de satisfacción que la gente de su estudio tenía aquel día. La señorita Longo parece hoy mucho más mayor que hace tres años, pero su expresión es similar; la de alguien que ha abierto un joyero con un bellísimo diamante dentro.

—Señoras, caballeros: esto es un amortiguador de masas —proclama LeMessurier con un tono un poco demasiado solemne—. Son ustedes las primeras personas que lo ven. Al menos, las primeras que no han trabajado en la construcción del edificio… y no todas han tenido acceso. Así que voy a intentar explicarles de la manera más sencilla posible por qué el amortiguador de masas es el futuro de la ingeniería.

LeMessurier pausa el discurso mientras mira hacia arriba, mucho más arriba del techo que cubre la sala, hacia el cielo que está al otro lado. Hacia el confín de la galaxia. Como con la estructura portante, habría querido que el amortiguador de masas no estuviese oculto tras la fachada opaca de esa torre de aluminio. Habría querido que la corona inclinada del rascacielos fuese transparente como una colosal lámpara sobre la ciudad, para que lo que allí hay se viese desde todo Manhattan, desde las salidas del metro y desde los helicópteros de los presidentes y los consejeros delegados; un árbol cuyas ramas de acero se elevan sobre el mundo para sujetar un prodigio. Pero allí, mirando al otro lado del universo, se da cuenta de que en realidad le da igual que los hombres vean el árbol o el amortiguador de masas. Se ha construido, existe. Dios lo ve. Comienza a hablar sin bajar la mirada, como si allí no hubiese nadie más. Solo él y el artefacto.

—Como seguramente sabrán, cuando soplan vientos fuertes, en los rascacielos se producen deformaciones y pandeos que pueden llegar a mover las últimas plantas varios pies respecto a la base. Hasta ahora, para limitar esas deformaciones, los edificios necesitaban incluir una cantidad de estructura que solo trabajaría cuando ese viento sople. Muchas barras, mucho acero. El problema es que, cuando no hay viento, esa estructura es completamente superflua, no sirve para nada. Todas esas barras y todo ese acero sobran. Pero como les acabo de decir, eso era hasta hoy porque gracias al amortiguador de masas, esa estructura sobrante ya no será necesaria. Gracias al sistema de inercia dinámica que hemos desarrollado, este artefacto *solo entra en funcionamiento cuando el viento empuja* para contrarrestar ese empuje y corregir la deformación de toda la torre. Mientras tanto, *solo* pesa cuatrocientas toneladas —pronuncia «solo» con el hincapié de un político en

un mitin—. Y tal vez les parezca que cuatrocientas toneladas son muchas, pero es bastante menos que las cinco mil que habría que colocar sin amortiguador de masas. Si me disculpan la pedantería, les diré que este mecanismo no es solo el corazón de la estructura del nuevo Citicorp Center, es también un triunfo. El triunfo de la ingeniería en forma de álgebra. Como la definió el matemático persa Al-Juarismi: *al-jabr wa l-muqābala*. «La ciencia del equilibrio».

Aunque intuían lo que LeMessurier había ingeniado, Khan y Lynch se lanzan a un suave aplauso con el cariño que se le tiene a un amigo que, además, y circunstancialmente, es colega de profesión. «Es magnífico esto que habéis construido, Bill. Magnífico», dice Khan acercándose, mientras el resto de la comitiva se disgrega. Los menos interesados toman el camino a los ascensores junto con Stubbins y Reynolds, que abre el camino de vuelta. Diane Hartley ha hecho ya veinticuatro fotos del amortiguador de masas, pero cambia el carrete por otro para seguir haciendo más. Todas las que quiera, hoy nadie se lo impide. Jennifer Longo asiente y respira hondo, sabe que una vez que ponga un pie fuera de allí, no va a volver jamás.

—Disculpe que le haga una última pregunta, señor LeMessurier. —La periodista de *Architectural Record* interrumpe el corrillo de última hora que han formado los ingenieros—. ¿Lo que quiere decir es que este aparato es lo que mantiene estable el rascacielos?

LeMessurier la mira con atención; es una pregunta de alguien que sabe de lo que habla.

—No, claro que no. El amortiguador de masas limita muy eficazmente la deformación del rascacielos, sin él se cimbrearía como un palillo, pero por supuesto que la estabilidad está garantizada gracias al esqueleto de acero de veinticinco mil toneladas que lo sujeta —responde con una leve risa golpeando dos veces con el pie el suelo.

La periodista apunta la respuesta en su cuaderno de notas y da las gracias con una sonrisa muy cortés. No sabe que LeMessurier le ha mentido. Nadie en esa colosal sala de máquinas a doscientos metros de altura sobre Lexington Avenue sabe que LeMessurier ha mentido. Ni siquiera él mismo lo sabe.

TERCERA PARTE

RELACIONES DIAGONALES

Cuando el presidente Carter bajó los escalones del ayuntamiento poco antes del mediodía de ayer, se encontró con una multitud de cinco mil espectadores. Era un panorama muy fiel de lo que es Nueva York: negros, blancos, chinos, judíos ortodoxos con barba y kipá, corredores de bolsa con trajes de raya diplomática y jóvenes con camisetas de colores brillantes. Después de que la banda tocara «Happy Days Are Here Again», la multitud vitoreó. Tanto el alcalde Koch como el gobernador Carey elogiaron al presidente y luego, por su parte, el presidente devolvió los elogios a Nueva York. «Nueva York ha sido la Gran Manzana durante la mayor parte de dos siglos», dijo Carter. «En 1790, cuando Nueva York ya era la ciudad más grande del país, Washington era solo un pantano».

The New York Times, 9 de agosto de 1978

14
TODOS LOS HOMBRES

> Si a toda tempestad tal calma sigue,
> que los vientos soplen y despierten a la muerte.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

—¡Eso debe de ser el nuevo faro de Punta Quebrada! —bramó a todo pulmón el capitán Redhall mientras le devolvía el catalejo al vigía—. ¡TODO A BABOR, SEÑOR PATMORE, POR EL AMOR DEL CIELO!

—¿Cómo es posible que la luz se vea bajo esta tempestad, capitán? —respondió Patmore empujando el timón hacia la izquierda con todo el empuje de su cuerpo.

—¡Que me condenen si sé cómo funciona ese maldito artefacto! ¡Solo sé que está ahí y que nos va a salvar!

Patmore cargó con aún mayor fuerza, pero los zapatos se le resbalaban sobre la madera empapada de la cubierta. El huracán convertía cualquier acción en una empresa imposible y la barra del timón se resistía a moverse y, cuando lo hacía, temblaba de un lado a otro en espasmos que parecían el vómito de un titán. El Sultana seguía a merced del viento diabólico y el oleaje les arrastraba irremisiblemente contra las rocas. Redhall miró a su tripulación como lo haría un profesor del Marischal College frente a sus alumnos: eran todos buenos hombres, buenos jóvenes de familias honestas. Algunos habían nacido en las islas y otros venían de la América leal a la Corona, pero todos eran buenos ingleses y, aunque los meses en la mar habían conseguido que ninguno de sus rostros lo mostrase, todos estaban muy asustados. Algunos rezaban con expresión fiera, como si estuvieran enfadados con Dios, otros se agarraban a los palos para intentar permanecer en pie, los más estaban sentados con los huesos en la cubierta para evitar caer por la borda.

—¡Caballeros! ¡Todos a la batayola de babor! —volvió a gritar Redhall por encima del aguacero.

Todos los hombres se acurrucaron junto a la baranda de la izquierda, sujetos con manos y pies a la jarcia, intentando volcar todo el peso del Sultana hacia el exterior de la costa. Los únicos que permanecían en pie eran Patmore

y el capitán Redhall, quien había arrimado el hombro al del timonel para empujar la barra de guía, desesperado por volver a encontrar el rumbo de su barco entre el monstruo que les azotaba por todos lados. Desde el cielo y desde las profundidades del océano, desde los cuatro puntos cardinales y desde cada gota de agua y desde cada rayo, que punzaba el aire como una flecha afilada, el mundo se había transformado en un lugar hostil a los hombres.

—Vamos, señor Patmore, empuje con toda su alma —dijo en voz baja, como si quisiera que el timonel no lo escuchase, aunque estaban a escasas pulgadas el uno del otro.

El Sultana subía y bajaba en embates cada vez más grotescos, cada vez más furiosos, cada vez más incontrolables. Hasta que, al caer desde quince pies en una de esas arremetidas, el casco se resquebrajó por la banda de estribor, desde la quilla hasta la línea de las portas. Redhall no supo si habían golpeado contra una escollera o si fue producto del mismo impacto contra el océano desde esa altura y tras tanta fatiga, pero tampoco le importó demasiado porque el barco ya estaba perdido. Antes de caer dentro de la masa oscura y helada que era el Atlántico, acertó a distinguir contra los fogonazos de los relámpagos el cuerpo del vigía, el señor Swift, quien se había amarrado a un cabo del bauprés y ahora colgaba de la borda sujeto con una sola pierna, con los brazos caídos y muy probablemente sin vida.

Mientras, en la iglesia de Saint Philip, el farero Josephus Wilkins, a quien todos conocían como Joe Seaman, chillaba al gobernador y a los pudientes del pueblo, estúpidos e insensibles.

—¡¿Pero es que no lo ven?! ¡Los negros también son hombres! ¡También merecen el amparo del Señor!

—No sea insolente, señor Seaman. Los negros son propiedades, como las vacas o las gallinas, y son sus propietarios quienes harán con ellos lo que les plazca —respondió el gobernador lord Arthur Driscoll con su acento excesivamente londinense, aunque había nacido en un pueblo de la costa de Connecticut—. Mire a su alrededor, el señor Rusell ha traído a los suyos y la familia Atkinson también ha venido con los de su plantación de caña, pero si el viejo Thomas Adam no quiere moverse de su casona, ni yo ni usted ni nadie puede hacer nada para salvar a sus negros. Son suyos. Además, aquí ya somos más de tres centenares de almas.

Wilkins recorrió con la vista el interior del edificio. El gobernador tenía razón: tal y como había crecido el huracán en las últimas horas, los gruesos muros de granito de la iglesia eran probablemente de los pocos que resistirían con seguridad las embestidas del viento, así que allí se había congregado prácticamente todo el pueblo. El párroco había retirado las bancadas, y decenas de mujeres y niños se amontonaban acurrucados contra el suelo de piedra, mientras los hombres fingían integridad y coraje, pese a que cada retumbar de la tormenta y cada golpe de las contraventanas contra los quicios les sobresaltaban como si fueran ovejas asustadas. No les culpaba, pues lo que había fuera de la iglesia, fuera de ese espacio de paredes encaladas y temblorosas luces de antorcha, era el fin del mundo.

Como tantas otras veces desde que dejó de ser capellán, Wilkins se preguntó quién merecía ser salvado, si es que realmente alguien lo merecía. ¿Por qué salvar a los ingleses y no a los esclavos negros? ¿Por qué salvar a los negros y no a las mulas o a los cerdos o a las gallinas? ¿Quién era más inocente a los ojos de Dios? Quizá los inocentes tampoco debían ser salvados. Quizá esa noche era el fin de todo, pero al menos él intentaría hacer lo correcto una última vez. Una última vez.

Se acercó al portón, que, en el instante en el que giró la llave, se abrió de un portazo empujado por el vendaval inmisericorde. Los tres hombres que estaban más cerca del hueco cayeron derribados, aunque Wilkins consiguió inclinarse contra el viento y permanecer en pie.

—¿Pero a dónde va? —gritó el gobernador desde el centro de la iglesia, pero Wilkins no fue capaz de escucharle bajo el rugido de la tempestad.

15
LA INCISIÓN

> Los hombres deben ser lo que parecen.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

Nadie está preparado para un cambio profundo. Salvo los accidentes, que se abren de golpe como abismos, un cambio siempre se produce lentamente y mediante distorsiones mínimas, a menudo imperceptibles. Esa es la única manera de aceptar que todo lo que conocemos ya no existe sin que nuestros cerebros colapsen: engañarles muy poco a poco para que no se den cuenta. El problema es que las consecuencias de esas distorsiones son imprevisibles porque cada distorsión es una pieza en un juego del que no se conocen las reglas.

El 24 de febrero de 1978, al levantarse de su mesa en la planta cuarenta y tres del Citicorp Center, una analista de datos llamada Beatrice McCullogh siente un desagradable vaivén en su estómago y en sus pulmones, parecido al que se produce cuando las vagonetas de una montaña rusa están a punto de caer por la primera bajada.

El 15 de mayo, doce rastreles de aluminio de la planta veintinueve se desajustan de golpe haciendo que los paneles de cartón-yeso que sujetan se abran, dejando una grieta de algo menos de dos milímetros de ancho, pero más de trece metros de largo en la pared que da a la fachada oeste. Nadie se da cuenta hasta cuatro días después.

El 30 de junio, una camioneta Dodge blanca con el logotipo naranja y púrpura de FedEx se interna por las calles semiprivadas del Woodrow Wilson College de Princeton. La chapa reluce como un cuchillo afilado entre la caliza de las fachadas neogóticas del campus, un poco ennegrecidas de más tras todo el

curso escolar. La mayoría de los profesores están ultimando los cierres de las asignaturas y ya apenas quedan alumnos en las residencias, algo que le parece estupendo a Diane Hartley, quien puede disponer de su habitación para ella sola, ahora que su compañera Elisa Mathis ha vuelto a la casa de sus padres en Goosewing a pasar el verano. Es una chica maravillosa Elisa, pero Diane ha acabado un poco harta de que le hablase mañana y tarde sobre Goosewing, sobre la playa de Goosewing y sobre los juncos de Goosewing y sobre lo precioso que es el amanecer en el Atlántico desde lo alto de Mount Peabody en Goosewing, que no es un verdadero monte, solo una colina, pero no hay amanecer mejor en todo Rhode Island. «Tienes que venir a hacerme una visita este verano, Diane». «Sí, sí, claro que lo haré, pero en septiembre, que todo el verano lo voy a pasar terminando la tesis, ya lo sabes». Y sí que quiere ir, de veras que Elisa es una chica fantástica, pero lo mejor que ha hecho ahora mismo es irse y dejarle toda su cama y su escritorio para llenarlo con los planos del Citicorp Center, que, una semana y media después de que los pidiera por carta a la oficina de LeMessurier Consultants, están llegando en esa camioneta blanca y brillante de FedEx.

«Implicaciones de un gran complejo de oficinas: científicas, sociales y simbólicas». Así reza el título de su tesis en la primera hoja de un montón de más de ciento diez colocadas cuidadosamente junto a la Olivetti que John le regaló al principio del semestre, precisamente para escribir la tesis. Implicaciones sociales y simbólicas. Bueno, eso ha sido el relleno para engordar el paquete y que el tribunal trague, pero lo que le interesa al profesor Billington y, desde luego, a ella, son las implicaciones científicas. Por qué Baba Yaga es así y cómo ha hecho LeMessurier para que sea así. Le gusta llamarlo Baba Yaga, aunque no le da ningún miedo. En realidad todo está entrelazado, claro: para poder construir una torre en Manhattan en medio de la debacle económica, tiene que ser muy especial; tiene que servir a la ciudad, no solo al propietario de las oficinas, y también tiene que ser muy barata y, por lo tanto, muy ligera. Ciento diez páginas para contar algo que podría ocupar una frase, ríe hacia adentro. Ahora tiene que dejar hueco para los análisis y las fotocopias de lo que el repartidor le acaba de entregar en dos gruesos ficheros de anillas y cinco tubos portaplanos. Cuando ha visto la camioneta, ha corrido tan rápido hacia la puerta de la residencia que no se ha dado cuenta de que iba descalza hasta que los dedos han pisado el granito del umbral. «Sí, sí, yo soy la señorita Hartley. Sí, Diane, Diane Hartley. ¿Dónde firmo? Aquí, sí. Muchas gracias».

Mientras abre los tubos, le gusta imaginar las doscientas ochenta millas que separan Massachusetts de New Jersey como un viaje espacial, como una cápsula que lleva en su interior una cartografía del universo, porque, aunque técnicamente solo son planos acotados e informes que documentan los cálculos de toda la estructura del rascacielos, allí abiertos y desplegados por la habitación son un cosmos completo. Comparado con esto, lo que Citicorp ha dejado como disponible en los archivos municipales de Nueva York apenas son croquis para publicar en las revistas. Esto es la piedra Rosetta: desde los ocho colosales chevrones de acero de cada cara hasta cada una de las juntas, desde los mundanos zarcillos de las armaduras de hormigón del núcleo central hasta el detalladísimo dibujo tridimensional del amortiguador de masas. Vectores y líneas y cotas, empujes y cargas y deformaciones. Diane lee todo ese entramado abstracto como un músico lee una partitura. Lo lee durante días y lo traduce en páginas y páginas; en mañanas y tardes y noches en las que el rascacielos es un imán irresistible para su mente. Ya casi no pasa tiempo con John, pese a que le pidió que se quedase hasta agosto en Princeton con ella; apenas comen y cenan juntos y lo de cenar ni siquiera lo hacen todas las noches porque «tengo que seguir con la tesis, de verdad». Ya no hablan prácticamente de nada; el calor que hace, si van a ir a Florida en agosto o si los odiosos Texas Rangers van a avanzar a los *playoffs*, aunque por suerte parece que no, pero al final, Diane siempre acaba hablando del rascacielos y John siempre acaba agachando la cabeza. Claro que la apoya, claro que quiere que apruebe, que tenga la mejor nota, pero empieza a estar cansado, quizá más de lo que se atreve a admitir. A Diane no le gusta darse cuenta, pero las cosas no están mejorando entre ambos y esta recta final no ayuda. No hay tiempo y no hay espacio para nada que no sea escribir y calcular y, como una fotografía expuesta demasiado al sol, John está amarilleando y desapareciendo poco a poco detrás del árbol de acero que se levanta en Manhattan. «Ya no sonríes tanto», le ha dicho más de una vez. Quizá es cierto, quizá se está olvidando de algo, pero lo recuperará en cuanto entregue la tesis. Entonces todo va a ir bien, seguro que sí.

Han pasado dos semanas desde que le llegaran los planos y Diane se sienta delante de la máquina de escribir. Le ha vuelto a pedir a John que, por favor, duerma en su propia habitación, que necesita trabajar, que mañana irán al lago como se habían prometido para hoy y para ayer, y John le ha dado un beso muy cariñoso de «no te preocupes, amor», y ella se ha sentido culpable. Aún

se siente un poco así, pero los cálculos matemáticos vuelven a tomar el control y ella vuelve a ser un poquito más feliz. Esto es lo que quiere hacer. Esto es lo que quiere ser.

Entonces, aparece la incisión. Como la camioneta blanca atravesando la caliza ennegrecida, es apenas una distorsión mínima, casi imperceptible, en el continuo de la realidad. Al sentarse frente al gran tablero que usa para dibujar, Diane gira el plano de planta de Citicorp unos cuarenta y cinco grados para comprobar el voladizo máximo desde los cuatro soportes hasta las esquinas. Parece un gesto sin importancia, pero es la primera ficha de dominó en una hilera de la que no se ve el final. Y Diane Hartley la empuja.

Algo no está bien. Está casi segura de que algo no está bien. Se apresura a buscar en los ficheros el epígrafe con los cálculos contra el esfuerzo horizontal del viento. No, no está bien. Se han debido de equivocar. No puede ser que se hayan equivocado. No, no, mierda, no. Le han mandado unos planos equivocados. Dos semanas tiradas a la basura. No, joder. Diane sale al pasillo de la residencia y vuelve a hacerlo descalza. Esta vez solo lleva puesta la camiseta de Princeton que usa como pijama de verano y que le tapa poco más que las bragas, pero le da igual porque no hay ni un alma en toda su planta. Corre otra vez adentro de la habitación a por un cuarto de dólar y regresa hasta el teléfono público. Introduce la moneda y marca de memoria el número de LeMessurier Consultants en Boston. No contestan. ¿Por qué no contestan? Vuelve a marcar. Siguen sin contestar. Emite una exhalación profunda y se golpea la cabeza con el auricular. Claro que no contestan, por el amor de Dios. A dónde iba, si son casi las dos de la madrugada. Piensa en subir a contárselo a John, pero no, claro que no lo va a hacer, ya debe de llevar un buen rato durmiendo. Regresa a su habitación e intenta dormir, sin éxito. Da un par de patadas a la almohada y tira la camiseta contra la ventana. Al otro lado, Princeton está en silencio y no le importa su enfado. Seguramente no le importa a nadie, así que lo oculta, como siempre.

Al día siguiente, exactamente a las ocho de la mañana, vuelve al teléfono público del pasillo de la residencia.

—Sí, sí. Hola, señorita Walcott. Sí, sí, soy Diane Hartley. —Ya conoce perfectamente a la secretaria de la oficina de LeMessurier de las otras veces que ha hablado con ellos para pedirles el proyecto de la estructura. No fue un proceso tan fácil como habría querido y le habría gustado hablar con la señorita Longo, porque tiene la sensación de que ella la habría entendido mejor, pero, al parecer, se fue de la oficina justo después de la inauguración de la torre y ahora vive en California. Tras unos segundos de espera, al otro

lado del teléfono se pone el ingeniero Joel Goldman, su interlocutor en las últimas tres llamadas—. Sí, buenos días, señor Goldman… No, no, todo llegó correctamente, sin embargo, creo que han cometido un error… No, no, tengo todo lo que aparece en el listado que adjuntaron, el problema es que creo que me han enviado una memoria de cálculo previa… Sí, que no es la definitiva… Sí, específicamente en el epígrafe seis, el del cálculo contra esfuerzos horizontales… pues creo que no es el definitivo. ¿Podrían enviarme el definitivo, el que usaron en la construcción? Pues, si me deja que lo compruebe… —Diane corre hasta la habitación, agarra el fichero del epígrafe seis como un balón de fútbol americano y regresa a la misma velocidad al teléfono, que ha dejado descolgado—. Sí, la fecha que figura es mayo de 1974… Sí, pone: «Proyecto estructural para rascacielos mixto de oficinas, comercial y religioso en el 601 de Lexington Avenue, Nueva York. Mayo de 1974»… ¿Esos son los cálculos definitivos? ¿Los que se usaron en el rascacielos…? No, no, por supuesto que no dudo de ustedes, pero no sé, quizá haya habido un error en la impresión. —Diane *sabe* que tiene que haber habido un error en algún lado—. ¿Tal vez me podrían enviar una copia del proyecto original en formato digital? —Otro medio minuto de espera que parece un año—. ¡Sí, muchísimas gracias, de verdad! Por favor, ¿serían tan amables de enviarlo por el servicio exprés? Es que, bueno, mi fecha de entrega no espera… Sí, claro, lo que cueste… Muchísimas gracias otra vez… Buenas tardes.

¿Buenas tardes? ¿Cómo que buenas tardes, si son las ocho y cuarto? Diane sonríe mientras niega con la cabeza por su despiste. Vuelve a su dormitorio y se tumba en la cama; no hay nada que hacer porque no quiere que la tesis avance sobre una base errónea, así que bien podría estar todo el día sin hacer nada. Pero no, tiene que ir al lago con John, se lo prometió. Tampoco quiere.

La camioneta de FedEx llega dos días después. Es la misma que la otra vez. Diane vuelve a salir corriendo a esperarla, aunque ahora se ha puesto unas sandalias. Recoge el sobre manila que le entrega el repartidor, le paga los cuarenta y nueve dólares con noventa que cuesta el servicio exprés y que ha tenido cuidadosamente preparados en su mesilla desde ayer, y se dirige a paso ligero al Engineering Quadrangle, que es como todos llaman a la facultad de Ingeniería estructural. La sala de computadoras de la planta sótano está completamente vacía a las once de la mañana del 25 de julio, ni siquiera anda

por ahí Percy, el encargado, pero a Diane le da igual. Arranca uno de los IBM 5100 con monitor externo e introduce el disquete de ocho pulgadas que venía en el sobre. En la etiqueta de fuera está escrito a mano «Proyecto Citicorp Center. Completo. Versión definitiva mayo 1974. Copia julio 1978». Busca en el índice y llega enseguida al epígrafe seis.

No

es

posible.

Los caracteres verdes parpadean muy sutilmente sobre el fondo negro y lo que dicen no es posible. 11 760 metros cuadrados. Es exactamente lo mismo que aparece en los ficheros impresos que le enviaron hace dos semanas. Lo mismo. Y no puede ser. Nota que su frente comienza a llenarse de sudor y comprueba si los equipos de aire acondicionado de la sala de computadoras están encendidos. Lo están. Respira agitada. Esto no es un error de traspapelado, es un error en la hipótesis. Si han construido la torre con estos cálculos, el problema es muy serio. Muy serio. Imprime todo el epígrafe seis y sale corriendo de nuevo hacia su habitación en la residencia. El sol golpea como un martillo en la mañana de verano en New Jersey, y Diane tiene que contarle a alguien lo que acaba de descubrir.

—¿Cómo que qué veo? Son los planos del rascacielos. —John se pasa las manos desde los ojos hasta la barba en un gesto de cansancio. Lleva tres horas levantado, aunque no lo parece—. Diane, esto tiene que parar. Me he quedado este verano aquí contigo para ayudarte en lo que pueda, para hacerte compañía, para estar juntos los ratos que no estés escribiendo. Para estar juntos, cariño, juntos. Pero no lo estamos, no hablamos, no… no nos acostamos juntos, joder.

—Sí, sí, no. O sea, perdón, no. —Diane sonríe. Siempre sonríe, pero ahora sonríe muy nerviosa. No es el momento de que le pida explicaciones de nada. No es el momento—. Estate aquí conmigo un momento, John, por favor. Mira aquí. —Señala el cuadrado de la planta general en la hipótesis de viento.

—Vale. —John se acerca los planos.

—Han contemplado que el viento solo golpea hacia las caras de la torre, pero mira ahora. —Gira la planta cuarenta y cinco grados, exactamente igual a como hizo hace cuatro días. John no ve la incisión como la vio ella.

—Yo no soy ingeniero, Diane, no entiendo lo que me quieres contar. —Tampoco entiende por qué está tan nerviosa.

—Eres arquitecto.

—Aún no me he graduado.

—Ni yo, pero ambos lo entendemos perfectamente. Para el cálculo de la estructura contra viento, han considerado que ese viento solo golpea hacia las caras, pero no debería ser así, porque lo que sujeta la torre son estos cuatro pilones y estos cuatro pilones no están en las esquinas, sino en el centro de las caras, así que el viento que deberían haber considerado es el viento diagonal. El que viene desde las esquinas. —Las manos de Diane sobrevuelan el dibujo replicando el movimiento que harían ráfagas de viento impulsadas por sus dedos.

—Vale, ¿y?

—Pues que la superficie expuesta es mucho mayor. —Acerca su calculadora desde el otro lado de la mesa y comienza a teclear a la velocidad de un radiotelegrafista, sin siquiera sentarse. Ha repetido tantas veces los mismos cálculos que casi no necesitaría ni mirar la pantalla—. En el proyecto dicen que la superficie expuesta son 11 760 metros cuadrados, que son los cuarenta y ocho de la base por doscientos cuarenta y cinco de alto, pero eso es solo una cara. Hay que tomar toda la diagonal, y eso son 67,88 metros… que si multiplicamos por la altura, tenemos 16 630,6 metros cuadrados. —Diane escribe ese 16 630,6 en el papel de impresora y golpea con el dedo la cifra en un gesto triunfante—. ¡Es un cuarenta por ciento más de superficie!

—¿Me estás diciendo que has descubierto un error en los cálculos de la estructura del mejor rascacielos que se ha construido en este país en décadas?

—Te estoy diciendo que el mejor rascacielos que se ha construido en este país en décadas está sujeto con una estructura que no cumple la normativa ni los códigos de la construcción. Ni los de Nueva York ni los de ningún sitio. —Diane se asusta al escuchar en voz alta lo que llevaba cuatro días y cuatro noches calibrando como posible, aunque lo haya confirmado hace menos de una hora.

—Pero es uno de los mejores ingenieros del mundo. ¿Estás completamente segura? Porque esto puede ser un escándalo.

—¡Sí, claro que sí, John! Ya sé que es uno de los mejores, seguramente es el mejor ingeniero del mundo, y lo que ha hecho aquí es increíble, es alucinante. Pero ha cometido un error, estoy segura.

En realidad, no lo está. Probablemente se le escape algo, probablemente haya alguna cifra que no ha visto o algún sistema que resuelve el error y que no ha sido capaz de entender, probablemente estudios computacionales avanzados lo expliquen todo, probablemente sea estúpida solo por pensar que se han equivocado. Probablemente sea ella quien se ha equivocado.

Probablemente una mujer no debería ser habitual en el mundo de la ingeniería de estructuras.

—¿Y qué te ha dicho Billington?

—No me ha dicho nada porque eres la primera persona a la que se lo cuento.

—Pues se lo tendrás que contar también a él, ¿no?

—No tengo más remedio, esto altera toda la tesis.

Debería estar exultante, pero está asustada. Asustada porque Billington repase sus cálculos y se dé cuenta de que los ha hecho mal y de lo tonta que ha sido. O lo que es peor, de que confirme su hipótesis y le pida que se lo cuente todo a la oficina de LeMessurier, y sea el propio LeMessurier quien la ponga en ridículo y le diga todos los errores de su análisis y por qué no está preparada para ser ingeniera. Pero, en el fondo, todos esos escenarios amenazantes la alivian; lo que verdaderamente le asusta, lo que le aterroriza, es la posibilidad de que sea ella quien tenga razón y nadie se haya dado cuenta de que la estructura que sujeta una torre de doscientos setenta y nueve metros en medio de Manhattan es demasiado débil.

16
PITTSBURGH

> Entiendo que hay furia en vuestras palabras,
> pero no entiendo vuestras palabras.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

—Señor Goldman, es la señorita Diane Hartley.

El zumbido y el parpadeo naranja en el teclado del teléfono de su mesa no anunciaba nada bueno. No porque Joel Goldman sepa leer mensajes cifrados en aparatos tecnológicos, sino porque la mesa donde se sienta Isabel Walcott no está ni a quince pasos de la suya y ya ha intuido algo de la conversación que acaba de tener la recepcionista, así que ha cogido el auricular gris perla más con resignación que con enfado.

—¿Otra vez?

—Eso parece… —contesta Walcott, cómplice, pero también un poco aburrida.

—De acuerdo, pásemela.

Ya ha hablado con Hartley al menos quince veces en el último mes; hoy ha llamado por lo menos otras seis veces más, y la señorita Walcott ya la ha toreado todo lo posible, pero no se da por vencida. No sabe realmente qué demonios querrá, pero en fin, como dice el profesor LeMessurier, todos hemos sido estudiantes alguna vez.

—Hola, buenos días, señorita Hartley, disculpe que no haya podido atenderla antes… Recibió el disquete sin problema, ¿verdad…? No, como ya le ha dicho nuestra recepcionista varias veces, el profesor LeMessurier no está hoy en la oficina, ha tenido que viajar a Pittsburgh a una reunión… Pues debería estar aquí mañana por la tarde, pero vamos, que si me dice cuál es su duda, seguramente yo mismo pueda ayudarla… Supongo que no está insinuando que nos hemos equivocado en los cálculos… Mire, no sé qué cuentas habrá hecho usted, pero le garantizo que nuestros cálculos son correctos… Pues le garantizo que nuestra hipótesis también es la correcta… Si le soy sincero, dudo mucho de que el profesor LeMessurier quiera *discutir* sus cálculos con usted… Ya le digo que no creo que vaya a hacerlo, pero no

se preocupe, que yo le paso nota de todo lo que me acaba de decir… Como quiera, si quiere darme su número… Espere, que tomo nota. Sí: seis cero nueve, dos cinco ocho, cincuenta y dos, sesenta y siete… Sí, sí, no se preocupe, lo he escrito bien… No hay de qué, muy buenos días.

Al otro lado de la línea, recostada con un gesto de agotamiento contra el teléfono público de su residencia en Princeton, Diane se muere de vergüenza. Tiene la sensación de que llevan toda la mañana dándole largas y que esta ha sido la última conversación que va a tener con el estudio de LeMessurier. No sabe qué hacer. Hablará con Billington, claro, es él quien le ha insistido en discutir la hipótesis con los ingenieros, pero sin respuesta de ellos, no sabe qué va a hacer. Imagina que todo ha sido una pantomima de Goldman y que, en realidad, LeMessurier estaba allí mismo, ocupado en asuntos más importantes.

En realidad, ese 27 de julio, Bill LeMessurier sí está en Pittsburgh y sí está en una reunión. El país parece que se va activando poco a poco tras años de depresión económica, o al menos esa es su percepción, porque la firma tiene tres proyectos en marcha y ya le han pedido consultorías para otros cinco repartidos en toda la costa este. La mayoría son de tamaño mediano, pero si este sale, va a tener que contratar a más gente en el estudio, lo cual es una señal razonablemente precisa de que su percepción sobre la economía de Estados Unidos es correcta, porque este proyecto, el de Pittsburgh, es otro rascacielos.

Tras varias pujas y otras tantas renuncias, la única empresa de construcción con acero que ha aceptado la oferta final ha sido U. S. Steel, y los propietarios de la futura torre (un conglomerado de compañías logísticas y financieras) confían en la habilidad de LeMessurier para convencer a su representante, Dan Kowalski, de que las uniones hechas con soldadura son mucho más eficaces que los roblones.

—Ya sé qué son más eficaces —afirma Kowalski, un tipo muy bien afeitado y muy bien peinado, pero que, aun así, conserva el aspecto rudo de alguien que ha trabajado muchos años con sus manos—. Pero también son mucho más caras. Sabe usted perfectamente que una buena soldadura debe hacerla un obrero muy especializado, mientras que atornillar un roblón lo puede hacer cualquier operario.

Se burla Hugh Stubbins de que, después de lo de la iglesia de Manhattan, la gente va a contratar a LeMessurier más por sus dotes de negociador que como ingeniero, y, en el fondo, él está de acuerdo. Todas las negociaciones son un cálculo, pero este va a ser fácil; no puede evitar ver al hombre de U. S.

Steel como un adversario sencillo de convencer. Extrae de su maletín dos documentos de varias páginas y los coloca abiertos sobre la mesa.

—Mire, este es el presupuesto de las uniones de acero del Citicorp Center, el rascacielos que inauguramos el año pasado en Nueva York, seguramente lo conoce. Todas se realizaron con soldaduras. Ahora, este otro es el presupuesto de las mismas uniones si se hubiesen hecho con roblones y tornillería.

—Pues me está dando usted la razón, es bastante más caro el uno que el otro —contesta intrigado Kowalski.

—Sí, lo es. Casi seis millones y medio de dólares en vez de menos de cuatro. Pero si se fija en estas otras dos cifras, verá que son prácticamente similares. Estos son los costes del total de la estructura, y bueno, en realidad, la que se refiere al proyecto definitivo es algo menor que la de la versión con uniones roblonadas. Treinta nueve millones, cien mil dólares frente a algo menos de treinta y ocho y medio.

—Me va a tener que explicar esto despacio.

—Es muy sencillo. Si se sigue nuestro diseño estructural, con las soldaduras, cada unión se comporta como un empotramiento y cada barra de acero resiste el pandeo mucho mejor que si se usasen roblones. El doble de bien, de hecho. Y como se comportan el doble de bien, cada barra necesita menos sección, menos material, y eso significa que ustedes se ahorran todo ese material.

LeMessurier no tiene claro que el hombre de U. S. Steel haya entendido completamente los conceptos de pandeo y empotramiento, pero está bastante seguro de que sí ha entendido lo de ahorrarse material y, aunque no llega a verle firmar esa misma tarde, cuando toma el avión de vuelta a Boston sabe que el rascacielos saldrá adelante con su diseño y con su mismo sistema de soldaduras. No debería vender la piel del oso antes de cazarlo, pero a la mañana siguiente se planta en la oficina con dos botellas de Veuve Clicquot dispuesto a celebrar el nuevo proyecto con todo el equipo. Brindan, charlan y justo después de que LeMessurier decida de viva voz que esa tarde se la tomarán libre, Joel Goldman le dice no sé qué de la estudiante que está escribiendo la tesis sobre la torre de Citicorp, que ha vuelto a llamar y que, según ella: «Pusimos los pilares en el sitio equivocado». Reproduce la frase con una risa irrespetuosa de por medio. No va a aguarse la fiesta, pero tampoco va a dilatar mucho el asunto, así que a las 13.17, cuando todos se han marchado, se sienta en su despacho, se sirve un último resto del champán y marca el número que le ha apuntado Goldman. El teléfono público del descansillo de la planta segunda de la residencia Wooldrow Wilson de

Princeton, en New Jersey, suena con un timbre rigurosamente convencional, pero que, al rebotar en los pasillos vacíos, se convierte en algo parecido al reclamo de un cazador en medio de la marisma. Diane Hartley cruza en tres saltos la distancia que la separa desde la puerta de su dormitorio; la llamada es para ella porque solo puede ser para ella.

—¿Dígame?

—Buenas tardes, me han dicho que en este teléfono podría encontrar a la señorita Diane Hartley.

—Sí, sí… sí, soy yo. Yo soy Diane Hartley.

—Ah, bien. Yo soy Bill LeMessurier, buenas tardes de nuevo. Me han comunicado que, al parecer, tiene usted algunas, como decirlo, inquietudes respecto a nuestro edificio de Manhattan. Estaré encantado de resolvérselas ahora mismo.

En ese instante, Diane se da cuenta de que, aunque lleva años estudiando su edificio y ha coincidido en dos ocasiones con él, esta es la primera vez que habla con LeMessurier. Espera que la voz no le esté temblando como le tiembla la mano izquierda.

—Sí, sí. No, o sea, no, no son inquietudes. A ver, mire, el señor Billington me ha dicho que le diga que hay un problema en Citicorp y tiene que aclarármelo porque no lo entiende y yo tampoco, y necesito saberlo para poder entregar mi tesis, y créame que el edificio es maravilloso, pero estoy segura de que pasa algo, bueno, no totalmente segura, no me malinterprete. — Vale, probablemente la voz también le ha temblado.

—¿El señor Billington? Joven, le agradecería que intentase contarme las cosas en orden.

Diane respira. Vuelve a respirar.

—Sí, disculpe. Mire, la estructura del Citicorp Center es el motivo de mi tesis de graduación…

—Ajá, estoy al corriente. Nos ha pedido toda la documentación y se la hemos entregado, si a mí no me han informado mal.

—Sí, sí. Dos veces me la han enviado, de hecho. Aprovecho para darle las gracias. En fin, el motivo de mi llamada… bueno, de su llamada, es que el profesor David Billington, que es mi tutor, me ha pedido que le exponga una serie de discrepancias que tiene respecto a la estructura del edificio. En concreto respecto a la resistencia contra esfuerzos horizontales de viento.

Diane se tapa la cara con la mano izquierda. No sabe por qué le ha mentido. Ha vuelto a ocultarse detrás de alguien y no sabe por qué hace eso. O sea, sí que Billington tiene esas dudas, pero no son realmente suyas, son las

de ella. LeMessurier no conoce a ese tal David Billington, pero está genuinamente sorprendido de que un profesor de Princeton se atreva a poner en tela de juicio su estructura, más aún cuando ha sido esa misma estructura la que le ha servido para que le incluyesen en la Academia Nacional de Ingeniería. Todos los ingenieros estructurales del país conocen ese rascacielos prácticamente al dedillo y todos se han maravillado con él. No puede sino pensar en que se trate de algún tipo de envidia y, aun así, permanece en un respetuoso silencio durante los casi cinco minutos en los que la joven le explica los «problemas» que han encontrado. Entonces, asalta a su interlocutora como un halcón que ha descubierto una presa entre la maleza.

—Escuche, señorita. Con todo el respeto, quiero que le diga a su tutor que no sabe de qué demonios está hablando porque no sabe el problema que tuvimos que resolver allí. Verá, como probablemente conoce, yo también soy profesor aquí en Harvard y yo también aliento a mis estudiantes para que hagan todo tipo de preguntas, pero, en este caso, las preguntas son extraordinariamente fáciles de responder: la posición de los pilones no solo no es perjudicial, es sencillamente la más adecuada para resistir los vientos diagonales que tanto parecen preocuparles. Desconozco qué tipo de cálculos habrán hecho ustedes, pero aquí no trabajamos con calculadoras; trabajamos con computadoras y con túneles de viento, y créame que todos los resultados han sido certificados con estándares a los que ninguna otra firma de ingeniería es siquiera capaz de acercarse. Cada uno de los árboles de cada cara de la torre resiste una presión horizontal de tres mil toneladas; cada chevrón aguanta sin inmutarse cuatrocientos mil kilos de carga de viento; cada barra y cada diagonal están dimensionadas para rachas de ciento cincuenta millas por hora. Ni siquiera un huracán de categoría cinco alcanza cifras así. Podría detallarle todas las pruebas que realizamos con maquetas y con modelos computarizados, pero no creo que usted disponga de dos horas enteras para escucharme y, sinceramente, yo tampoco. Ahora bien, si quiere aprenderlo todo sobre el sistema estructural que empleamos en el Citicorp Center, la invito a que se lea el artículo que mi socio en Nueva York, Jimmy Hilbert, escribió al respecto en el número del pasado febrero del *Journal of Engineering Mechanics*. Y cuando lo haya leído, podrá usted presumir delante de su tutor porque tendrá toda esa nueva información que contarle.

—Yo… eh.

—Y ahora, si no hay más… *discrepancias*.

—No, no. Muchas gracias, señor LeMessurier.

Diane cuelga el auricular y mira a la moqueta del pasillo como alguien que no supiese lo que es un pasillo ni una moqueta ni que los pies descalzos que la pisan son los suyos. Vuelve a llevar puestas solo una camiseta y las bragas, pero se siente desnuda. Desnuda y atropellada por un maremoto. Lo sabía, no tenía que haber llamado. No tenía que haber llamado ninguna vez. No tenía que habérselo dicho a Billington ni a John ni a nadie. No tenía que haber pedido el disquete y no tenía que haber girado cuarenta y cinco grados el dibujo de la planta.

Y sin embargo, cuanto más se avergüenza y más repasa la conversación para seguir avergonzándose, más se da cuenta de que LeMessurier no le ha llegado a responder su pregunta.

Esa misma tarde va a la biblioteca de la facultad y fotocopia el artículo del número de febrero de JEM. Se titula «Sobre la mejora de la transmisión y la resistencia de cargas de viento: el caso de Citicorp Center» y es un despliegue extraordinariamente exhaustivo de datos, cifras, fórmulas, ecuaciones, gráficas y detalles de cálculo, con un precioso dibujo de los sistemas de inercia que alimentan el amortiguador de masas. Pero por mucho que lo lee y lo repasa, ninguno de todos esos datos y ecuaciones y gráficos detallados responde a su pregunta. Por la noche se lo cuenta a John mientras cenan comida china en los jardines de la residencia por cuarta vez esa semana. John la encuentra incluso más distraída de lo que ya ha estado este último mes. ¿Y ahora, qué? «No sé qué hacer, John». «Yo creo en ti, ya lo sabes, pero te lo ha dicho el propio ingeniero…». Él cree en ella, pero ella no sabe si cree en sí misma. Billington contempla la situación desde otra perspectiva: probablemente los responsables del edificio disponen de una información que no es pública y que no quieren hacer pública, probablemente por cuestiones de propiedad intelectual o de espionaje industrial. Algún tipo de patente, tal vez. Sí, quizá Billington tenga razón, pero no puede evitar sentir un picor imposible de apagar en el fondo del cerebro.

En las dos semanas siguientes termina de redactar el resto de la tesis. Los escasos fragmentos de tiempo en los que abandona el desastre inhabitable en el que se ha convertido su habitación, los pasa intentando deshacerse de John para volver a sentarse a escribir. Casi lo hace como un recurso inconsciente, pero siempre habla de lo mismo. «Al final estás sola en tu planta y yo estoy

solo en la mía y sé, porque lo sé, que cuando hablamos vamos a acabar otra vez hablando del maldito viento en el maldito rascacielos de la maldita Nueva York. Debería estar aquí precisamente para que sobrellevases mejor algo que es muy duro, pero tengo la sensación de que te estás cayendo dentro de un pozo y no sé cómo sacarte. A veces creo que estarías mejor si me fuese». «No es el momento, John, de verdad». «No sé, Diane, últimamente estoy solo incluso cuando estoy contigo». Diane sonríe con una mueca, no quiere que se vaya aunque tampoco quiere estar con él. Quiere hacerle caso, de verdad que quiere hacerlo, pero, sencillamente, no puede. Todo su mundo se reduce a saber si está haciendo lo correcto, si puede dejarlo estar, si puede dejar de sentir ese picor. Y nadie le responde. Nadie. Casi cada día baraja la posibilidad de volver a llamar a LeMessurier, esta vez lo expondrá todo con claridad y seguro que la respuesta será muy sencilla, pero nunca hace la llamada; le aterroriza siquiera acercarse al teléfono. ¿Para qué? ¿Para que vuelva a humillarla? Además, seguramente lo que pasa es lo que dice Billington, que no le va a contestar con ningún dato sensible porque probablemente sea secreto. Al principio le hace gracia que el ingeniero más importante del momento crea que ella es una especie de espía, pero según va ultimando las páginas finales de la tesis, ese pensamiento se va asentando cada vez con más naturalidad. Ya hicieron igual cuando rodearon el amortiguador de masas de todo ese secretismo y, bueno, es el edificio de un banco, seguramente hay salas y departamentos que no aparecen en los planos públicos. «Realmente tiene toda la lógica. Tampoco es que la gente tenga acceso a los planos de los túneles secretos de la Casa Blanca y, seamos honestos, lo que guarden dentro de Citicorp seguramente es más importante que lo que guarda Jimmy Carter en su mesilla de noche», le dice John entre risas la víspera de la entrega. «¡Eh!, no te metas con Carter. Yo voté a Carter… ¡Tú votaste a Carter!». «No me meto con él, pero seguro que en la mesilla guarda cacahuetes». Los dos ríen. Ríen a carcajadas. Es la primera vez en semanas que ríen tanto y tan a gusto, y esa noche duermen juntos en la habitación de John.

Al día siguiente, Diane entrega la tesis. El documento, de más de doscientas páginas, incluye una serie de anotaciones finales en las que indica las inconsistencias entre sus propios cálculos y los aportados por los ingenieros de LeMessurier Consultants respecto a la hipótesis de viento. Estas inconsistencias aparecen igualmente autorizadas por Billington si bien, «en

deferencia a la experiencia y la pericia de todos los profesionales implicados en el diseño de la estructura, tanto la autora de la presente tesis como su tutor, aceptamos como válidas las respuestas ofrecidas por LeMessurier Consultants». Billington le comunica la nota seis días después. Es la máxima: A+. Esa misma noche coge el viejo Chevy verde y se va a Manhattan con John a celebrarlo cenando en Loretta's, un restaurante italiano al que iba su madre cuando era novia de su padre y que no está en Little Italy, sino en Greenwich Village. «¿No quieres que subamos a ver a tu verdadero amor?», se burla John. Diane se carcajea, pero le mira con un brillo en los ojos casi melancólico. John le coge de la mano, paga la cuenta y vuelven al coche. Veinticinco minutos después aparcan en la esquina de la Cincuenta y cuatro. Ella sale y cruza al otro lado de la calle sin apartar los ojos de la torre. Él sonríe y se queda un poco atrás, en esa distancia respetuosa que se tiene con alguien que quiere estar un momento a solas con el mundo. Ha cogido bastante manía al edificio, pero disfruta mirando cómo lo mira ella.

Diane se fija en las ventanas que circunnavegan horizontalmente toda la fachada. Durante casi un minuto, permanece hipnotizada por la luz eléctrica que brilla en unas plantas, en otras parpadea y en otras apenas es una penumbra al fondo. Las banderolas instaladas sobre la gran puerta de vidrio del acceso principal se agitan y ella ríe hacia adentro pensando en el viento de verano que sopla desde el East River y que las está haciendo bailar contra la fachada de aluminio. Como quien se despide de una vieja amiga, mira la torre de abajo a arriba por última vez. En la coronación, una batería de focos alumbra la silueta inclinada del remate superior y, por un instante, el rascacielos es un faro iluminando la noche y ese pequeño fragmento de Manhattan es una isla en medio del océano.

Dos días más tarde, John la espera con el coche en marcha en la puerta de la residencia. Ya han bajado todas las maletas y las cajas con los apuntes y Diane está echando un último vistazo a su habitación antes de irse de allí para siempre. No puede creer que nunca más vaya a volver. Que nunca más abrirá el cajón de ese escritorio donde guardaba sus collares y sus pulseras. Que nunca más va a tumbarse en la cama con los pies levantados y apoyados contra la pared para dejar que la brisa que entra por la ventana le airee los gemelos; le encanta hacer eso. Que nunca más correrá la cortina verde con motivos geométricos marrones que instaló Elisa y que es horrorosamente fea pero ha terminado cogiéndole cariño. Justo antes de salir por la puerta, se

agacha a echar un vistazo bajo la mesilla de noche, por si se hubiese dejado algún calcetín o una sandalia o, bueno, o cualquier cosa porque las últimas semanas eso era una perfecta leonera. Al fondo distingue un brillo metálico. Alarga la mano. Son dos monedas de cuarto de dólar. Las piezas vuelven a alinearse sobre el tablero y las fichas siguen cayendo, imperceptibles pero imparables.

Durante unos segundos, Diane mira las monedas sin terminar de verlas. Se asoma a la ventana para decirle a John que la espere tres minutos más y después camina despacio hacia el teléfono público del descansillo. Introduce una de las monedas y marca de memoria el teléfono de la oficina de LeMessurier Consultants, pero no la de Boston, sino la del 515 de Madison Avenue, en Nueva York.

—Buenos días, soy Diane Hartley, hablé con ustedes hace ya dos años para solicitarles una visita a las obras de Citicorp… Sí, muy bien. Todo bien… Miren, quería pedirles un pequeño favor… Pues verá, me dijeron hace unos meses que ya no trabaja allí, pero ¿podrían ustedes proporcionarme un teléfono actual donde localizar a la señorita Jennifer Longo?

Exactamente cinco días, nueve horas y treintaiséis minutos más tarde, el 21 de agosto a las 22.17 de la noche, suena el teléfono de la casa de William LeMessurier en Boston.

—¿Dígame?

—Buenas noches, Bill.

—¿Señorita Longo?

—Sí, mira, disculpa las horas, pero no sé muy bien cómo suavizar esto, así que no lo voy a hacer: hay un fallo en Citicorp. Un fallo potencialmente catastrófico.

17
LOS ÚLTIMOS DETALLES

No todos podemos ser amos,
ni todos los amos pueden estar fielmente servidos.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

Al cruzar la puerta del edificio DuMont, en el 515 de Madison Avenue, Jennifer Longo se da cuenta, por primera vez en las seis horas que han pasado desde que salió de San Francisco, del malestar casi físico que le produce el Midtown de Manhattan. También se da cuenta de que los cuatro días anteriores los ha cabalgado a lomos de una sospecha que se extendía como un veneno, pero que había empezado con un cabreo incandescente. Una llamarada. ¿Por qué la chica de Princeton la había llamado a ella? ¿Creía que tenían algún tipo de vínculo o algo así? Fue cordial, claro, siempre lo es, y al principio hasta le gustó escuchar su voz al otro lado del teléfono, pero ¿cómo que se habían equivocado en la hipótesis? «No, mire, yo ya no trabajo en la firma de LeMessurier. Esto debería hablarlo con ellos directamente. Si quiere, le puedo proporcionar su teléfono, pero vamos, está en todas las guías». ¿Y a ella qué le importaba lo que le hubieran dicho desde Boston? Y si ya sabe que no trabaja allí, ¿por qué la llama? «No lo sé muy bien, supongo que creo que usted es quien mejor conoce el edificio». ¡Claro que es quien mejor lo conoce! Estuvo allí tres años. Tres años viéndolo crecer y aprendiendo a odiarlo. Tres años rodeada de acero y de incompetentes que descargaban todo el trabajo en su espalda. Pero ya no está allí y tampoco quiere estar allí y no quiere saber nada de Hilbert ni de los aduladores de HRH ni de Bethlehem ni de LeMessurier ni del maldito Baba Yaga.

El problema es que, una vez de nuevo en Manhattan, no hay manera de huir de él. Esa corona inclinada se ve desde todas partes, no hay un lugar en esa alfombra sucia y golpeada un millón de veces que es Nueva York desde donde la punta de la torre no destaque, metálica y amenazante como una espada. No puede evitar admirarla. Es preciosa. Es formidable. Ejerce un campo gravitacional que tira de ella por mucho que se resista y por mucho que la odie. Y la odia. La odia tanto que, en cuanto pudo escapar de ella, en

cuanto pudo escapar de todo ese aluminio flotante, se marchó al otro extremo del país. La odia tanto que le ha pedido al taxista que doblase por la catedral de San Patricio y subiese por Madison Avenue con tal de no verla, y cuando ha bajado del taxi se ha metido inmediatamente debajo de la marquesina del DuMont con tal de no verla, y piensa volver al Marriott sin darse la vuelta en ningún momento. Pero justo antes de entrar al 515 se ha puesto las gafas de sol para poder mirarla otra vez. Siente un miedo difícil de describir, un miedo que nace desde su propia consciencia como mamífero, a que la torre perciba que tiene los ojos posados en ella. Como si el cristal tintado pudiese protegerla. Al girar la cabeza le parece ver por el rabillo del ojo que ese hombre del sombrero pasado de moda se ha parado a observar en la misma dirección y también la mujer de la tienda de comestibles que ha salido un momento a tomar el aire, y esos dos chavales que suben por la acera botando un balón de baloncesto también se han detenido y han señalado hacia el mismo sitio y el grupo de taxistas que charlan apoyados en el capó lo hacen con la cabeza girada hacia donde todos los demás. Respira y levanta la cabeza con los ojos cerrados detrás de las gafas. Los abre. Han pasado diez meses desde que la vio por última vez. Es preciosa y la odia.

—Si hubieras avisado con un poco más de antelación, habría preparado una pequeña fiesta de rebienvenida —dice demasiado sonriente Jimmy Hilbert mientras la abraza demasiado tiempo.

—En realidad, no he venido a por esto, pero se me ocurrió aprovechar el viaje —miente Longo devolviendo el abrazo.

—Te hemos sacado todo el proyecto para que uses lo que quieras —Hilbert señala una gran mesa de trabajo con dos carpetas de planos y un gigantesco fichero con las tapas negras—. Realmente pensaba que te habías quedado con una copia.

—Me quedé con una copia del proyecto general, pero quería algún dibujo de los detalles constructivos. Ya sabes, para presumir delante de la gente de Berkeley.

—Pues lo que necesites. Y si te hace falta algo más, pídeselo a Martha sin ningún problema, ¿de acuerdo?

Según cruza por la fila de mesas y sillas, Jennifer saluda a sus antiguos compañeros y a alguna cara nueva. Abre las carpetas y pasa los planos simulando elegir algunos aquí y allá, pero, en realidad, está rastreando cada página con la precisión de un microscopio porque sabe exactamente lo que ha venido a buscar.

La chica de Princeton tiene razón. ¿Por qué la escuchó? Eran las ocho y media de la mañana. «Sí, perdón. Siento la diferencia horaria». Más la sintió ella. ¿Por qué pensó siquiera por un instante que estaría bien comprobar lo que decía? Podía haberse olvidado inmediatamente de todo. Pero no lo hizo. Y no lo hizo porque, con esa voz pizpireta, y aunque no lo supiera, la joven le había mordido como muerde una serpiente. Colgó el teléfono y se fue a la oficina con la sospecha, y la sospecha estuvo todo el día revoloteando en una parte no totalmente consciente de su mente. Un parloteo sordo que no la dejaba pensar. ¿Se equivocaron? ¿Quién se equivocó? Seguramente pasó por demasiadas manos o se hizo todo demasiado rápido o la hipótesis no aparece en los códigos de Nueva York. Y eso suponiendo que estuviese en lo cierto y se les hubiese escapado contemplar el viento diagonal. ¿Es posible que se les escapara algo tan evidente? ¿Es tan evidente? Se hizo las mismas preguntas durante horas, esperando que al repetirlas una y otra vez fuese a encontrar las respuestas en vez de volver al punto de partida como una mosca golpeándose contra el vidrio de una ventana cerrada. Al final, estaba tan ansiosa que, en cuanto abrió la puerta de su apartamento, lo primero que hizo fue sacar su copia del proyecto de entre las cajas de la mudanza que aún no había abierto. La sospecha se había convertido en un presagio.

Ojalá no la hubiese escuchado, ojalá no le hubiese hecho caso, pero la chica de Princeton tenía razón. Tiene razón. Lo comprobó una vez y dos veces y una tercera: el rascacielos debería ser capaz de soportar una presión máxima de viento un cuarenta por ciento superior a la que está preparado para aguantar. Pero eso no era el problema; con todos los coeficientes de seguridad que se habían empleado, la cosa seguramente quedaría reducida a un pequeño vaivén virtualmente imperceptible. «El señor LeMessurier me dijo que ustedes habían obtenido sus resultados de modelos computarizados y túneles de viento». Sí, claro, lo más de lo más; el problema es que esos modelos computarizados y esos coeficientes de seguridad se aplicaron a la versión del proyecto de ejecución, no a las modificaciones que se hicieron en obra. Eso era más preocupante. Así que lo comprobó toda una cuarta vez, porque tenía que hacerlo, porque siempre tiene que hacerlo. Tiene que estar segura, completamente segura, exhaustivamente segura. Y entonces se dio cuenta de que iba a tener que volver a Nueva York.

—¿Estos son los últimos detalles constructivos de las uniones? ¿Los que se usaron en la construcción? —pregunta en voz demasiado alta incluso para que llegue al otro lado de la sala, donde se sienta Jimmy Hilbert. Son algo distintos a los que ella tiene en su apartamento de Berkeley, pero tampoco son

los definitivos. Así no deberían haberse ensamblado los nudos—. Juraría que hicimos más modificaciones para los de Bethlehem…

—No, que yo sepa. Estas son las últimas versiones. —Hilbert se acerca para no tener que levantar tanto la voz.

No, claro, no que él sepa, porque él no lo sabe, porque él no pasaba nunca por la obra. Solo iba cuando iba la gente de Citicorp y había que sacarse la foto. Ella sí, ella estuvo allí. Estuvo allí, y esas no son las uniones que se indicaron en obra. Está segura. Cuando vio los detalles en su apartamento, se dio cuenta de que no era suficiente con confiar en los coeficientes de seguridad generales, había que comprobar la presión en cada nudo, y necesitaba saber cómo se había construido exactamente cada unión para poder verificarlo. Porque desde luego no se deberían haber hecho como en los dibujos que tenía delante ni tampoco en los de su copia. Está segura. Casi segura. Durante una fracción de segundo, quiere señalarle a Hilbert dónde cree que está la diferencia, cuál es la parte del detalle que no coincide con lo que se construyó, la parte donde se hicieron las modificaciones para la gente de Behtlehem. Está deseando señalarle las barras diagonales y contarle por qué está en Manhattan, por qué ha recorrido tres mil millas y ha vuelto a un lugar que casi la vuelve loca. La numeración de las páginas, tiene que comprobar la numeración de las páginas porque esto empieza a ser demasiado raro. ¿Le estará fallando la memoria? A veces le ha pasado. A veces, cuando está muy furiosa, su cabeza deja de funcionar bien y se olvida de generar recuerdos. Estuvo furiosa muchas mañanas y muchas tardes y muchas noches cuando trabajaba aquí. Demasiadas. No. No, no, no. La pequeñísima cifra del margen inferior izquierdo pasa de la página noventa y tres a la noventa y seis. Faltan dos láminas. Faltan decenas de dibujos. ¿Dónde demonios están? Alguien los ha sacado o, lo que de verdad le preocupa, alguien no los incluyó en el proyecto porque los descartó antes de iniciar las obras. Y nadie se ha dado cuenta. Ni siquiera Hilbert. Se lo debería explicar todo a Hilbert. ¿Se lo debería explicar todo a Hilbert? Era ella la supervisora general del proyecto. Era ella la que tenía que confirmar que todo estaba en su sitio, que todo estaba bajo control. Traga saliva y espera que nadie preste atención al temblor de su mano derecha. ¿Está segura?

—¿Puedo usar una de las computadoras? Mi sueldo no da para tener una en mi apartamento. —Intenta que la broma oculte sus nervios. Por supuesto que su sueldo no da para tener un aparato de treinta y dos mil dólares en casa. En la copia digital también faltan esas dos páginas, también faltan todos esos dibujos. Nada de esto encaja. Lo sabe desde el hipotálamo. Como si alguien o

algo hubiese instalado un programa bajo su cerebro que registra la realidad, y esa realidad registrada no coincidiese con lo que tiene delante de los ojos.

—Si tenéis un disquete, me gustaría llevarme una copia completa, por favor.

—Claro. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Sí, sí, estaba aquí. Muchas gracias —Longo miente con el tono más despreocupado que es capaz de articular.

Cuando vuelve a poner el pie en Madison Avenue, lleva consigo el disquete, además de las fotocopias de seis planos que no le interesan en lo más mínimo, solo los ha cogido para disimular.

Durante todo el camino de vuelta al hotel, nota la presencia opresiva de la torre. Aunque el asfalto la asfixia, aprieta el paso cumpliendo su promesa de no mirar hacia atrás. ¿Qué está buscando? ¿Dónde lo está buscando? Lo primero que hace al llegar a su habitación es mirar en las páginas amarillas el teléfono de Bethlehem Steel. Hilbert seguramente lo tendría en su oficina, pero por supuesto que no se lo ha pedido. Por supuesto que no. No quiere que piense nada, no quiere que sospeche nada. Cuando marca el número, al otro lado responde la insulsa voz femenina de un contestador automático: «Buenos días. Bethlehem Steel ya no está operativa. Para cualquier información relativa a sus contratos abiertos, por favor, pónganse en contacto con la firma de abogados Marshall, Pence & Goldstein». No. No, joder, no. No me jodas. No puede ser. Qué clase de mierda es esta. Las llamaradas vuelven. Empieza a no entender lo que está pasando. No, es peor, es mucho peor: empieza a comprenderlo perfectamente. Lanza el auricular contra la mesa. Lo lanza dos veces. Grita sin hacer ningún ruido.

Esa noche no puede dormir. La habitación del Marriott es demasiado pequeña y las ventanas son demasiado amplias y el resplandor del tráfico de Times Square se cuela en el techo y baila un extraño vals. Los parpadeos azules de la policía cortejan a las revoltosas luces rojas de los bomberos mientras el resto de los destellos blancos y ocasionalmente amarillos giran a su alrededor.

A la mañana siguiente, frente al edificio Equitable, Longo se pregunta si las colosales placas de granito que recubren su fachada neoclásica sentirán el viento que sube por Broadway como lo siente ella. Probablemente no. Sabe que el Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York está en la

planta treinta y dos, pero ella solo quiere buscar el proyecto que se entregó a la ciudad, así que tiene que bajar al sótano, a los archivos.

—Solo podemos enseñarle una parte del proyecto. Hay un número de planos y de documentos que son material clasificado —le advierte amablemente el archivero a la entrada—. Entienda que se trata de la sede de un banco.

—Lo entiendo, lo entiendo. —No le dice que fue una de las ingenieras jefe del edificio porque no quiere que nadie se haga preguntas que no debería hacerse, como «¿Por qué una ingeniera de un edificio quiere revisar el proyecto de ese edificio?».

Allí tampoco están los dibujos que busca. ¿Y si no sucedió? ¿Y si su cerebro lo ha fabricado? No, no. Lo vio. Los vio. ¿Qué busca? ¿Qué está buscando? ¿Qué está haciendo en Nueva York? Lo que busca está en otro sitio. No está completamente a la vista. Cierra los ojos por un instante y recuerda. Recuerda. Entonces avanza por el enorme documento hasta los epígrafes con las mediciones. Inhala y exhala como un martillo neumático. Ahí está.

—¿Habría alguna posibilidad de fotocopiar estas dos páginas?

—Sí, pero necesitaría una autorización expresa del propietario del edificio.

No, no va a ser posible, así que saca su cuaderno del bolso y apunta once filas de mediciones llenas de partidas y perfiles de acero, desglosadas por tipo y número de piezas. Las filas uno a nueve le sirven como control, para verificar que son esos perfiles los que se colocaron en obra. El problema está en las filas diez y once: (A36) W14×550 101’×64 y (A325) 1”d-6”l 16×128 / (A490) 1”d-6”l 16×128. Dos grupos de ciento veintiocho roblones para sesenta y cuatro perfiles de acero de ciento un pies de largo. Sabe perfectamente que esos ciento un pies son las diagonales de cada chevrón y también sabe perfectamente que hay ocho chevrones en cada cara; en total sesenta y cuatro diagonales en todo el rascacielos. Pero los roblones están duplicados. Y eso no puede ser, es como si alguien intentase colocar ocho ruedas en un coche. Porque también sabe perfectamente que, para asegurar el empotramiento, en cada nudo de cada diagonal se colocaron dieciséis roblones de una pulgada de ancho por seis de largo, que son ciento veintiocho grupos de dieciséis roblones, pero es que en el proyecto aparecen dos partidas con el mismo número de roblones: una de acero A325 de resistencia estándar y otra de acero A490 de alta resistencia. Y eso significa que hay dos pernos por cada perforación, dos grupos de piezas que ocupan exactamente el mismo

espacio y la misma función en la estructura. Ocho ruedas en un coche. ¿Por qué los de Bethlehem pedirían material de más?

Y lo entiende.

Joder. Se quita las gafas y se echa las manos a la cabeza muy lentamente. ¡Joder, joder, joder! Está segura de que puede escuchar el latido de su corazón cabalgando en medio del silencio del archivo del sótano del edificio Equitable y, muy probablemente, cualquiera que se acerque lo suficiente también lo escuchará con claridad. ¿Por qué los de Bethlehem pedirían material de más? ¿Por qué ninguna empresa pediría el doble de material del necesario? ¿Por qué nadie fabricaría coches con ocho ruedas ni chaquetas de cuatro mangas ni le pondría dos pantallas a un televisor?

Porque, obviamente, no lo hicieron; solo colocaron una de las partidas. Barajaron ambas pero solo se quedaron con un tipo de roblones. Y ahora no sabe cómo son los nudos de las diagonales. No puede confiar en las mediciones porque están duplicadas y tampoco en el proyecto porque alguien se ha llevado dos páginas. Las bocanadas de aire se atropellan a la entrada de su boca. No es religiosa, pero le gustaría saber rezar porque espera de verdad que los roblones que Bethlehem colocó en la obra sean los A490 de alta resistencia, porque los de acero A325 no van a sujetar el viento que de verdad puede golpear allí, sobre el que ha advertido la chica de Princeton. Y la única manera que tiene de verificarlo es volver a la maldita torre.

A las nueve de la mañana del día siguiente se planta frente al rascacielos, aunque no recuerda muy bien cómo ha llegado hasta allí desde el hotel. Sí, se ha duchado, ha saludado al recepcionista, ha tomado un taxi. ¿Ha tomado un taxi o ha venido caminando? ¿Cuándo ha cruzado por la plaza comercial? ¿Ha llegado desde la Cincuenta y cuatro o desde Lexington?

—Buenos días, señorita Longo. Ha pasado mucho tiempo.

—Diez meses, Gerry. Diez meses. —No deja de resultarle sorprendente que el vigilante de la obra siga siendo vigilante en el edificio terminado, pero es una suerte para Longo, porque el engaño será más fácil de ejecutar—. Vengo de visita especial, pero no es nada serio, solo un par de fotografías de nuestro flamante rascacielos para mi portfolio. —Le enseña su cámara y finge reír mientras espera que le entregue el pase de visitante que pidió esa misma mañana a la secretaria de Hank Mason. «Solo unas fotografías. No molestaré a nadie. Probablemente solo tenga que acceder a la planta de instalaciones». Nadie sospechó nada porque nadie sabe nada.

—Aquí tiene… Si espera un minuto, Scott la acompañará.

—No te preocupes, no será necesario. Ya sabes que conozco perfectamente el edificio. —Vuelve a simular estar de buen humor, aunque todo lo que la rodea le parece una amenaza: el portón de vidrio, el mostrador de mármol del conserje, la silla de acero inoxidable donde se sienta el vigilante junto a las ocho puertas de los ascensores, el uniforme y la gorra gris de Gerry. En los tres minutos que ha estado allí, han cruzado delante de ella al menos una docena de personas, pero le parecían fantasmas, pequeños engranajes traslúcidos que alimentan el motor de la torre y que la torre ingiere y vomita cada día. Sube al ascensor y pulsa el código de la planta catorce, la única sobre la que no instalaron paneles de cartón-yeso en las paredes interiores de las fachadas. La única donde la estructura de acero es visible y accesible.

Mientras avanza junto a las máquinas de la calefacción, le parece que toda esa enredadera de tubos de aluminio galvanizado y acero pintado de azul que cubre el techo es en realidad un sistema respiratorio protegido por el esqueleto que se ve al fondo. Desde el suelo asoma uno de los nudos de conexión entre el mástil central y las diagonales de los chevrones. Ya casi no recordaba lo enormes que son. Veinte pulgadas de canto que, sin embargo, diría que tiemblan según se acerca. Toca la cabeza de uno de los roblones para comprobar que tiene la marca de la clase de acero con el que se ha fabricado. Luego otra y luego otra y otra y otra. Qué hijos de puta. Qué hijos de puta todos. Todos. También LeMessurier. También ella.

La marca que aparece en todas las cabezas es la misma: A325. Resistencia estándar. Las llamaradas la derriban y Longo se agacha con la espalda contra el colosal perfil metálico que cruza el espacio y lo atraviesa todo.

18
NO QUERÍA DECIR ESTO

¡Reputación, reputación, reputación!
¡He perdido mi reputación!
He perdido la parte inmortal de mí mismo
y lo que queda es una bestia.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

Todas las historias nacen en el momento en que alguien las escucha por primera vez. William LeMessurier escucha el comienzo de la suya el 21 de agosto de 1978 a las 22.17, a través del teléfono de su casa en el barrio de Fenway, en Boston.

—No sé de qué me está… de qué me estás hablando, pero estoy bastante seguro de que la situación no es tan, ¿cómo has dicho?, potencialmente catastrófica.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando porque a ti también te llamó la estudiante de Princeton. Y también sabes que tiene razón: la cagamos en la hipótesis de viento.

—Pero no me fastidies que eso es lo que te preocupa tanto como para llamarme a mi casa a esta hora. Claro que hablé con esa mujer, una joven muy despierta. Me recuerda a ti cuando te vi por primera vez en clase.

—Y tiene razón.

—Es cierto, la tiene. —Bill LeMessurier odia que la joven de Princeton tenga razón, pero la tiene—. Es cierto que la presión de viento es superior a la que contemplamos, pero hice las comprobaciones y todas las barras resisten perfectamente. De hecho, resistirían bastante por encima de los límites.

—El problema no son las barras. Las barras son enormes porque los coeficientes de seguridad nos hicieron calcularlas así. El problema son los nudos. Los nudos son mucho más sensibles de lo que creíamos.

—No entiendo por qué, la soldadura reparte la carga perfectamente.

—Es que no hay soldadura, Bill. Los nudos se ejecutaron con roblones.

—¿Perdón?

—¡Que todos los encuentros se hicieron con roblonado! No me puedo creer que no lo sepas.

—¡Yo no me puedo creer que no me lo dijerais!

—¡El equipo de Nueva York era independiente al de Boston, tú mismo lo acordaste con Hilbert! Y, aun así, estoy totalmente segura de que tienes el proyecto en la oficina.

Longo está totalmente segura de que el proyecto está en los archivos de la oficina central y que más de uno de los dibujos está enmarcado en el despacho de LeMessurier, probablemente el de la estructura general o el del amortiguador de masas. Y también está totalmente segura de que no ha abierto el proyecto nada más que para sacar y enmarcar esos dibujos.

—¿Y por qué demonios cambiasteis los nudos?

—Porque lo pidieron desde Bethlehem Steel, y también tenían razón, Bill. La soldadura resiste mucho más de lo necesario y un sistema de roblones funciona perfectamente.

—Pero la soldadura era una parte esencial del proyecto. Nunca debía haberse cambiado.

—No me jodas. Lo que nunca debería haberse hecho es el rascacielos, fue un agujero negro de doscientos millones de dólares mientras el resto de la ciudad se caía a pedazos. Nos dejasteis todo el trabajo a nosotros —le dejaron todo el trabajo a ella—, y a ti no te llegaba nada porque lo absorbíamos todo en Nueva York, pero allí todo el mundo presionaba cada semana para recortar el presupuesto. Cada semana había una llamada de HRH o de Bethlehem pidiendo cambios que abaratasen los costes. —Longo empieza a impacientarse porque ha vuelto a caer en una conversación que parece una pelea. Y no ha hecho esa llamada para pelear, pero si pudiera, en ese momento le partiría la cara a LeMessurier—. Mira, la soldadura no era una parte esencial de la estructura; era un capricho nuestro. Era un capricho tuyo, porque cuadra con alguna de las metáforas que sueltas a tus alumnos. Con «el cuerpo continuo» —pronuncia esa frase imitando el acento de Míchigan de su antiguo jefe—. Porque te crees que todo el mundo es alumno tuyo, Bill. Y no. No lo es.

—Será un capricho mío, pero sin la soldadura estamos jodidos.

—Estamos jodidos porque la cagamos en la hipótesis de viento, no por los roblones. El roblonado resiste perfectamente la gravedad y los vientos perpendiculares. Incluso podría resistir 135 millas por hora de viento diagonal porque recomendamos usar pernos de acero de alta resistencia A490. Yo misma lo recomendé.

—Bueno, por favor, 135 millas —LeMessurier ríe como si alguien hubiese destapado una olla a presión—. 135 millas es muchísimo. Aunque no cumpla la normativa, jamás va a haber un viento de 135 millas en Manhattan. Eso no es el Caribe.

—Es que no se colocaron esos pernos, se colocaron de A325. En Bethlehem pidieron de los dos tipos, pero solo colocaron los de A325.

—No… no entiendo nada. —Va por detrás en la conversación y no sabe ir por detrás en una conversación. Intenta encajar todas las piezas que le está dejando caer Longo, pero cuando encuentra la hendidura correcta para una, en otro lado del puzle se abre un hueco nuevo.

—Para intentar llegar lo más cerca posible de la resistencia nominal de la soldadura, nosotros recomendamos usar pernos de A490. Yo vi los detalles constructivos indicándolo, pero esos dibujos no están en ningún sitio. No aparecen en nuestras copias del proyecto ni en la que tienen en el Departamento de Planeamiento. Alguien decidió no incluirlos.

—¿Cómo que «alguien»?

—¡No lo sé, Bill! ¡Alguien! ¡Alguien en Bethlehem o en HRH o en Citicorp! ¡Fue hace cuatro años! ¡Alguien no incluyó esos planos porque no se colocaron esos roblones! —Longo inhala y exhala lenta y profundamente y, cuando vuelve a hablar, lo hace con un hilo de voz. No quería decir esto. No quiere decirlo—. Yo recomendé los roblones de alta resistencia para que tú estuvieras contento, Bill. Para que la estructura se comportase lo más parecido posible a la que tú habías ideado, a la que todos habíamos dibujado en esos meses enloquecidos de 1974. Pero no los colocaron. Se ahorrarían casi un millón de dólares y no los colocaron. He ido esta misma mañana a comprobarlo. Los he visto. Pusieron los de A325.

—…

Jennifer Longo escucha la respiración de su antiguo jefe, de su antiguo compañero, al otro lado del teléfono.

—¿Bill?

LeMessurier comienza a conectar todo lo que ha escuchado como lo haría una autopista a la que llegan cientos de coches por cientos de carriles de aceleración, y como esa misma autopista, lo que tiene delante es un terrible atasco de tráfico donde todo va demasiado despacio. Y él nunca va despacio. Nunca piensa despacio. Tras hablar con la estudiante de Princeton, comprobó con sus propios cálculos que la presión aumentaba un cuarenta por ciento en cuatro de los ocho chevrones de cada cara. Fue casi un divertimento, una manera de confirmar que su sistema era a prueba de fallos. Y lo era. Con las

uniones soldadas, todo se comportaría solidariamente y las cargas se transmitirían de una a otra barra de acero con la suavidad del agua de lluvia cayendo en un intrincado juego de canalones. El árbol de acero sería un cuerpo continuo como una escultura esculpida en un único bloque de piedra y ese aumento en la presión apenas significaría un mínimo temblor virtualmente imperceptible. Sin embargo, con el sistema atornillado, el viento empuja las diagonales y las diagonales descargan sobre los nudos y los nudos se convierten en puntos críticos donde las cargas se concentran en cilindros finísimos. Básicamente es un elefante haciendo equilibrios encima de un bolígrafo. Y como el viento golpea en mucha más superficie, la carga horizontal es mayor de lo inicialmente contemplado y cada uno de estos bolígrafos va a tener que resistir el peso de un elefante bastante más grande de lo que pensaba.

—Cuánto.

—¿Qué?

—Que de cuánto es el aumento de la presión en los roblones.

—No tengo ni idea. Sabes de sobra que esos cálculos los hacemos en la computadora porque son complejísimos.

—Jennifer. Cuánto.

Los cálculos de discriminación y reparto discreto de esfuerzo diagonal en el perno de un roblón son complejísimos, y LeMessurier, efectivamente, lo sabe, pero también sabe que Jennifer Longo es la mejor ingeniera que ha trabajado jamás en su oficina.

—Al menos un ciento sesenta por ciento en dos de los pernos de los nudos centrales de las plantas catorce, veintidós, treinta y cuarenta y seis —Longo no está totalmente segura de por qué no ha contestado a la primera. No entiende que aún le avergüence demostrar lo que hace. Y lo que es.

—Y qué velocidad de viento resisten los roblones con ese aumento del ciento sesenta por ciento.

—No lo puedo decir con seguridad porque con todos los edificios colindantes y todas las esquinas y… y, bueno, con la posibilidad de que el viento se encañone entre las fachadas de las calles como en un desfiladero… pero no creo que sea muy superior a noventa millas por hora.

Noventa millas por hora es una cifra peligrosamente cotidiana. Ambos la han escuchado muchas veces en boletines meteorológicos cuando el hombre del tiempo avisa de la llegada de una gran tormenta. Quizá no sea frecuente en Boston o Nueva York, pero es habitual en Chicago y en las Rocosas, y ningún edificio cae por ese viento.

El flujo de pensamiento de LeMessurier se ralentiza aún más y, entonces, se detiene. Las paredes de su pequeño despacho en su casa de Fenway se diluyen en jirones. Durante una fracción de segundo no reconoce que el objeto que sostiene en su mano izquierda es el auricular de un teléfono ni que ese auricular está presionando contra su oreja: *acaba de pensar en que el rascacielos de Citicorp pueda caerse*. De repente, la imagen de ese coloso de acero y aluminio desplomándose, *de su coloso* de ciento ochenta mil toneladas colapsando en medio de Manhattan, no es inconcebible. No es un ejercicio de cálculo trazado en una pizarra. Es una posibilidad aterradora. Y es una posibilidad real.

—¿Quién más sabe esto?

—Soy la única. Por supuesto que soy la única. ¿Qué vas a hacer?

Longo no puede creer que LeMessurier esté insinuando que va a ocultar todo esto.

—Voy a ir a Toronto a verificar tus cálculos con Alan Davenport… Hoy es jueves; quiero que te quedes en Nueva York hasta el sábado. Yo volveré a ponerme en contacto contigo en cuanto vuelva. Voy a solucionar esto. Voy a solucionarlo.

LeMessurier es un héroe. No puede no ser un héroe. No puede no conducir el coche más distinto, no puede no llevar el reloj más singular y no puede no imaginar las estructuras más únicas. Piensa como nadie piensa y llega donde nadie llega, pero no tiene ni la más mínima idea de cómo va a solucionar esto. Ni siquiera sabe si se puede solucionar. «¿Hay algún problema, cariño?». «No, no, para nada. Es solo que me han adelantado la reunión de Toronto y no voy a tener más remedio que volar mañana. Pero vamos, vuelvo en el mismo día, no te preocupes». Lleva veintitrés años casado con Dorothy y se conocen desde hace más de treinta, así que es perfectamente consciente de que ella va a sospechar, incluso quizá se enfade, pero va a fingir creerle. También finge que duerme cuando él sube a la cama pasadas las tres de la mañana. Ha intentado encontrar un resquicio entre las fórmulas y las operaciones, algo que desmienta todo lo que le ha contado Longo, pero no lo ha encontrado. No lo hay. Al final, ha pasado casi una hora recostado en silencio en su sillón y, después, ha colocado el disco con la interpretación de la Orquesta y Coro de la Fenice de Venecia del Guillermo Tell de Rossini, pero ni siquiera ha conseguido llegar al final de la obertura. Cuando se levanta a las 6.35, Dorothy sabe que no ha dormido.

En el Marriott de Times Square, Jennifer Longo espera. Solo sale de la habitación para comer y apenas pasa fuera quince o veinte minutos, y siempre que regresa pregunta en la recepción si ha recibido alguna llamada o algún mensaje. «No, no… no hemos recibido nada». «Por favor, no se les pase porque espero una llamada muy importante y no sé muy bien cómo poner más énfasis en lo verdaderamente importante que es». Está enjaulada en esas tres paredes de papel pintado con cristalera a Nueva York. Enjaulada otra vez. Llama una vez a recepción, dos, tres, hasta en seis ocasiones a lo largo del sábado. Nada. A las 17.38 marca el teléfono de la oficina de LeMessurier en Boston. Es sábado, no hay nadie. Marca su teléfono particular. Tampoco contesta. Marca una vez más. Y otra. Y otra y otra. Nada, nadie. A ninguna hora. ¿Qué está haciendo? ¿Qué demonios está haciendo? Repite lo mismo el domingo, a todas horas. No puede respirar. Solo el tono de llamada. Siempre el tono de llamada y después, silencio. Cada vez que cuelga el teléfono sin respuesta, la idea de que haya huido se va abriendo más y más hueco entre el tornado de fuego que está arrasando su cerebro. En la tarde del domingo es en lo único que puede pensar: el viejo ha huido. Por eso se aseguró de que nadie más supiese nada, porque se ha largado. Es rico y se ha largado quién sabe dónde. Es un cobarde, un puto cobarde. Y ella vuelve a estar sola. Otra vez.

19
DOROTHY

No me exijáis nada:
lo que sabéis, lo sabéis.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Otelo*

—No son buenas noticias, Bill; me has pedido que sea completamente franco.

—Te lo he pedido, sí.

Es lo segundo que le ha pedido esta mañana a Alan Davenport en cuanto ha cruzado la puerta del Laboratorio de Túnel de Viento para Capa Límite de la Universidad de Western Ontario. Lo primero fue en la cabina de teléfono del aeropuerto de Toronto, justo al desembarcar: «Sé que esto es muy irregular, pero necesito que recuperes todos los ficheros y las cintas magnetofónicas de las pruebas que hicisteis a la torre de Citicorp». «Claro, Bill, sin problema. Seguramente el miércoles que viene lo tengamos ya todo preparado, pero mejor agendamos para el jueves, por si acaso». «No, Alan. Necesito que lo tengas todo listo para dentro de una hora. Y también necesito que coloques las maquetas en el túnel, porque hay que repetir las pruebas».

Han pasado tres horas, y Davenport le mira por encima de las gafas desde su silla giratoria frente a la consola de la computadora, mientras señala un par de líneas de texto en el monitor. LeMessurier no está familiarizado con la matriz de código que aparece en la pantalla porque los datos siempre se los han entregado traducidos en papel, pero en ese momento reconoce con terror las cifras que Davenport le marca: 91,67.

—Casi todos los nudos inferiores de los chevrones son débiles, pero hay dos pernos en cada uno de los nudos T30W y T30E que no van a resistir vientos superiores a 91,67 millas por hora.

—Y eso si consideramos el efecto del amortiguador de masas, ¿verdad?

—Eso si consideramos el efecto del amortiguador de masas.

—Quítaselo, por favor.

Davenport teclea un par de comandos en la consola y pulsa RETURN. La pantalla se vacía con un chasquido de estática y, al poco, vuelve a colonizarse por líneas verdes de código. El cursor se para en los dos nudos centrales de las fachadas este y oeste de la planta treinta: 68,73. Sesenta y ocho, coma, setenta y tres millas por hora. LeMessurier se tapa la boca con la mano. Dios.

—No sé qué vais a hacer, Bill, pero si admites un consejo, lo que hagáis, hacedlo rápido —Davenport le pone la mano en el hombro como lo haría un sacerdote en un hospital.

—Yo sí sé qué hacer.

No sabe qué hacer. No lo sabe en absoluto. Por supuesto que los cálculos de Longo eran correctos, pero las cosas son mucho peores porque esos cálculos confían en el amortiguador de masas, cómo no iban a hacerlo si fue ella quien lo programó. Y, sin embargo, una racha de viento de sesenta y ocho millas aniquila esos cálculos. Porque una racha de sesenta y ocho millas por hora es algo tan tangible como una tormenta, cualquier tormenta, y si esa tormenta es lo suficientemente fuerte, puede perfectamente comprometer el funcionamiento de la red eléctrica. Y el amortiguador de masas es eléctrico. Un relámpago impacta en un transformador y una racha de sesenta y ocho millas por hora convierte al rascacielos de Citicorp en una figurita de cristal cayendo al vacío. Durante un parpadeo, todo lo que rodea a LeMessurier se cimbrea como un junco: los postes de la luz a ambos lados de la autopista, las grúas del puerto Mississauga, los barcos que se divisan en medio del lago Ontario, los coches a los que adelanta y hasta el taxi que le lleva de vuelta al aeropuerto parecen bailar a merced del viento. Le parece viajar envuelto en una tempestad y cualquier brisa, cualquier leve movimiento que agita las copas de los árboles, se convierte en una amenaza cataclísmica. Porque una racha de sesenta y ocho millas por hora podría haberse producido ayer, podría soplar mañana. Necesita saber exactamente cuándo va a ser ese mañana. Y necesita estar lejos.

—Cariño, haz una maleta pequeña que nos vamos al lago Sebago —anuncia al entrar en casa.

—Pensaba que iríamos el fin de semana que viene.

—Con lo del proyecto de Pittsburgh me han cambiado bastantes reuniones y creo que no podremos ir el que viene, pero está precioso ahora y tendremos un par de días tranquilos tú y yo —LeMessurier recoge todos los papeles

llenos de cálculos que dejó anoche en el escritorio de su despacho y da un beso en la mejilla a su mujer, pero Dorothy sabe que está mintiendo.

Lo conoce desde hace tanto tiempo que sabe que ni siquiera es como en otros fines de semana en los que su trabajo es tan importante que se le olvida cumplir sus promesas. Esta vez es distinto. Esta vez él parece asustado. Y no recuerda haberlo visto asustado nunca, así que intenta darle conversación durante las más de dos horas de trayecto hasta el embarcadero de Harmon. Cosas nimias. Que ha cambiado la tierra de las monsteras para que resistan mejor el verano; que Claire no ha llamado en toda la semana, y mira que le han dicho veces que lo haga, y al final ha tenido que llamarla ella, pero aún no le ha dicho cuándo traerán a su nieto Jasper a casa; que si al final pasa una quincena con ellos, van a tener que usar el Torino por mucho que lo odie porque en el maletero del Citroën no caben todas las cosas que lleva el niño. Pero su marido no está. Responde obviedades y monosílabos. Conduce pero no es consciente de que en sus manos hay un volante ni que delante de su coche hay una carretera. Quiere enfadarse con él, pero le da miedo verle tan lejos del mundo.

Al desembarcar, Dorothy mete dentro de la cabaña la maleta y una bolsa de papel con café soluble, unos tomates y dos chuletas que han comprado en Harmon antes de subir a la pequeña motora con la que han llegado hasta la islita de su propiedad en medio del lago. Bill saca del maletero los documentos que le entregó Davenport y un archivo bastante grueso con todos los registros meteorológicos mensuales recopilados por la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica para los cinco condados de la ciudad de Nueva York. «Que yo sepa, la información llega al menos hasta 1870», le ha dicho su amigo David Michaelson, profesor de la Facultad de Meteorología de Harvard, cuando se los ha pedido. Cien años son suficientes para encontrar un patrón.

—Te has traído muchos papeles para estar un fin de semana solos tú y yo, ¿no? —pregunta Dorothy, socarrona pero nada sorprendida.

—Solo será un rato, te lo prometo.

El rato son diecinueve horas prácticamente ininterrumpidas. Seis mil ochocientos cuarenta minutos. Cuatrocientos diez mil cuatrocientos segundos repasando una y otra vez cada nudo y cada tornillo y cada registro meteorológico. Repite y repite y repite las fórmulas. Repetir le tranquiliza, siempre le ha tranquilizado, pero no esta vez, porque da igual las veces que

vuelva a interpolar los datos, da igual que priorice direcciones o deformaciones o empujes: los resultados son siempre los mismos. Una tormenta con rachas superiores a noventa y una millas por hora llega a Manhattan cada cincuenta y seis años, lo cual ya es terrible, pero es que el patrón de vientos superiores a sesenta y ocho millas por hora es pavoroso. Dieciséis años. Se han registrado vientos por encima de esa cifra cada dieciséis años. Y ni siquiera son siempre grandes tormentas; una galerna de invierno o un temporal imprevisto a finales de verano es suficiente. La propia borrasca Belle del 76 ya arrojó cifras por encima de las ochenta millas por hora, y si no pasó nada es porque, por esas fechas, la torre solo era un esqueleto sin fachada, sin superficie sobre la que empujar. LeMessurier siente como pierde el sentido de la realidad cuando coloca la cifra en otros términos: cada año hay una posibilidad entre dieciséis de que una racha de viento derribe el rascacielos. Y aun así, sigue y sigue comprobando. Rompe los papeles con los cálculos tachados y vuelve a empezar. La próxima vez encontrará el error que ha cometido. La próxima vez descubrirá que no ha mirado bien la cifra de 1934 o la de 1959 o que Davenport ha confundido alguno de los parámetros o que Longo le mintió cuando le dijo que los pernos eran tan débiles. La próxima vez. O la siguiente. O la siguiente. Hasta que ya no hay una próxima vez. Ha repasado cada medición y cada cálculo y cada registro, ha diseccionado con precisión quirúrgica cada barra y cada tornillo en tantas ocasiones que lo que ha hecho, inadvertidamente, es cartografiar una anatomía de la catástrofe. En su cerebro se ha instalado un mapa con la fuerza de un cincel golpeando mármol; una vez tallado, es imposible que deje de existir. La torre de Citicorp va a colapsar. Una de las diagonales empujará demasiado sin que el edificio ejerza suficiente gravedad para sujetarla; entonces, el esfuerzo superior a la tensión de rotura quebrará un perno junto al mástil central; sin la resistencia de ese perno, los demás caerán como un castillo de naipes y la diagonal entrará en articulación; al tener un canto muy inferior al necesario, el perfil comenzará a doblarse hasta que supere el punto elástico y, con el chillido inhumano que emite el acero cuando convulsiona, las ciento ochenta mil toneladas del rascacielos se retorcerán sobre Manhattan y matarán a decenas de miles de personas. Es inevitable.

¿Y ahora qué, Bill? ¿Y ahora qué? ¿Va a ocultarlo todo? No es una opción; Alan Davenport lo sabe y Jennifer Longo no va a permanecer en silencio ni tres días. Podría huir, podría coger un avión y desaparecer. Irse a Brasil o a Venezuela. En menos de un día nadie más volvería a saber de él. Pero en qué está pensando. En qué demonios está pensando. Hay veinte mil,

quizá treinta mil vidas en juego, y él está barajando escapar. Además, nunca podría hacerlo sin Dorothy. ¿Y ahora qué? ¿Lo cuenta todo? En cuanto se sepa, está acabado. Su vida está acabada. Su isla de doce acres en el lago, su casa, sus coches y sus relojes. Sus clases en Harvard y su firma de ingeniería. Y todo eso le da igual porque lo que está acabado de verdad es su reputación. Lo único que no ha comprado. Lo único que le pertenece por derecho propio. Lo único que atesora desde que les dijo a sus padres, hace ya treinta y cinco años, que no quería seguir en la tintorería.

Piensa en lo que pasó entonces y las piezas del tablero invisible se despliegan delante de él. Ojalá los de Bethlehem hubieran colocado los roblones de alta resistencia, ojalá hubiesen ejecutado la obra con soldaduras, ojalá nadie hubiese presionado para abaratar costes, ojalá no se hubiese construido en medio de una crisis económica devastadora, ojalá no hubiese convencido a los alemanes de que derribasen su iglesia, ojalá los alemanes no hubiesen construido su iglesia justo allí, ojalá no hubiese sido tan vehemente cuando le dijo a Hugh que la torre podía construirse. Ojalá no hubiese comenzado a estudiar ingeniería hace treinta y cinco años.

Ojalá hubiese otra solución. Quizá la haya. La calibró ayer cuando estaban en la carretera, pero entonces aún albergaba la esperanza de que todo fuese una grotesca malinterpretación de los datos. Sí, tal vez haya otra solución. Tal vez escriba una carta a Hugh, deje a Dorothy en casa y, con la excusa de que se ha olvidado cualquier papel en la universidad, se arroje contra el guardarraíl del Massachusetts Turnpike a su paso por el canal de Boston. Le divierte pensar que seguramente sea necesaria una velocidad de impacto bastante superior a las malditas sesenta y ocho millas por hora para atravesar el pretil y acabar en el fondo del mar.

Con el tacto de un florista al acicalar un ramo de rosas, acomoda todos los papeles en un montón rigurosamente rectangular, después tapa su pluma acariciando con el meñique el clip metálico del capuchón y la deposita con cuidado sobre la mesa. Camina hacia el porche de la cabaña. Son casi las siete de la tarde y el sol comienza a caer sobre los bosques de Maine, las copas de los pinos y los cedros en la otra orilla del lago brillan bajo la luz anaranjada y el agua destella como un estanque de mercurio. Dorothy está leyendo un libro de botánica en la mecedora. Lo aparta cuando Bill se acerca a besarla. Tiene cuarenta y ocho años y sigue siendo la mujer más guapa que ha visto nunca.

No sabe que ella no ha leído ni una página del manual; solo lo tiene abierto para intentar ahogar el enfado.

—¿Soy una buena persona?

—¿Qué?

—Que si soy una buena persona, Dorothy. Que si lo que hago es bueno. Que si hago que la gente sea más feliz.

Dorothy cierra el libro con un golpe seco.

—Vete a la mierda, Bill. Vete a la mierda.

—Pero…

—Te lo digo de verdad: vete a la mierda. Llevas cuatro días ausente, desde que te llamaron el jueves pasado eres un condenado fantasma. Y lo único que hago yo es orbitar a tu alrededor: no te molesto, no te interrumpo, hago como si fuese tu ayudante, pero no lo soy, Bill, maldita sea, no soy tu ayudante; soy tu mujer. Así que te pregunto, te pregunto qué demonios te pasa, cuál es el problema que te está llevando por delante. Y te atreves a decirme que todo va bien. Y una mierda, Bill, todo no va bien. Te he visto preocupado otras veces, otras veces te he visto enfrascado en cálculos y en soluciones, pero siempre tenías la mirada viva. Ahora estás muerto, tienes los ojos vacíos. ¿Y me preguntas si eres buena persona? ¿Crees que esa frase es compatible con que todo vaya bien? ¿Crees que soy idiota? ¿Qué demonios pasa, Bill?

—Yo… vaya, lo siento, cariño.

—No, no lo sientas y cuéntame qué te pasa. Y no me protejas, no te guardes cosas, no hagas como si fuese una niña, porque sabes de sobra que comprendo perfectamente todo lo que haces. Cuéntamelo todo.

Y Bill se lo cuenta. Todo. También la parte en la que ha coqueteado con el suicido. Han pasado casi cuarenta minutos y el cielo es ya de color púrpura. Dorothy entra en la cabaña y sale con la botella de Laphroaig 10 que trajeron en Año Nuevo y de la que apenas bebieron la mitad. También trae dos vasos bajos que coloca en la mesita de madera del porche. Sirve uno y se lo bebe de un trago delante de los ojos más comprensivos que sorprendidos de Bill. Después llena los dos vasos con el whisky de diez años y acerca uno a su marido.

—Te conozco desde hace muchísimo. Te conozco desde hace… mierda, Bill, te conozco desde que aún tenías pelo. —Bill amaga una sonrisa, pero Dorothy permanece estrictamente seria—. Te conozco desde que eras un tenor arrogante en Grand Rapids… Eras arrogante, eras engreído, vanidoso y tenías delirios de grandeza. Y me gustaste enseguida, ¿sabes por qué?

—Pintándolo así, no sabría qué decirte. No parezco alguien de quien enamorarse, la verdad.

—¡Pues porque yo también era arrogante, engreída, vanidosa y con delirios de grandeza! ¡Era la mujer más condenadamente vanidosa que había allí! ¿Ya no te acuerdas de mí? Era la mejor soprano del coro, quería que todos me escucharan, quería ser famosa, quería dar la vuelta al mundo, quería cambiar el mundo, Bill, por el amor de Dios. ¿Ya no te acuerdas? Tú… tú… te creías un héroe… solo escuchabas a Wagner porque te creías un héroe. Siempre lo has creído. Siempre has pensado que los demás… que no somos reales… que somos… personajes secundarios en una historia escrita para tu propia gloria.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Porque es la verdad! Escúchame. ¿Yo qué hago?

—No entiendo…

—Que a qué me dedico. ¿Qué hago yo cuando tú estás en la universidad o en la oficina o en los cien viajes que haces cada mes?

—Estás en la Sociedad Histórica de Cambridge y también en la Liga Medioambiental de Massachussets…

—¿Y qué hago allí?

—Yo… no…

—Claro que no lo sabes. Por supuesto que no lo sabes. Pero yo sí sé exactamente todo lo que haces. Yo sé exactamente dónde y cómo es cada estructura de cada edificio que construyes. Porque me lo cuentas, porque me cuentas cada solución única y cada proeza que resuelves y cada… cada maldito… prodigio que te inventas para atreverte a lo que ningún otro ingeniero del mundo se atreve. ¿Y sabes por qué lo haces? Porque eres un adicto al entusiasmo… eres… eres un enfermo de gloria. Y yo te escucho. Te escucho. Te llevo escuchando todos los días desde hace treinta años, te escucho incluso cuando estás callado. ¿Y ahora me querías apartar de esto? No me trates como un reposo del guerrero ni como una esposa amantísima, porque no lo soy, Bill… Si estoy en tus triunfos, también estoy cuando fracasas… Joder, Bill, sigues siendo vanidoso, sigues siendo engreído y sigues adorando a Wagner, pero ya va siendo hora de que dejes de ser arrogante.

—¿De veras lo soy tanto?

—¿Pero tú te escuchas? No has hecho más que intentar descargarte de responsabilidad: si hubieran puesto los otros tornillos, si hubieran dejado las

soldaduras, si no hubieras aceptado el encargo. Cualquier cosa menos admitir que te equivocaste tú. Tú.

—Ya… Supongo que tienes razón.

—¡Por supuesto que tengo razón! Admite tu error y soluciona tu error. ¡El tuyo! ¿Se puede arreglar? ¿Puedes arreglarlo?

—Bueno… en realidad sí. Se podrían soldar una serie de placas a los nudos, pero sería carísimo y… sería un desastre para nuestro futuro.

—¿Pero cómo que nuestro futuro? ¿Cómo te atreves a pensar en nuestro futuro cuando el futuro de treinta mil personas depende de ti? ¿Cómo te atreves a pensar en escapar cuando la vida de treinta mil personas está en juego? ¡Cómo te atreves, Bill! Mira, ya… ya es que ni me importa toda esa gente ni los tres hijos y dos nietos que tienes, porque como se te ocurra lanzarte al mar, como se te ocurra dejarme sola, te prometo que te persigo hasta el infierno y te traigo de vuelta… —Dorothy se da cuenta de que aún no ha probado un sorbo del segundo vaso de whisky que se ha servido. Lo coge de la mesilla y vierte muy lentamente el líquido dorado sobre el entarimado del porche—. Siempre has creído que eras un héroe. Siempre has *querido* ser un héroe, pues el… el mundo se te ha puesto delante para que lo seas, Bill, joder. Haz lo que tienes que hacer y sé ese héroe.

Bill respira en silencio durante casi medio minuto mientras su mujer no le aparta la mirada. Después se levanta como un boxeador recién noqueado y se acerca a besarla.

—No… no me beses. No tienes ni permiso ni tiempo para besarme. Coge todos tus papeles y pon en marcha la motora, y en cuanto lleguemos a casa, vas a llamar a Hugh Stubbins.

Aun así, él la besa en la mejilla y ella se deja besar. Siente una paz extraña, como si el presente se hubiera fragmentado en corpúsculos y pudiera observarlos desde el exterior.

Treinta y cinco minutos después, antes de subir al coche en el aparcamiento del embarcadero de Harmon, se acerca a la gasolinera para hacer una llamada al hotel Marriott de Times Square. «Es extremadamente probable que el futuro se convierta en un lugar muy desagradable después de lo que voy a hacer mañana. Puedo advertirte que te abroches el cinturón y te prepares para el impacto, o puedo pedirte que estés de mi lado. Y te pido que estés de mi lado». «Claro que lo estoy, Bill. No digas idioteces», contesta Jennifer Longo al otro lado de la línea, aunque lo que de verdad quiere hacer es vomitar y, después, estrangularle.

CUARTA PARTE

LA TORMENTA

Después de un período de crecimiento de 1950 a 1972, hubo una crisis a fines de 1973 y el crecimiento se detuvo. A estas alturas, casi todas las economías capitalistas se han recuperado. Sin embargo, persiste la sensación de un problema sin resolver.

The New Yorker, 29 de agosto de 1978

20
PRELUDIO

Esta cosa de oscuridad,
la reconozco como mía.

WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

Agazapado en la barranca, con las piernas hundidas en un barro que crecía a cada minuto, Josephus Wilkins luchaba para no rezar. Si había sido Dios quien había lanzado tal furia sobre el mundo, entonces no había nadie a quien rogar para detenerla, pues como tantas otras veces antes, Él no iba a escuchar. Y sin embargo, en los recodos más íntimos de su alma, musitaba oraciones improvisadas que se mezclaban con las de los negros que le seguían hacía la iglesia de Saint Philip. No imploraban a Cristo, sino a sus propios dioses y espíritus, y, por un momento, a Wilkins le pareció que tendrían más éxito que todos los padrenuestros que pudiese cacarear él.

—¡La Mami Wata nos castiga por haberla abandonado! —gritaba el que llamaban Big Bosa, aunque él insistía en que su amo quería que todos le llamaran Robert, como si el huracán no hubiese borrado la plantación, y a su amo y a toda la familia de su amo, de la faz de la Tierra—. ¡Nos castiga a todos, señor! ¡También a usted por ayudarnos!

Cuando llegó a la casona del señor Thomas Adam, el camino aún podía transitarse a duras penas, pero enseguida supo que el trayecto de vuelta sería un viacrucis: la mula no podía avanzar contra el viento y, pronto, las palmeras comenzaron a doblarse con una violencia tal que morían arrancadas desde sus raíces. «¡No pueden quedarse aquí, esta casa no resistirá! ¡Nada resistirá, salvo el fuerte y la iglesia!», le dijo al viejo Adam. «¡No nos moveremos de nuestro hogar! ¡Nadie se moverá!», respondió el negrero mirando a los cerca de cincuenta esclavos asustados que se acuclillaban en el suelo del enorme porche. Se habían congregado allí en cuanto el viento destruyó las enclenques chozas de madera donde dormían, pero ni siquiera entonces el amo les dio permiso para entrar en su casa. La tempestad había arrasado todas las casuchas y la lluvia que caía como una catarata anegaba las cañas de toda la plantación, así que las únicas propiedades que le quedaban al viejo Adam eran

sus negros. Y no los dejaría ir, aunque el mismísimo infierno estuviese cayendo sobre sus cabezas. «Amo Thomas, le hemos servido todos estos años, y… y usted nos ha tratado bien», mintió Big Bosa al tiempo que alzaba su enorme corpachón y se acercaba a una yarda escasa del hombre, «pero si no nos vamos, moriremos todos». «¡Nadie ni nada saldrá de aquí!», el viejo Adam apuntó con su pistola al pecho del hombre negro, después miró a Wilkins. «Y ahora, váyase de aquí. Váyase a su faro o a donde quiera usted encontrarse con Dios, pero mis negros son míos».

Fue entonces cuando sonó el disparo. Wilkins casi no lo pudo distinguir en medio del estruendo de la tormenta, confundido entre los troncos de las palmeras golpeando contra los campos de la plantación y las vigas del techo de la casona desprendiéndose con el ruido que harían cien animales desangrados, pero no había sido Adam. Desde el otro lado del porche, un hombre vestido con la casaca roja de la Marina Real amartillaba el segundo de los pistones de su pistola de doble cañón. Su silueta apenas era una sombra contra las lámparas de aceite del viejo Adam, pero el resplandor de los relámpagos conseguía que se distinguiese con claridad. Iba descalzo, estaba empapado y su mirada no parecía la de un hombre cuerdo: «Hoy no morirá nadie más. No delante de mis ojos», amenazó. Aunque el disparo no lo había alcanzado, el viejo Thomas Adam soltó su arma y se sentó en el butacón que tenía detrás como caería un venado herido de muerte. No opuso más resistencia.

Un anciano bravucón amenazando a cincuenta negros y a un tipo paliducho con antiparras no era precisamente la escena que el teniente Redhall esperaba encontrarse cuando consiguieron alcanzar la casa que se divisaba al otro lado de la playa, eso lo daba por seguro, pero en realidad tampoco esperaba alcanzar la casa y, durante los interminables minutos en los que la galerna los zarandeó y les escupió, ni siquiera esperaba llegar a la playa. Una vez dentro, estaba claro que la casa tampoco era un lugar seguro. «¡Soy el teniente John Inglis Redhall! ¡Hasta hace unos minutos comandaba un navío de la Marina Real, pero de mi barco… del Sultana… solo quedamos tres hombres y un amasijo de cuadernas estrelladas contra las rocas!», gritó intentando alzarse contra el fragor antinatural del huracán. «¡Pues si quiere que lo que queda de su tripulación sobreviva hasta mañana, tienen ustedes que venir con nosotros a Saint Philip!», respondió el tipo de las antiparras. «¡Yo soy el farero, Joe

Seaman. Y esos buenos hombres y mujeres vendrán con nosotros a la iglesia. Probablemente sea el único lugar seguro al que podamos llegar a pie!».

Pero cuando salieron al exterior de la finca para alcanzar de nuevo el camino hacia el pueblo, el camino desapareció. Una racha especialmente feroz levantó las últimas palmeras de la vereda y, desprovista de raíces que pudieran sujetarla tras ser castigada durante horas por el jarreo, la tierra rojiza se abrió en una barranca de más de seis pies de profundidad, engullendo a casi toda la columna de hombres y mujeres que habían salido de la casa de los Adam. Al principio fue una suerte, porque esa misma racha levantó toda la casona por los aires llevándose con ella al viejo Thomas, a su mujer, Clara, y a su hijo mayor, Howard, que volaron como peleles hacía la oscuridad. Sin embargo, y aunque el talud de la barranca les protegía de lo más inclemente del vendaval, la lluvia, que no dejaba de caer a cataratas desde lo alto del monstruo, se encauzó en la grieta y comenzó a arrasar con todo lo que se encontraba a su paso: arbustos, hierbas, rocas y hombres. El barro crecía a ojos vista y Big Bosa imploraba a la serpiente Mami Wata para que les dejase vivir, pero ningún espíritu acudió esa noche a su canto, y Josephus Wilkins estaba tan furioso que sus rezos contenían más blasfemia que oración.

Cada vez más atrapado en el barro y con el agua ya por encima de la cintura, avanzó como buenamente pudo durante menos de diez minutos que parecieron mil horas, mientras notaba en su cuerpo cómo le tocaban las manos y las piernas de los negros muertos a los que había tragado la riada y que flotaban arrastrados por el borde de la barranca. A tientas encontró que el terreno se volvía más rocoso y ascendía poco a poco hasta asomar por el nivel del agua. Miró al horizonte sobre el Atlántico esperando encontrar luz naciente. Nada. Se preguntó si habrían dado ya las seis o incluso las siete de la mañana, pero el sol nunca más volvería a salir. Se preguntó si el mundo estaba condenado a permanecer sumergido para siempre en el corazón de una bestia rugiente y negra.

Nunca llegó a la iglesia de Saint Philip. Nadie lo hizo. Cuando el huracán comenzó a abandonar la isla de Barbados en la mañana del 14 de octubre, de la columna del farero y antiguo capellán Josephus Wilkins solo seis hombres y una mujer permanecían vivos: los esclavos Ideben, Odigie, Enofe, al que llamaban Pete, Ugiuabe, Satile y Osarobo y el teniente de la Marina Real Jon Inglis Redhall. Sobrevivieron, más por fortuna que por habilidad, bajo una pila de palmas que se acumuló encima de un hueco rocoso de la barranca. Allí

aguantaron más de una hora como conejos asustados en una madriguera de la que no podían saber cómo ni hasta cuándo resistiría.

Nada quedaba de la isla cuando salieron al exterior. Ni un árbol ni una casa ni un camino. Hasta donde llegaba la vista, el paisaje se había convertido en una masa informe de lodo marrón grisáceo, salvo por las montoneras de arbustos, maleza, troncos y hojas de palmera que se habían formado en los recodos donde el agua no había podido escapar. Allí se acumulaban también algunos cadáveres, pero la mayoría acabaron en las playas: perros ahogados, mulas, cerdos, monos y centenares de gallinas muertas, cuerpos de mujeres y de hombres inertes y quebrados asomando entre la arena y las algas, flotando en las orillas como cascarones vacíos. Todos ellos devorados por un Leviatán sobre el que nadie pudo advertir y del que nadie pudo escapar.

21
28 DE AGOSTO

> Como os dije antes, soy súbdito de un tirano,
> un hechicero que con su astucia me ha robado la isla.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

Hay una pequeña masa grisácea en las imágenes del satélite GOES-5 que han dejado encima de la mesa de Nancy Dufresne en su despacho del Servicio Meteorológico Nacional en Washington. Al principio no ha detectado nada especialmente significativo, todo lo más un sistema de bajas presiones demasiado temprano alrededor de los Grandes Lagos que tiene pinta de que va a afectar sobre todo a Iowa, y lo suyo sería ir avisando a los servicios meteorológicos de allí. Sin embargo, al volver a mirar las fotos, bueno, hay algo entre las Bermudas y Barbados que podría ser una perturbación tropical. Se gira en su silla y busca en el visor las imágenes que tomó el satélite en esa misma zona ayer y anteayer… Sí, había un frente frío estacionario que, vaya, en realidad ya lleva casi cuatro días allí, así que coge un rotulador rojo de la taza de café que usa como portalápices y traza un círculo alrededor de esa leve masa grisácea, casi blanca. Seguramente no será nada.

Antes de subirse a la furgoneta de la empresa en el aparcamiento de la subestación eléctrica de Sprain Brook en Yonkers, Hal Beck mira su reloj con la mezcla de cabreo y resignación propia de alguien que quiere mandarlo todo a la mierda cuando aún no son ni las nueve de la mañana. Mira que se lo ha dicho veces al supervisor, pero ese pedazo de chupatintas no levanta el culo de su despacho en Gramercy Park y la aguja del maldito transformador seis de la subestación de Buchanan South ha vuelto a acercarse al rango de sobrecarga y, por supuesto, no reacciona a los sistemas remotos. Ya, ya sabe que nadie quiere ir allí porque nadie quiere pasarse el día al lado de la central nuclear de Indian Point, pero en la compañía no pueden pretender que todas las demás subestaciones vayan como la seda si las manejan únicamente desde el centro de control de East River. Al final siempre le toca a él salir a toda

leche cuando hay que redistribuir la potencia a mano, cosa que ya ha pasado tres veces en lo que lleva el año, y ha tenido suerte de que hasta ahora las cosas nunca se hayan puesto feas de verdad, porque entonces no tiene ni la menor idea de qué leches va a hacer. Abre la puerta de la furgoneta y acelera rumbo a la Estatal 9.

En el despacho de Leslie Robertson, en la planta veintitrés del edificio Manhattan Trust, en el 40 de Wall Street, suena un teléfono:

—¿Es usted el señor Robertson?

—Al habla.

—Soy Michael Cassidy, abogado de Northbrook Insurance. Necesitamos que venga usted a nuestras oficinas en Park Avenue a las diez y media. Es… es importante.

—¿Perdón? ¿De qué se trata? ¿Para qué me necesitan exactamente?

—No se lo puedo decir por teléfono; lo sabrá cuando llegue allí.

Robertson no tiene ni idea de quién es esa persona ni de qué le está hablando, pero tiene la sensación de que esa persona tampoco sabe realmente qué está pasando ni, desde luego, quién es él. Se apoya en el ventanal del despacho, aparta las lamas de la persiana para mirar al exterior y zanja la conversación:

—No, mire, tengo otras cosas que hacer. Yo no acudo a reuniones sin saber para qué voy, no soy ningún agente de la CIA.

Seis minutos después, el teléfono vuelve a sonar y la secretaria de Leslie E. Robertson and Associates le vuelve a pasar la llamada. Es otro abogado de Northbrook, pero esta vez es más específico y, a la vez, más intrigante. Lo suficiente como para que, a las 9.55, esté saliendo del edificio y pidiendo un taxi: «Tenemos indicios de que puede haber un problema con la estructura del rascacielos de Citicorp Center y nos gustaría contratar sus servicios como consultor». Mientras el taxi dobla al norte por Church Street, Robertson busca en el reflejo del retrovisor la silueta estriada y resplandeciente de las Torres Gemelas. Siempre lo hace.

Lo que se encuentra a las 10.30 en la oficina de Northbrook es un enjambre de abogados que graznan histéricos como si fuera el fin del mundo. Ni siquiera se callan cuando se presenta; solo bajan la voz, pero siguen cuchicheando sin parar llenando la sala de una suerte de ruido blanco humano. A la única persona que reconoce es a William LeMessurier. Está discutiendo de cerca con una mujer muy delgada, pero, en cuanto lo reconoce,

se ajusta la corbata y se levanta a estrecharle la mano con una sonrisa caída y una actitud aún más caída. No tiene pinta de haber dormido demasiado en los últimos días, la verdad.

—¿En qué lío te has metido, Bill?

—Hola, Les.

Para LeMessurier, tener a Robertson allí es una traición. Le ha contado todo a Hugh, les ha contado todo a los abogados de Hugh en Northbrook y, por supuesto, les ha contado todo a sus propios abogados en Northbrook, pero no lo entienden. Lo primero que hicieron fue preguntarle si había perdido completamente el juicio, y ahora que le creen, insisten en que les dé datos con precisión: «¿Exactamente cuál es la velocidad del viento que puede darnos problemas?». ¿Qué va a decirles? ¿Que son sesenta y cinco millas por hora? ¿Noventa y cinco millas por hora? No solo haría saltar alarmas que él quiere evitar a toda costa, es que ni siquiera sería cierto, porque el edificio resiste sin problemas un viento de ciento sesenta millas por hora si le viene perpendicular, así que ha acotado la urgencia a una frase: una tormenta cada dieciséis años. Pero ya no confían en él. Buscan a alguien que les dé esos datos que necesitan para saber cuándo va a pasar, cómo va a pasar y cuánto va a costar. Sobre todo cuánto va a costar. «Hemos pedido a un consultor independiente que nos asesore. Espero que no te moleste». Claro que le molesta, Les no ha tenido que solucionar nunca una estructura como las que él diseña, mucho menos una tan compleja como la de Citicorp. No sería capaz de ingeniar un artefacto como el amortiguador de masas ni en dieciséis años ni en mil vidas. Va a lo seguro, siempre va a lo seguro. Y toda esa maraña de abogados quieren lo seguro.

Le enseña el documento de treinta páginas que ha redactado. En la portada reza «Proyecto SERENE. Special Engineering Review of Events Nobody Envisioned». Revisión especial de ingeniería de eventos que nadie detectó. Porque nadie los detectó, porque en los códigos no especifican la dirección del viento a considerar porque nadie ha colocado nunca los pilares en la posición que los colocó él, porque nadie podría haberse dado cuenta. Y, especialmente, porque lo que todos necesitan de verdad en ese momento no son datos, es serenidad.

Lo que lee Robertson es muy distinto. Siempre le ha fascinado ese sentido de la heroica que LeMessurier mantiene en todo momento y, desde luego, él no sería capaz de poner un título hollywoodiense a un documento que ratifica la posibilidad de un desastre de semejante magnitud. Por otro lado, él no habría metido la pata así.

—Bill, si lo que afirmas aquí es cierto, en Citicorp van a evacuar el edificio diez segundos después de que se lo cuentes… pero se lo tienes que contar.

Al escuchar la frase de Robertson, el rebaño de abogados contiene la respiración al unísono.

—¿Está usted seguro? —pregunta uno al que cree reconocerle la voz de la primera llamada de esa mañana—. Porque eso supone un escenario radicalmente diferente al que nos ha presentado el señor LeMessurier.

—Ustedes me van a pagar por mi asesoría y yo les voy a asesorar con total honestidad. Desconozco lo que les habrá asegurado mi colega, pero aquí nos enfrentamos a una catástrofe inimaginable. No son solo las veinte o treinta mil personas que pasan por el rascacielos cada día, es que si la torre cae, no va a caer hacia abajo. —Robertson mueve una palma de la mano sobre la otra simulando un derrumbe y, a continuación, dibuja con el antebrazo el movimiento que haría un árbol cayendo hacia el suelo—. Va a caer de lado. Y eso significa que empujará a cualquier otro edificio que se encuentre a su paso. ¿Saben ustedes cuántos rascacielos hay en trescientos metros a la redonda?

Pese a estar pronosticando el apocalipsis, Robertson no se quita la media sonrisa que lleva a todas partes, como si flotase por encima de toda la gente que le rodea. Y eso LeMessurier lo odia.

—Eso es ridículo. Se puede arreglar sin que nadie se dé cuenta. Se pueden soldar placas en cada uno de los nudos y… en quince días estaría todo terminado. Lo sabes perfectamente.

—Claro que lo sé, pero ¿cómo vas a hacerlo sin que lo sepan en el banco? ¿Te vas a colar con veinte soldadores y unas pletinas de acero de una tonelada diciendo: «No pasa nada, señores, solo venimos a arreglar el cuarto de baño»?

—No seas idiota, Les. —LeMessurier se tapa la cara con las dos manos. Acaba de darse cuenta de que ha sobrepasado el límite del agotamiento. No es capaz ni de pronosticar cómo va a ir una conversación.

—No, yo no soy idiota. Tampoco soy quien tiene el problema porque el edificio no es mío y en realidad tampoco es tuyo; es de Citicorp. ¿Quieres mi ayuda? ¿Quieren ustedes mi ayuda? —Robertson deja de fijarse en su colega y gira el índice de la mano derecha señalando, se diría que acusando, a la docena de abogados congregados en la sala—. Pues entonces me dan igual los escenarios que se hayan contemplado hasta ahora; hay que enseñarle este documento a la gente del banco. Y hay que enseñárselo ya.

LeMessurier odia que le supervisen. Odia que le contradigan. Odia las Torres Gemelas y odia la actitud de sabelotodo de Robertson. Pero lo que más odia es que está en lo cierto. Vuelve la mirada hacia Jennifer Longo, que sigue sentada en la misma silla de la mesa de reuniones desde donde han estado repasando el proyecto SERENE toda la mañana y toda la tarde de ayer. Ella asiente con gravedad.

22
29 DE AGOSTO

En el mismo instante en que te vi,
mi corazón voló a tu servicio;
allí reside
para hacerme su esclavo.

WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

Ha crecido. Desde luego que ha crecido. Si la compara con las fotos de ayer, la mancha blanca ha crecido considerablemente, aunque sigue prácticamente inmóvil. Las bandas exteriores aún no tocan las costas de Cuba, pero los barcos que pasen por allí deberían andarse con ojo, porque ya es una depresión tropical en toda regla y lo más probable es que siga creciendo. Justo después de redactar el briefing para los servicios meteorológicos, Dufresne anuncia el descubrimiento a todo su equipo.

—Chicos, no sé si habéis visto las fotos del Atlántico, pero creo que tenemos la cuarta tormenta tropical de la temporada. ¿Alguien quiere bautizarla?

Es la primera vez que Jennifer Longo pisa la sede central de Citicorp en el 399 de Park Avenue. Cualquier otro ingeniero debería estar molesto porque los directivos no se hayan mudado a Baba Yaga, pero en el fondo da gracias por no tener que volver a entrar allí. De hecho, se ha sentado cuidadosamente de espaldas al ventanal de la sala donde ella y LeMessurier se van a reunir con John Reynolds para no tener que ver el reflejo plateado de la torre. Los del banco están orgullosos y por eso la admiran cada día; a ella la pone enferma. Todo lo que la rodea desde hace cuatro años es tan raro, está tan profundamente desconectado de su percepción de la existencia que ni siquiera está nerviosa por tener que enfrentarse al vicepresidente del banco. Solo le vio una vez, el día de la inauguración del rascacielos, pero no cruzó ni una palabra con él. Parecía un tipo amable. Seguramente hoy no lo va a ser.

Ayer intentaron hablar directamente con Walter Wriston, pero incluso siendo el mismo LeMessurier quien llamó, no hubo manera de penetrar las capas y capas de secretarias y asesores que separan al presidente del banco del resto del mundo, así que el mejor sustituto era John Reynolds. De hecho, hablar con él establece un terreno de juego favorable porque, al parecer, Reynolds se ha jactado más de una vez de haber cursado unas cuantas asignaturas de ingeniería en el MIT. Sí, es probable que sea la persona más indicada para escuchar lo que han ido a contarle.

—Tengo un problema muy grave para usted, señor Reynolds.

Durante treinta minutos, LeMessurier repite lo mismo que ha repetido tantas veces a tantas personas en las últimas setenta y dos horas. Combina disculpas con promesas y afiladas descripciones con ingeniosas excusas. Desde fuera podría parecer el mismo hombre de siempre, el mismo tipo decidido, inteligente, certero y rápido, pero lo que de verdad está diciendo es «Necesito vuestra ayuda». No recuerda haberse percibido nunca de esa manera.

—¿Han calculado un coste estimado de lo que supondría hacer toda la reparación que proponen? —pregunta Reynolds impasible.

—Es difícil asegurar una cifra, pero no creo que llegue a los cuatro millones de dólares.

Por supuesto, LeMessurier está mintiendo. Longo sabe que está mintiendo y Reynolds sabe que está mintiendo. En realidad, solo ha sumado los dos millones que cubre su seguro a los dos del seguro de Hugh Stubbins, pero lo normal es que se vaya a más del doble.

—Y si se diera la circunstancia de que esa cifra se superase, cosa no demasiado improbable, ¿quién se haría cargo de la diferencia? Si están ustedes pensando en que lo haga Citicorp, yo les recomendaría que explorasen otras opciones.

LeMessurier va a responder asegurando que es imposible que las reparaciones superen los cuatro millones, aunque tampoco tiene la menor idea de que pueda conseguirlo, pero entonces Longo interrumpe como un dardo.

—¿Es usted imbécil?

—¿Disculpe? —Reynolds casi se carcajea ante el atrevimiento de esa mujer tan menuda.

—Jennifer, por favor —la conmina LeMessurier con la expresión de un ciervo a punto de ser atropellado.

—No, de verdad, ¿para ser vicepresidente de un banco es necesario ser tan obtuso o solo está intentando asustarnos?

—No creo que esta reunión vaya a terminar de manera satisfactoria si la señorita continúa con esta actitud —Reynolds pronuncia la frase con extraordinaria lentitud y con el máximo cuidado de dirigirse solo a LeMessurier. Y eso enfada a Longo como si la hubieran golpeado con un látigo.

—¿Usted cree que el dinero es lo importante aquí? ¿Cree que ese edificio es lo importante aquí? —Sin mirarla, señala a la torre plateada que se eleva al otro lado del ventanal—. Solo por haber venido, solo por estar en esta sala ahora mismo, no tiene usted ninguna alternativa más que ayudarnos. Porque ya ha escuchado lo que pasa, lo ha escuchado todo.

—No entiendo qué tiene que ver que yo haya escuchado los errores que ustedes han cometido con que nosotros tengamos alguna culpa en esos errores. No la tenemos.

—No tienen la culpa de los errores que nosotros hemos cometido, pero ese rascacielos se llama «Citicorp Center» y, como usted está aquí y nos acaba de escuchar contárselos, resulta que Citicorp ya sabe que hay errores en su estructura. Y si se cae y mata a treinta mil personas porque Citicorp ha decidido postergar la solución de esos errores porque lo único que les preocupa es el maldito dinero, entonces créame que tendrán ustedes tanta culpa como nosotros.

Longo exhala como si hubiese expulsado un demonio. LeMessurier la mira como si estuviera mirando a un demonio. Reynolds parpadea tres veces antes de accionar el pulsador de su intercomunicador. Al poco, una secretaria entra en la sala con un aparato metálico del tamaño de una cajetilla de tabaco con el logo de Motorola.

—Regresen a su oficina y esperen instrucciones. Y no se separen de este buscapersonas.

Ni siquiera han recorrido los diez minutos que separan el 399 de Park Avenue con la oficina de LeMessurier Consultants en el 515 de Madison Avenue cuando el busca comienza a pitar: Walter Wriston quiere reunirse con LeMessurier y con Robertson. Jennifer Longo mira a su antiguo jefe y él le pone la mano en el hombro sin decir nada. Ambos lo agradecen.

A la una, los dos ingenieros están sentados delante del presidente de Citicorp en un despacho de la planta treinta del Citicorp Center y la mirada de LeMessurier atraviesa las placas de cartón-yeso pese a que son perfectamente

opacas. Al otro lado ve los nudos más débiles de todo el rascacielos. Quiere creer que solo es una coincidencia un poco sombría.

—Caballeros, supongo que mi cometido de hoy es aprender, así que solo tomaré notas. —Wriston sonríe de oreja a oreja buscando algo con lo que escribir, y su secretaria le presta su propio bloc de papel amarillo. LeMessurier está casi seguro de que es la misma mujer muy competente que ya trabajaba como asistente del presidente cuando se conocieron en esa reunión de hace ya siete años. Wriston saca su pluma del bolsillo interior de la chaqueta, mira el bloc amarillo como si fuese un artefacto desconocido y emite una carcajada sonora—. Ya saben, todas las guerras se ganan gracias a generales que escriben en blocs de papel amarillo. Ahora explíquenme bien cómo vamos a ganar esta guerra. Y digo «vamos» porque todos estamos en el mismo bando.

Robertson levanta una ceja y LeMessurier se siente como si fuese ciego y hubiese conseguido aterrizar un Boeing 747.

23
30 DE AGOSTO

Todo lo pasado es un prólogo.

WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

Pues atendiendo a los datos de las seis de la mañana que Nancy Dufresne acaba de ver en el visor, Gloria ya es oficialmente tormenta tropical. Y es de las grandes. Ha crecido muchísimo desde la tarde de ayer y, como había previsto, empieza a desplazarse hacia el oeste. Seguramente donde lo van a pasar mal de verdad es en el golfo de México, pero… pero hay un frente desde el sur que le preocupa. Vuelve a coger el rotulador rojo y traza dos flechas y un signo de interrogación en la fotografía del satélite. Una de las flechas llega más o menos a la península de Florida; la segunda, más desplazada hacia la derecha, sube por toda la costa este: las Carolinas, Virginia, Maryland, New Jersey, Nueva York.

—¿Y cuánto ha dicho que pagan?

Los dos tipos trajeados que se han plantado a las nueve de la mañana en la nave de Brooklyn donde trabaja Dan Nowak dicen que están «reclutando soldadores». Ni que fueran del ejército.

—Cuatrocientos dólares —dice el más alto, el que lleva gafas tintadas.

—Pero cuatrocientos dólares por un trabajo de dos semanas es menos del salario mínimo. No sé a quién van a engañar con esa mierda.

—No lo ha entendido bien. Le pagaríamos cuatrocientos dólares *al día* trabajando de lunes a domingo.

—Un momento, ¿me van a pagar cinco mil dólares?

—Cinco mil seiscientos, pero antes tendrá que firmar este contrato. Y comenzaría inmediatamente.

—¿Cómo que inmediatamente?

—En cuanto firme.

Uno de los dos tipos trajeados le extiende un papel cuyo título no es «Contrato de prestación de servicios» sino «Contrato de confidencialidad».

Son las 9.40 y Hal Beck no entiende muy bien qué hace en la subestación de Buchanan South ni el porqué de tanta urgencia, pero el inútil del supervisor le ha llamado esta mañana y casi le ha ordenado que permanezca en la sala de control de Buchanan South «hasta nueva orden». Por supuesto que le habría mandado a tomar por saco, pero la empresa le paga el doble por cada día allí, así que se sienta en la silla solitaria delante de los indicadores de control y espera. Según dice el briefing que le han dado antes de salir de Yonkers, a lo largo del día va a venir un equipo de Con Edison, la compañía eléctrica madre, a instalar una línea de potencia de seguridad en el transformador nueve, cualquiera sabe por qué.

A las 10.50, casi al mismo tiempo que los operarios de Con Edison llegan a Buchanan South con el material, un camión de la compañía aparca en el muelle de carga del sótano de Citicorp Center.

—Van a tener que despejar bastante más espacio libre si quieren que quepa este armatoste —dice el responsable de la entrega al equipo de técnicos eléctricos arremolinado delante de la caja del camión. Sí, quizá no habían calculado bien el tamaño del generador de emergencia que han pedido. El artefacto mide sus buenos seis pies de alto por dieciocho de largo, pero los interruptores, los relojes de voltaje y las hembras de los enchufes de seguridad apenas ocupan una placa metálica azul en la parte frontal; casi todo el espacio es para el motor y el depósito de gasóleo que lo alimenta.

A las 11.50, un ingeniero y tres técnicos de MTS Systems aterrizan en el aeropuerto de La Guardia, procedentes de Minneapolis. Llevan consigo dos disquetes y un enorme manual de uso del amortiguador de masas que fabricaron hace dos años. No hay más que puedan traerse desde allí, así que, cuando LeMessurier les contó lo que pasaba en el rascacielos de Citicorp, el ingeniero de MTS le pidió una lista exhaustiva de materiales que deberán estar a su disposición en todo momento:

Una computadora de apoyo instalada junto al amortiguador y conectada directamente a él.

Treinta juegos de tornillos y tuercas de un cuarto de pulgada.

Cuatro émbolos de repuesto de acero inoxidable de seis pulgadas y cinco pies de largo, idénticos a los que manejan el movimiento del artefacto.

Tres cubos de cinco galones llenos de aceite nafténico.

Una pistola para lubricante.

Una botella de un galón de disolvente.

Al menos tres sábanas viejas cortadas en trapos manejables por una persona.

Una radio sintonizada al canal del tiempo.

En las imágenes de satélite de las 12.00, Gloria se ha desplazado hacia el norte, y lo ha hecho muy rápido. El frente del sur la está empujando y va a impactar de lleno en la península de Florida. Justo después de ordenar a su equipo que se avise a los servicios de emergencia costeros del estado y que, de momento, también pongan en alerta a sus homónimos de Georgia y Carolina del Sur, Dufresne dibuja una flecha por toda la costa este hasta Nueva Escocia. Debajo traza un signo y lo rodea dos veces con un círculo. No es una interrogación, es una admiración.

El capitán Larry Romano parpadea nervioso detrás del atril de la sala de conferencias de la comisaría del distrito diecisiete, pese a que delante solo tiene a seis hombres de su total confianza. Los seis tienen en sus manos un documento muy breve que detalla las acciones a tomar «en caso de emergencia de clase imprevista alrededor del rascacielos que se levanta en la esquina de Lexington Avenue con la calle Cincuenta y tres, conocido como Citicorp Center». A su lado se encuentra Dave Litgow, de la Oficina de Control de Emergencias del Ayuntamiento, y Mike Reid, director del servicio de actuación y mitigación de desastres de la Cruz Roja Americana para el área metropolitana de Nueva York. Tras la presentación de Romano, Reid comienza a hablar:

—Lo que tienen que hacer está perfectamente descrito en el documento que les hemos entregado, aunque aclararé todas las dudas que puedan tener. No obstante, en este punto solo les voy a pedir dos cosas, y entenderán por qué se las pido: todos los oficiales de policía que seleccionen en sus equipos serán totalmente confiables. No puede haber ninguna tensión y ninguna discusión, sencillamente no tenemos tiempo para eso.

—¿Y cuál es la segunda? —pregunta Stephen DiMarco, un veterano teniente que parece genuinamente preocupado por lo que acaba de leer.

—La segunda es que, como representantes de la ley y como, bueno, como garantes del bienestar de esta ciudad que tanto… que tanto amamos todos… —A Reid le cuesta continuar en ese tono tan oficialista, así que hace una pausa y cierra los ojos. Mientras, los seis oficiales de policía se miran entre ellos un poco de soslayo—. Miren, nadie quiere que este dispositivo se active, nadie quiere… necesitar ponerlo en marcha, pero para que funcione, ni ustedes ni ningún hombre de sus equipos deberán decir nada de lo que figura en el documento ni nada de lo que han escuchado en esta reunión a nadie. A absolutamente a nadie, ni a sus mujeres ni a sus hijos ni a sus vecinos y, por supuesto, a nadie de la prensa.

Una vez desglosados todos los puntos del documento y terminada la reunión, DiMarco se pregunta cómo demonios van a conseguir ocultar un despliegue de quinientos hombres, pero, sobre todo, se pregunta qué saben ellos y no les han contado para necesitar un dispositivo de evacuación que abarca un radio de treinta y ocho manzanas de Manhattan coordinado con un eventual hospital de campaña. Entre los seis tenientes encargados de la operación circula una única hipótesis: la ciudad se está preparando para un atentado terrorista contra Citicorp. Y la amenaza es seria.

Son las 19.03 y los trabajos de soldadura convierten a la torre en un pilar de fuego que chisporrotea contra la tarde azul y púrpura de Manhattan. Desde fuera, nadie puede adivinar que ahí dentro hay un regimiento de soldadores batallando contra el reloj en las plantas catorce, veintidós, treinta y cuarenta y seis. Ni siquiera los miles de empleados que trabajan con normalidad en las demás plantas del edificio. Tampoco los reporteros que contemplan el espectáculo al pasar por Lexington Avenue se inquietan ante lo muy sospechoso que resulta que un rascacielos recién inaugurado necesite reparaciones, porque John Reynolds ha ofrecido una rueda de prensa esa misma mañana explicando que «los ingenieros que diseñaron el edificio nos han recomendado que reforcemos con soldaduras adicionales ciertas conexiones de la estructura de resistencia contra viento del Citicorp Center. Estos mismos ingenieros nos han asegurado que no hay ningún peligro. La prueba es que no va a ser necesario interrumpir el funcionamiento del edificio en ningún momento». Por supuesto que los periodistas han querido indagar más, pero Reynolds los ha despachado con un «al parecer, nuevas pruebas

con sistemas dinámicos de túnel de viento llevadas a cabo en la Universidad de Western Ontario han revelado que las velocidades máximas de viento en Nueva York pueden ser levemente superiores a las contempladas en los códigos, así que hemos decidido proceder a las reparaciones porque, aunque llevamos puesto un estupendo cinturón, también queremos ponernos unos tirantes, no sé si me entienden». La pantomima es incómoda para LeMessurier, pero los periodistas se la han tragado, y eso permite que la improvisada sala de guerra que mantienen en las oficinas de LeMessurier en el 515 de Madison Avenue permanezca relativamente concentrada en lo que importa. Y lo que importa está en las docenas de gráficos y tablas pinchadas a la pared, que Longo y él actualizan a cada momento a medida que las soldaduras avanzan por el rascacielos.

—Con las placas de los T14W y T14N, llegamos a 72,4 millas por hora sin amortiguador y más de 96,1 con amortiguador —anuncia Longo tras tachar cuatro cifras en una de las tablas. Todavía están lejísimos de sacar al paciente de los cuidados intensivos, pero avanzan. Como un buque rompehielos atascado en el Ártico, empujan con todo lo que tienen y, pulgada a pulgada, avanzan.

Cae la noche y la torre se vacía, salvo por otros cincuenta soldadores que ocupan seis plantas más, un equipo de limpieza de veinte personas que les sigue y dos técnicos de MTS en la planta del amortiguador. Tampoco se marchan los nueve hombres y mujeres que permanecen en la sala de guerra. Han establecido turnos para irse a casa, pero nadie los cumple hasta el alba y, aun así, la oficina nunca está vacía. Algunos, como Reynolds, Wriston y la señorita Marquand, su asistente personal, se quedan por genuino compromiso con lo que allí está sucediendo, como espectadores y testigos de un acto monumental. Jack Francis, el ingeniero de MTS, mantiene contacto por radio con los técnicos que permanecen junto al amortiguador. Hugh Stubbins, que ha llegado desde Boston, y Hilbert, como jefe de la oficina, también están. Robertson verifica y registra todos los movimientos. Longo y LeMessurier, sencillamente, calculan. A cada nueva pulgada que avanza el buque, a cada nueva soldadura ejecutada y transmitida por radio, recalculan los nuevos límites de resistencia de la estructura: «T30N, T19W y T19E… esto son 73,9 y 97,1», «T21S y T46W… 74,9 y 98,6 millas por hora».

Al regresar a su hotel para descansar un rato, Longo vuelve a girar la cabeza hacia la torre. Aún la odia, pero, por un instante, también le parece un

animal herido, una criatura que sangra por las decenas de fogonazos dorados que le brotan desde dentro.

A las 12.35 del último día de agosto, aturdido tras no haber dormido apenas, LeMessurier tacha el nudo T30S de la gráfica de la pared. Es un pequeño triunfo haber estabilizado las uniones de la planta más sensible.

—¡Soldado el T30S! —anuncia con mal disimulado orgullo. Como el centro de control de Houston cuando la misión Apolo llegó a la luna, todos estallan en un aplauso. Robertson permanece callado unos segundos hasta que las palmas amainan:

—No es suficiente —responde con voz grave.

—¡Ya sé que no es suficiente, Les! ¡Todos lo sabemos!, pero es mejor que ayer, y será aún mejor mañana y pasado mañana —replica LeMessurier. ¿Por qué Robertson hace eso? ¿Por qué parece que siempre está poniendo pegas? A veces cree que quiere que fracasen.

—No me refiero a eso. Me refiero a que también habría que revisar los soportes verticales para ver si siguen aplomados e incluso habría que verificar las trincheras de los forjados donde va todo el cableado eléctrico. Con lo débil que es esto, no me extrañaría que más de alguna otra parte de la estructura estuviera comprometida o que arriesgásemos la posibilidad de un incendio. De hecho, creo que se deberían colocar extensiómetros en todos esos puntos para controlar cualquier situación imprevista.

—¿Has perdido el juicio? —LeMessurier se ha colocado a la distancia de una respiración de su colega—. ¡Vamos a necesitar dos semanas solo para las soldaduras, por el amor de Dios! No podemos perder tiempo en un análisis forense o, entonces, ese análisis será una autopsia.

—Yo solo expreso mi preocupación sincera —contesta Robertson con esa media sonrisa odiosa—. En cualquier momento del último año, el viento puede haber empujado un poquito más de lo habitual y haber desplazado un poquito más de lo deseado toda la estructura. A lo mejor nadie lo ha notado, pero puede que esté ahí. Y no creo que queramos volver a tener que realizar reparaciones imprevistas. —Robertson pronuncia la última frase mirando a Walter Wriston, quien se ha acercado a poner paz.

—Te garantizo que eso no ha pasado, ¿y sabes por qué no ha pasado? Porque arriba del todo de este edificio hay un artefacto que ha mantenido a raya la deformación —contesta LeMessurier con un tono de voz ronco y susurrante. Sabe que Robertson está ignorando conscientemente el

amortiguador de masas y, siendo sincero, ahora mismo le pegaría un puñetazo —. Y ese artefacto nunca se te habría ocurrido a ti, Les. Nunca. Porque no tienes ni el mínimo atisbo de inventiva. Solo eres un burócrata con contactos. Siempre lo has sido.

Robertson se aparta de LeMessurier y, tras unos segundos en los que el ambiente se ha vuelto pesado como una gelatina, se dirige directamente a Wriston:

—Con su permiso, voy a redactar un documento indicando que el señor LeMessurier ha decidido hacer caso omiso a mis recomendaciones como consultor estructural. No pienso ser partícipe de más irresponsabilidades provocadas por mi colega.

LeMessurier se abalanza sobre Robertson, pero Wriston se interpone. Las demás personas presentes en la sala corren a intentar apagar el incendio entre murmullos de incredulidad y sorpresa.

—¡Dejen ustedes de comportarse como dos idiotas! Si hay que hacer nuevas reparaciones, se harán cuando hayan terminado estas. Nadie va a redactar ningún documento hoy. Hoy vamos a seguir trabajando con lo que tenemos para asegurar que este rascacielos no mata a nadie. —Con esa última frase, Wriston se da cuenta de que es la primera vez que no piensa ni en él ni en el banco ni en el edificio—. Y lo vamos a hacer todos juntos. ¡Todos! ¡Desde cada uno de los soldadores que están allí arriba hasta ustedes dos!

LeMessurier suelta la pechera de la camisa de Robertson. Debería estar avergonzado, pero le bulle tanta adrenalina dentro que no siente nada. Ni siquiera se da cuenta de que la señorita Marquand lleva un par de segundos tendiéndole el auricular de un teléfono.

—Es para usted. Es el señor Davenport.

Durante algo más de tres minutos, todas las miradas se dirigen a LeMessurier, que escucha en silencio. Cuando cuelga, su rostro, furioso hace un instante, es ahora el de un preso en el corredor de la muerte.

A las 12.00 del 31 de agosto, la boya meteorológica K-37, estacionada a trescientas millas náuticas de la costa de Savannah, Georgia, emite por radio los últimos datos que ha recogido. Cuando llegan a la mesa de Nancy Dufresne seis minutos después, toda la sala central de control del Servicio Meteorológico Nacional contiene la respiración como un organismo latente.

—¡Es San Calixto! ¡Gloria es como San Calixto… y se mueve a una velocidad endiablada! —grita a toda la sala.

Y la sala se convierte en un pandemonio. Todos los que están allí conocen perfectamente el huracán de San Calixto que arrasó el Caribe a finales del dieciocho. Está en todos los libros de historia de la meteorología. Se llevó por delante ciudades enteras y segó veinte mil vidas. Fue devastador.

A las 12.17, el boletín emitido por la oficina central llega por cable a todos los servicios meteorológicos de la costa este. También al teletipo que Alan Davenport ha instalado en su casa de Toronto. La estrecha tira de papel que la máquina vomita a cada clic-clic-clic le parece mucho más larga de lo habitual, pero solo llega a leer las primeras frases:

«Tormenta tropical Gloria evoluciona a huracán de categoría cuatro. Pico de intensidad frente a Cape Hatteras, Carolina del Norte. Lluvias muy intensas y vientos de hasta 110 millas por hora en zonas costeras. Dirección norte. Probable impacto en las áreas metropolitanas de Washington D. C., Nueva York, New Haven y Providence».

Como le pidió su amigo Bill, Alan Davenport ha recibido puntualmente cuatro de esos mismos boletines cada día desde hace una semana para vigilar cualquier amenaza de tormenta fuerte que pudiese llegar a Nueva York. El anterior a este ya le pareció preocupante, pero, tal y como acordaron, ha esperado antes de llamarle al número de teléfono que le proporcionó «porque hay que terminar todas las reparaciones que podamos, así que necesitamos retrasar la evacuación hasta el último momento posible». Este es el último momento posible.

24
31 DE AGOSTO

> Ahora creeré que los unicornios existen…
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

En Rucker Park, el equipo de Billy James está dando una paliza a los sobrados de Tangram, y Billy lleva metidos ya dieciocho puntos, incluyendo un mate en la cara de Skinny Earl, que ha celebrado con los brazos al aire y corriendo por todo el campo como si jugara en los Knicks y acabasen de ganar las finales. En cuanto termina el partido, se marcha a toda prisa porque entra de turno de tarde en la oficina de USPS de la Tercera Avenida y ya llega con el tiempo justo otra vez.

Mientras teclea precios en la caja tres del supermercado Sloan's de la Cincuenta y cuatro, Lorenza Harrison solo piensa en llegar a casa y sacar a pasear a su hija de seis meses por Battery. Aunque se tire una hora en metro y además llevando un carrito de bebé, lo hace siempre que puede porque le encanta asomarse al Hudson y mirar la estatua de la Libertad iluminada. Le hace sentirse como una ricachona.

Elaine García se besa con su novio Aaron en una mesita de la cafetería Jimmy & Jerry de la plaza comercial exterior bajo el nuevo rascacielos ese que han construido. Se suponía que iban a ir al mercado de Queensboro, pero con el mal día que se ha puesto, han preferido probar uno de los locales que han abierto allí y, sinceramente, a los dos les ha parecido un lugar muy agradable.

Jesús Willingham se baja de su taxi para comprar un paquete de Camel en la licorería de Lexington Avenue con la Cincuenta y dos porque así puede pasar

un rato con Ahmed. Le gustaría mucho llevarle a algún local del Village, pero no se atreve a preguntarle si es gay y probablemente nunca se atreverá.

Como cada mañana antes de repasar los informes del equipo de ventas, Paul Russo se sienta en el office de la planta veintiuna a hacer el crucigrama de *The New York Times*. Hoy le está costando un poco más, no tanto porque sea más difícil que los de otros días, sino por el ruido que están haciendo en la planta de arriba. Cuando le dijeron ayer que iban a empezar a hacer obras en el edificio, pensó que no sería para tanto, pero se ve que en el banco siempre les gusta hacer las cosas a lo grande.

Desde el 515 de Madison Avenue, Hugh Stubbins mira a su creación, que se levanta tres calles más al este hacia el cielo plomizo de Manhattan. Bajo esa luz tan blanquecina le parece un castillo de naipes metálicos.

Billy, Lorenza, Elaine, Jesús, Paul y Hugh son puntos dibujados en una pizarra donde hay decenas de miles de otros puntos, y cada uno de esos puntos late a menos de trescientos metros de la torre de Citicorp. En la sala de guerra, LeMessurier detalla todo lo que le ha contado Davenport. Intenta encontrar una salida, una última oportunidad, pero ni siquiera sabe dónde buscarla.

Mientras, a cuatrocientas millas, Gloria ruge como un monstruo de mil tentáculos.

—El informe dice que el huracán no tocará tierra aquí al menos hasta las 20.00 y los picos de intensidad no llegarán hasta las 23.00. Para ese momento es incluso posible que haya rebajado su fuerza, pero el problema es que eso no lo sabríamos hasta el próximo boletín, que sale a las 19.00, y para entonces podría ser demasiado tarde.

LeMessurier no quiere apretar el botón del pánico, no quiere pronunciar la palabra «evacuación». Nadie quiere escucharla. Todos miran a Wriston, que comprende que este es su fin. En cuatro días ha pasado de ser el rey de Nueva

York a ser el hombre cuyo trono va a destruirla. No va a poder soportar ver a su rascacielos convertido en escombros, no va a poder soportar ver cómo se lleva por delante manzanas enteras. Pero no es un asesino:

—Caballeros, señoritas: hoy no morirá nadie. Vamos a activar el protocolo de evacuación.

La señorita Marquand coge el teléfono para llamar al número personal de Mike Reid en la Cruz Roja.

—¡No! ¡Aún no! ¡Los extensiómetros! ¡Necesitamos los extensiómetros! —exclama Robertson.

Marquand para de girar el dial. LeMessurier le mira con los ojos muy abiertos. Longo lo comprende sin necesidad de que lo explique. No se oye ni un murmullo.

Sí, seguramente Robertson ha tenido suerte con los contactos y seguramente no tiene el talento de Bill y seguramente nunca habría sido capaz de ingeniar una maravilla como el amortiguador de masas. Todos saben que la parrilla tan estrecha que diseñó en las Torres Gemelas fue más un producto del miedo a las alturas del arquitecto Yamasaki que una verdadera creación suya, porque él no necesita gloria, solo quiere que las cosas se hagan bien. Y él es quien mejor hace las cosas. Ya no hay tiempo para inquinas ni para rencillas, no hay tiempo para discusiones ni egos sobrevenidos. Él no es así, él quiere que las cosas funcionen y que duren. Le han contratado para que el Citicorp Center dure, para que resista sin que nadie salga herido, y hay una oportunidad para conseguirlo.

—¿Cuánto se tarda en evacuar el edificio? —pregunta.

—Entre cuarenta y cuarenta y cinco minutos —responde Reynolds.

—¿Y cuánto se tardaría en evacuar las diecinueve manzanas adyacentes? —vuelve a preguntar Robertson.

—Según el informe de Cruz Roja y la Policía, al menos dos horas.

—Bien, el viento solo puede venir desde el este, así que solo necesitaríamos evacuar las cuatro manzanas norte y sur y las quince al oeste. La mayoría son edificios de oficinas, así que sus propios protocolos de evacuación serán rápidos. En la Cruz Roja ya deben tener el boletín meteorológico, así que ya estarán en alerta, necesitamos que reduzcan el dispositivo a la mitad, solo para esas diecinueve manzanas, pero que no lo apliquen aún. No hasta que se lo confirmemos desde aquí. —Con esa última frase se ha dirigido a Wriston—. Seguramente usted podrá convencerlos.

—Podré, pero antes me tiene que explicar qué pretende.

—Miren, es enteramente posible que el edificio no resista, pero también es enteramente posible que no sufra ningún daño, porque, como ya les explicó mi colega Bill, el viento debería empujar desde una dirección muy específica para que todo falle. Además, una racha no lo va a hacer caer mientras el amortiguador de masas esté en funcionamiento, lo verdaderamente peligroso es el viento sostenido, y ese es más infrecuente. —Sonríe a LeMessurier. La sonrisa es sincera esta vez. Ya no hay tiempo para enfrentamientos—. ¿Cuál es la máxima resistencia que aguantamos a esta hora para empujes desde el este?

LeMessurier mira la última tabla:

—99,8 millas por hora.

—Ahora mismo sería necesario un viento sostenido durante al menos diez minutos superior a 99,8 millas por hora y en dirección enteramente este-oeste para tumbar el rascacielos. ¿Cuánto podríamos ganar en cuatro o cinco horas?

—No creo que lleguemos más allá de las cien o ciento una millas por hora.

—Llegaremos hasta donde lleguemos, pero la hora exacta de la evacuación no la vamos a decidir nosotros, nos la van a decir los extensiómetros.

—Por favor, ¿puede decirnos qué demonios es un extensiómetro? —pregunta Wriston.

—Es un dispositivo que mide las presiones y las deformaciones de una pieza de acero y las convierte en impulsos eléctricos —intercede LeMessurier. Realmente la idea de Robertson es brillante—. Lo que quiere hacer mi colega es conectar una serie de extensiómetros, al menos cuatro diría yo, a las barras diagonales de una planta y que transmitan aquí todos los datos que recojan. Cuando esos datos superen un límite, entonces activaremos el protocolo de evacuación.

—Exacto. Además, ese límite será siempre lo suficientemente inferior al máximo que podemos resistir como para que dé tiempo a evacuar todo. El edificio y todas las manzanas a las que pudiera afectar. No vamos a arriesgar nada, pero vamos a intentar ganar todo el tiempo posible y toda la resistencia posible —añade Robertson—. Hay que llamar a la compañía eléctrica para que nos instalen los extensiómetros y a AT&T para que tiendan una línea de teléfono exclusiva hasta aquí. ¿Alguien sabe cuál es la estación meteorológica más cercana?

—Hay una en la azotea de este edificio —responde Jimmy Hilbert, que lo conoce desde hace cuatro años—. Aunque no sé si está calibrada de acuerdo

al sistema estatal.

—Nos servirá —contesta Robertson—. También tendremos que llevar una línea eléctrica desde la estación meteorológica hasta aquí, pero eso será más fácil porque seguramente se puede derivar desde los cuadros generales.

Marquand hace una primera llamada a Con Edison; colocarán los extensiómetros en menos de una hora, pero con la compañía de teléfonos hay un problema muy serio: no pueden garantizar una línea al menos hasta mañana. Wriston se acerca y marca el teléfono de su amigo Charles Brown, quien, casualmente, es el presidente de AT&T. Un minuto después cuelga:

—La colgarán de las fachadas, pero tendremos la línea instalada en cuarenta y cinco minutos.

25
LA TORMENTA

Nuestros divertimientos han llegado a su fin.
Estos nuestros actores, como ya os predije,
eran espíritus todos y se han disuelto en el aire,
en la esencia impalpable del aire;
y a semejanza del edificio sin cimiento de esta visión,
las altas torres, cuyas crestas tocan las nubes,
los palacios espléndidos, los solemnes templos,
hasta el gran globo, sí, y cuanto en él descansa,
se disolverá,
y lo mismo que el espectáculo insustancial
que acaba de desaparecer,
no quedará rastro de ello.
Estamos hechos del mismo material
del que se tejen los sueños,
y nuestra corta vida no es más que sueño.

WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

Hal Beck se agacha sobre el volante de la furgoneta y mira al cielo por el parabrisas. Se está poniendo feo, sí, pero no tan feo como para lo pesados que están siendo en la radio con tanto boletín meteorológico. «Huracán Gloria, huracán Gloria». Ya pasó la tormenta Belle hace dos años, y al final nada, cuatro gotas y cuatro rayos. En cualquier caso, él ya se vuelve a casa porque ha terminado su turno; si pasa cualquier cosa, que se la coma Jim, que es quien trabaja en el turno de noche.

—Ya han oído al capitán Romano. La frecuencia diecinueve debe estar siempre libre en las radios de sus vehículos, y no harán nada hasta que yo personalmente se lo indique. Sus compañeros se encargarán de todos los avisos que sean necesarios, pero ustedes permanecerán aquí en la comisaría. Tienen tiempo para aprenderse detalladamente cuál es el perímetro específico que cubrirá nuestro equipo.

El teniente DiMarco coge su portafolio y entra junto con el capitán en su despacho de la comisaría.

—Con su permiso, capitán. Creo que este es un buen momento para que nos diga de una vez qué está pasando. Tengo a veinte hombres en alerta máxima preparados para evacuar una manzana entera de Manhattan y no saben ni por qué. Ni siquiera yo lo sé. Entre los tenientes creemos que se trata de una amenaza terrorista. ¿Quiénes son? ¿Los comunistas? ¿Los palestinos?

—Bien, supongo que esta es la hora perfecta para que lo sepa. —Romano se sienta detrás de su mesa y habla con serenidad—. Seguramente está al tanto del aviso de huracán que ha aparecido en todas las televisiones, ¿verdad?

—Sí, claro. Lo han bautizado huracán Gloria.

—Pues, aunque le cueste creerlo, ese huracán pone al nuevo rascacielos de Citicorp en grave riesgo de derrumbe.

DiMarco abre los ojos asombrado.

—¿Pero es eso posible?

—Aparentemente sí. De hecho, ahora mismo hay una sala de guerra en una oficina en Madison Avenue donde hay mucha gente reunida intentando evitarlo, pero, en realidad, esa gente depende de sus veinte hombres y de los otros cinco equipos de veinte hombres de esta comisaría y de los demás equipos que están en todas las comisarías de Manhattan.

A DiMarco no le entra en la cabeza que un rascacielos se pueda caer por el viento, pero esa no es su verdadera preocupación; lo que verdaderamente le preocupa es cómo van a conseguir sacar a la gente a la calle cuando todos los informativos están pidiendo que se queden en casa.

Una masa gris ha cubierto el cielo y la lluvia comienza a caer sobre Nueva York. La temperatura ha bajado de forma repentina en poco más de veinte minutos y la gente mira hacia arriba. Los avisos de la radio y la televisión son alarmistas pero nadie les hace demasiado caso, casi prefieren esa lluvia y ese aire fresco a los abrasadores días de agosto. A Lorenza Harrison le da un poco de rabia, porque seguramente no podrá bajar a Battery, Jesús Willingham está haciendo más carreras que nunca gracias a la lluvia porque, como siempre bromea, «hay muchos neoyorquinos que creen estar hechos de azúcar», Elaine y Aaron van a quedarse un rato más en la plaza, al menos hasta que la cosa escampe, y Paul Russo se acerca a la ventana de la planta veintiuno; al norte se distinguen relámpagos atravesando el horizonte, pero no es capaz de escuchar el ruido de los truenos.

En el 515 de Madison Avenue, Mike Reid mira a Wriston como un túnel miraría a un tren. Ha llegado junto con Litgow, el hombre de emergencias del Ayuntamiento, en el momento en que el presidente del banco lo llamó para avisar del posible despliegue de la alerta y ahora se retuerce de impaciencia. También está allí Peter Lambrook, el técnico de Con Edison, que ha asegurado que la línea eléctrica de seguridad está activa y que el generador de emergencia tiene combustible para funcionar por lo menos durante dos horas. La sala de guerra es ahora una sala de conflicto nuclear. Los rostros de todos se cubren poco a poco de una capa fina de sudor mientras miran a Longo, que a su vez no aparta los ojos del polígrafo que arroja los gráficos del anemómetro de la azotea y las presiones de los cuatro extensiómetros colocados en la planta cuarenta y seis del rascacielos. La ingeniera mira su reloj de pulsera; son las 18.50 y la tormenta aún no debería estar allí, pero está. Los anemómetros ya han superado varias veces las cincuenta millas por hora y las lecturas de los extensiómetros se acercan a las tres pulgadas y las setenta y dos millas por hora que han establecido como límite para activar el protocolo de evacuación.

—¡Está acelerando! —grita Nancy Dufresne en Washington corriendo hacia el teléfono. Alan Davenport marca el número de la sala de guerra. LeMessurier descuelga:

—La buena noticia es que va tan rápido que atravesará Manhattan mucho más rápido de lo que se pensaba —anuncia con la mirada perdida. No es realmente una buena noticia—. La mala es que tendremos el pico encima a las 22.00, quizá antes.

Mientras, Gloria se enrosca y se curva y descarga lanzas de quince millones de voltios desde los bordes de su espiral, que recorren kilómetros desde las alturas hasta las carreteras de New Jersey y los bosques del norte de la ciudad de Nueva York.

A las 19.35, Longo se separa de un salto del polígrafo:

—¡Tres pulgadas! ¡Setenta y dos millas por hora y tres pulgadas de deformación!

El silencio es absoluto, salvo por el tintineo de las agujas, que siguen trazando líneas irregulares en el papel pautado del aparato. Todos lo sabían y todos lo estaban esperando. Miran a Wriston, pero es Reid quien se adelanta y coge el teléfono para llamar al centro de control de la Cruz Roja. Espera de verdad que no sea demasiado tarde.

Al momento, seis coches patrulla salen de los garajes de la comisaría del distrito diecisiete, y otros seis salen de la de los distritos catorce, dieciocho, diecinueve y veinte con las sirenas encendidas. Cinco unidades de la policía estatal entran en el Madison Square Garden junto con tres batallones del FDNY, mientras camionetas del ejército comienzan a descargar camillas que colocan sobre el parquet tapando el logo de los Knicks. Los camiones de bomberos y las ambulancias de los paramédicos aguardan en estado de alerta máxima en las estaciones veintiséis, cincuenta y cuatro y sesenta y cinco, a menos de diez minutos del Citicorp Center. La ciudad se llena de resplandores azules, rojos y amarillos que parpadean como peces abisales entre la lluvia.

—Esto es una emergencia. Por favor, salgan todos con calma del edificio. Esto es una emergencia —repite el teniente DiMarco por el megáfono desde el centro de la oficina de USPS.

Billy James no tiene ni idea de que está pasando, pero debe de ser algo chungo porque fuera hay muchísimos polis. Se tapa la cabeza con la chaqueta para protegerse de la lluvia y se dirige hacia el metro junto con toda la gente que está saliendo de los edificios, pero tienen cerrada la entrada y han montado vallas metálicas y cordones cortando la Cincuenta y tres hacia el oeste. Realmente tiene que ser algo chungo. Paul Russo baja a toda prisa las escaleras desde la Veintiuno entre el sonido de las alarmas, le pregunta a una compañera que donde está el fuego, pero no lo sabe. Nadie sabe dónde está el incendio. Los diez soldadores que trabajan en la planta cuarenta y seis sueltan sus máquinas de arco casi al unísono en cuanto suena la alarma. Dan Nowak quiere terminar un último cordón, pero su capataz le grita para que lo deje todo; no le hace caso porque solo es un minuto, en serio, solo es un minuto. Cuando termina, la planta ya está vacía, así que corre hacia la escalera esperando poder volver mañana porque le pagan muchísima pasta y no tiene claro que en Brooklyn le vayan a recontratar.

A las 20.00, Reid y Litgow se han marchado al centro de control de la Cruz Roja en la Cuarenta y nueve Oeste y en la sala de guerra ya únicamente se responde ante la suerte.

—¿Cuál es el viento máximo que aguantamos? —pregunta Wriston mirando por la ventana a su rascacielos a tres manzanas de distancia y le parece una tumba que escupe personas. Según van saliendo azuzados por la falsa alarma de incendios, los oficinistas y los empleados de la plaza comercial y los feligreses de la nueva iglesia de San Pedro se arremolinan en los alrededores de la torre y, de hecho, todas las calles se van llenando de gente confundida por encontrarse bajo una lluvia torrencial y un viento tan áspero. A él le hubiera gustado pasar estas últimas horas en el viejo cuartel general de Citicorp, pero el edificio está dentro del perímetro de evacuación y, siendo sinceros, en el fondo prefiere quedarse con esos hombres y mujeres que lo han intentado todo hasta el final.

—101,7 millas por hora —responde Longo, lacónica.

—Bueno, supongo que solo nos queda rezar para que no lo supere… si es que son ustedes creyentes.

A las 20.03, Hal Beck refunfuña para sus adentros. Se pueden ir a tomar por el culo, si Jim está de guardia, que lo haga Jim. «Jim tiene que quedarse en Buchanan South para reconducir la potencia porque un rayo ha destruido tres transformadores y se han caído dos líneas de 345 kilovatios», le ha dicho el papanatas de Con Edison, «y no hay nadie en Yonkers para arrojar la carga». Claro que no hay nadie en Yonkers, han insistido tanto en que se puede controlar a distancia que han dejado al menos cuatro subestaciones sin vigilancia y es él quien tiene que ir ahora con el acelerador a fondo por la autopista, lloviendo a mares y con este viento que le obliga a hacer contravolante a cada minuto. Además, parece que la tormenta le esté persiguiendo porque, según se acerca, van cayendo más rayos. Y eso le acojona.

Al tomar la salida a desde la Estatal 9, una batería eléctrica golpea como una ametralladora todo lo que tiene delante: la carretera, los árboles y la subestación eléctrica entera. Han sido al menos cinco relámpagos a la vez, lo puede jurar. Cuando llega al aparcamiento de la instalación y sale de la furgoneta a mirar, tiene claro que ni él ni nadie va a poder arrojar ninguna carga porque, a todos los efectos, ya no hay subestación de Yonkers.

Y entonces, todos los cables, los transformadores y las líneas eléctricas desde New Jersey hasta Long Island, se sobrecargan hasta el límite térmico, también las de seguridad. Todos los sistemas de protección se activan. Y como una bandada de luciérnagas asustadas, todas las luces de Nueva York se apagan. Primero en Harlem, luego en el Bronx, luego en el Village, en Queens y en Brooklyn y, finalmente, en el Midtown. A las 20.17, Manhattan queda a oscuras. Gloria es el único dios.

Sin embargo, tras un instante casi imperceptible de oscuridad total, la torre de Citicorp vuelve a encenderse de abajo hasta arriba, hasta la corona inclinada. Toda la gente en las calles se gira para mirarla, como si la anomalía les atrajese: es el único edificio iluminado en Manhattan, un haz de luz brillando en sesenta kilómetros cuadrados de tiniebla. En poco menos de media hora, las frecuencias de la radio de la policía se llenan de avisos en cascada. Primero son un goteo, pero después no hay nada capaz de pararlos: escaparates rotos, asaltos, robos, incendios, accidentes de coche en cada esquina de cada semáforo apagado y miles de personas atrapadas en ascensores y en montacargas y en los túneles del metro. El apagón convierte a la ciudad en un gigante que se resquebraja. Muchos neoyorquinos se quedan en sus casas, especialmente los ricos del Upper East, pero desde Times Square hasta el Bajo Manhattan, la gente comienza a tomar las calles sin luz en riadas desafiando a lo que está cayendo desde el cielo. Cientos de mujeres y hombres, jóvenes y enfadados con la ciudad tras una década sintiéndose exprimidos, salen a reclamarla. Salen a destruir los cristales de las tiendas de lujo y los de los rascacielos de oficinas. Son su enemigo.

Las piedras vuelan y los gritos retan a las alarmas de la policía, que se ha apostado en Lexington Avenue y en las calles adyacentes. La calzada retumba como mil tambores que preludiasen una batalla mientras, a doscientos metros de altura, los anemómetros giran a la velocidad de demonios: sesenta y ocho millas por hora, setenta y una millas por hora, setenta y tres millas por hora. Al nivel del suelo apenas se siente como un fuerte empujón, pero el teniente DiMarco desearía que todo parase porque el perímetro se le está yendo de las manos. La radio comienza a avisar del despliegue de unidades antidisturbios y, sin saber exactamente cómo han llegado porque la fracción de tiempo que ha transcurrido le parece instantánea, los disparos de las escopetas de pelotas de goma y el sonido metálico de los botes lacrimógenos cayendo en el asfalto se entremezcla en un maremágnum cacofónico con los rugidos de los jóvenes y el bramido salvaje del viento y la lluvia. Billy se une a la multitud y, entre varios chavales, vuelcan el taxi de Jesús, que les sirve de barricada contra la

poli. Elaine y Aaron corren hacia el norte por Lexington Avenue intentando esquivar el caos, hasta que Elaine pierde la mano de su novio. Se gira para buscarle, pero no lo encuentra; entre la cortina de agua solo distingue humo, bengalas ardiendo y escudos de policía. Un cubo de basura metálico atraviesa el escaparate de Sloan's y Lorenza se acurruca llorando bajo su caja. Paul Russo se ha metido en la iglesia de San Pedro junto con varias docenas más de personas. No sabe dónde estará el incendio, pero ese lugar parece mucho más seguro que la calle.

—¿Qué coño hacemos, capitán? —grita DiMarco por la radio.

—¡Saquen a toda esa gente de ahí! ¡Sáquenla ahora!

—¡Pues vamos a necesitar muchos más efectivos!

—¿Usted ha visto lo que está pasando en la ciudad? ¡Estamos enviando todo lo que tenemos!

—¡Pues lo que tenemos es una mierda, capitán! —concluye el teniente lanzando la radio al suelo. Coge un paquete de bengalas del maletero y mira hacia la batalla campal que tiene delante: sin las farolas ni los semáforos ni ningún otro edificio encendido, el brillo del rascacielos ilumina la escena como un teatro fantasmal. No, por mucho que lo hayan especificado en el dispositivo de evacuación, desde luego que no va a ser posible sacar a esa gente de allí en dos horas.

En la sala de guerra a oscuras, LeMessurier intenta aislarse de todo lo que le rodea. Nadie lo ve, pero lleva más de treinta minutos moviendo el brazo de derecha a izquierda, como si empujase una columna invisible, como empujaba la copa de vino el día que inventó el amortiguador de masas. Todo lo que escucha le llega entumecido por su propio pensamiento, por ese flujo de cálculo incesante que le ha gobernado durante toda su vida, desde que tenía siete años y medio y solo podía pacificarlo repitiendo una y otra vez la letra de «Who's Afraid of the Big Bad Wolf» de Ben Bernie. ¿Quién teme al lobo feroz? Wriston, más abatido que enfadado, reprocha a Lambrook que la línea eléctrica de seguridad haya fallado: «Ya me ha oído al teléfono, nadie sabe qué ha pasado. Si hubiese funcionado, tendríamos electricidad en veinte manzanas, pero ahora mismo solo está trabajando el generador». LeMessurier sigue empujando el aire. ¿Quién teme al lobo feroz? «¿Y ahora, qué? ¿Hay miles de personas ahí abajo y la policía no puede con ellos? Si el edificio se cae, es una hecatombe». «Ojalá tuviese una respuesta. Ojalá la tuviese», escucha decir a Robertson, pero su voz está a diez millas de profundidad bajo

el mar. ¿Quién teme al lobo feroz? Suenan más palabras, Longo parece furiosa con el polígrafo apagado y Reynolds quiere llamar a un montón de abogados, pero nadie le contesta. ¿Quién teme al lobo feroz? ¿Quién teme al lobo feroz? ¿Quién teme al lobo feroz, que soplará y soplará? Y entonces, todo se para, y LeMessurier deja de empujar con el brazo. Quién teme al lobo feroz si puede calcular cómo va a soplar.

—Sobrecompensación —dice con un tono de voz tan liviano que apenas es audible.

—¿Perdón? —pregunta Robertson.

—Vamos a usar tus extensiómetros para sobrecompensar el amortiguador. Vamos a desplazar la carga hasta que sea excéntrica y resista más empuje. Como cuando nos inclinamos para aguantar el viento. —Vuelve a mover el brazo de derecha a izquierda, aunque nadie puede verlo en la oscuridad.

—Pero eso es muy peligroso —dice Francis, el ingeniero de MTS—. Si deja de tener un comportamiento inercial, puede provocar una deformación hacia el otro lado de la torre.

—No si lo programamos para que vuelva a su posición inicial en cuanto baje la presión, y eso lo sabremos porque nos lo va a decir la deformación de la barra a la que está conectado el extensiómetro. —LeMessurier vuelve a hablar rápido como un rifle. Vuelve a ser un rifle.

—A estas alturas no les voy a pedir que me expliquen nada, solo les voy a preguntar si puede hacerse. —La silueta de Wriston se distingue contra los reflejos de las bengalas que entran por la ventana.

—Jennifer… —dice LeMessurier. No parece una pregunta, pero lo es.

Sí, puede hacerse. Ella programó el código con el que se controla el amortiguador, lo conoce mejor que nadie, mejor que los de MTS incluso, que solo siguieron sus indicaciones. Nadie se preocupó entonces por eso, nadie se preocupó por ella. Solo querían que lo hiciese y que lo hiciese ya. Solo querían que alguien hiciese el trabajo que nadie sabía hacer. Todos los días había alguien que quería que hiciese el trabajo que ellos no sabían hacer. Y ella lo hacía sola. Siempre lo hizo.

—Tendría que conectar los cables del extensiómetro a una línea telefónica que vaya a la computadora y cambiar un par de líneas de código en el programa porque precisamente lo calculamos para evitar que sobrecompensase y ahora queremos que lo haga. No sé exactamente cuánto resistiremos una vez lo haya reajustado, pero debería funcionar. —Se acerca al polígrafo y desconecta un cable telefónico para volver a conectarlo a uno

de los teléfonos de la oficina—. ¿Cuál es el número de la línea que conecta con la computadora desde el mainframe?

—Es 5902 —responde Francis.

Longo teclea el número de Citicorp, que conoce de memoria, seguido del 5902. Los teléfonos funcionan:

—A partir de este momento, los datos del extensiómetro están llegando a la computadora que controla el amortiguador, pero ella no los entiende, así que hasta que yo no les dé paso, no servirá. Tengo que subir a hacerlo. —Las llamaradas en el interior de su corazón le abrasan. La sala de guerra contiene la respiración—. Y ahora creo que no tenemos ni un segundo que perder.

Longo se recoge la melena en una coleta y se encamina hacia la puerta. A oscuras, todos la desean suerte, aunque ella no distingue a nadie.

—Iré contigo —dice LeMessurier.

—Eso es una estupidez, Bill.

—Lo sé, pero… no quiero que estés sola ahí arriba. No es justo. Además, yo creé ese artefacto, así que no voy a perderme lo que es capaz de hacer.

Antes de salir, estrecha la mano de Wriston y Robertson y abraza a Stubbins. Es una estupidez, pero una estupidez de las que compondría Wagner. Ya no sabe si es un héroe o si solo es un tipo de mediana edad con delirios de grandeza, tan arrogante, engreído y vanidoso que ni se da cuenta de lo que sucede a su alrededor, pero prefiere creer que un hombre siempre tiene opciones y solo hay que tomar la adecuada. Cuando ponen un pie en la calle, el estruendo del vendaval le obliga a gritar:

—¡Jennifer, allí ya no hay nadie, lo sabes! ¡Solo vamos a estar tú y yo, y si las cosas se tuercen, no va a haber caballería que nos rescate!

Longo no puede creer que incluso en ese momento, LeMessurier quiera ser el tipo más elocuente del mundo. No cuando tienen delante a la torre. La mira con terror. Vuelve a ser Baba Yaga. La tormenta ha convertido el cielo en una manta negra y su contorno iluminado resplandece como un faro que palpita envuelto en el aura plateada y eléctrica de la lluvia. Por un momento, se le ha olvidado que la odia.

—¡No me jodas, Bill! ¡No me trates como si fuera estúpida! ¡Claro que solo vamos a estar tú y yo… joder, nosotros somos la caballería!

26
LA TORRE

> Ninguna compañía desearía en el mundo salvo la tuya,
> a nadie puede dar forma la imaginación que me guste
> más que a ti.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *La tempestad*

Tras emplear casi media hora en recorrer un trayecto que normalmente se podría cubrir en diez minutos, LeMessurier apenas es capaz de comprender cómo han conseguido llegar al lobby del rascacielos. Fuera hay una guerra. El infierno está lanzando un vendaval sobre Nueva York que golpea cada esquina y cada edificio como las baterías de artillería de un ejército imparable. Ha visto cuerpos cayendo empujados por otros cuerpos, que, a su vez, eran empujados por el viento. Ha visto decenas de escaparates ardiendo y coches volcados y humeando por las llamas que la cortina de lluvia horizontal extinguía prácticamente de inmediato. Ha visto bengalas describiendo parábolas intrazables y cascotes que cortaban el aire como flechas. Ha visto los fogonazos de disparos de armas de fuego y de escopetas de pelotas de goma, pero no ha oído nada; solo el rugido de la tempestad. Fuera hay una guerra y el cuerpo delgadísimo de Longo escabulléndose contra el huracán, entre la policía y los neoyorquinos, le ha permitido atravesarla.

Dentro, el timbre incesante de las alarmas antiincendios y la luz plana de los fluorescentes convierten el espacio vacío del rascacielos en un espectáculo imposible. Corriendo entre las mesas de cafetería vacías y los pasillos huérfanos, LeMessurier se pregunta si el edificio pertenece a otro mundo o a otra realidad. Si no es más que un gigantesco navío conservado como el día de su botadura, pero abandonado hace mil años. Tras cruzar la recepción donde no hay nadie para pedirles pase alguno, llegan a las ocho puertas de los ocho ascensores y, justo cuando van a entrar al más próximo, las alarmas cesan y todo se apaga. La torre se vuelve oscura. En el exterior se hace el silencio, antes de romperse en un grito colectivo y catártico, como un triunfo de los neoyorquinos contra Nueva York.

—¿Qué está pasando? ¿Qué demonios está pasando? —grita Longo—. ¡Sin electricidad, el amortiguador no funciona, y sin amortiguador esto no va a resistir! ¡Es un junco! —Quiere añadir «¡Te lo dije! ¡Te lo dije hace cuatro años!», pero calla.

Bajo la penumbra de las luces de emergencia, LeMessurier distingue el teléfono del mostrador de la recepción. Los teléfonos funcionan.

—¡Soy Bill! ¡Se ha apagado todo!

—Lo sabemos, lo hemos visto desde aquí —contesta Robertson desde la sala de guerra con el tono de voz más calmado que puede permitirse—. El generador de emergencia se ha desactivado para evitar una sobrecarga. —Intenta mantener la situación bajo control, pero Stubbins le arrebata el auricular. Su tono es mucho más urgente.

—Escucha, soy Hugh.

—¡Te escucho, pero date prisa, por el amor de Dios!

—Los sistemas eléctricos del edificio consumen muchísimo y el generador no puede alimentarlo. Debieron conectarlo a la línea general y no a la de emergencia. Tienes que bajar al sótano, apagarlo todo y dejar encendida únicamente la planta del amortiguador de masas. —El ingeniero de MTS le cuchichea algo al oído y Stubbins continúa—. ¡Ni siquiera eso! Hay una línea exclusiva para el amortiguador y la computadora que lo controla.

LeMessurier cuelga y mira a Longo conteniendo la respiración:

—No hay ascensores.

Ella no dice nada. Afirma tres veces con la cabeza y corre hacia las escaleras.

Debe llevar solo siete u ocho plantas, pero el continuo recorrido espiral empieza a marearla. Intenta concentrarse en las pisadas, en las zancadas. Una. Otra. Después otra. Y otra y otra y otra. Está corriendo de nuevo. Corriendo para intentar apagar las llamaradas que la consumen. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué está corriendo escaleras arriba en un rascacielos vacío? ¿Por qué está corriendo enjaulada otra vez? ¿Cuántas plantas lleva ya? No puede seguir tan rápido porque va a desmayarse. No. No otra vez. Lleva sin correr desde aquella vez en la Quinta Avenida en la que todos los rascacielos se le cayeron encima. ¿Qué estará pasando en la Quinta ahora mismo? Para. El enorme número pintado en la pared de bloque de hormigón del descansillo marca veintisiete. Planta veintisiete. No es capaz de hacer una resta sencilla. Más de treinta. Aún más de treinta plantas. Las llamaradas la empujan de nuevo. ¿Por

qué está aquí? ¿Por qué todo está oscuro? Hace un momento miraba por la ventana de su apartamento en San Francisco y el Pacífico le devolvía una brisa de verano, y ahora corre con unos zapatos durísimos que le están destrozando las plantas. ¿Por qué no se ha puesto las zapatillas? No. Para de nuevo. ¿Por qué está aquí? Mira arriba. La espiral sigue y sigue hasta el cielo y las luces de emergencia le parecen las llamas débiles y pulsantes que se colocan en un funeral. Los peldaños casi no se distinguen. Respira. Respira. ¿Dónde está? Planta cuarenta y una. ¿O era treinta y una? No, no puede ser la treinta y una. ¿Cuánto lleva allí dentro? Lleva ya quince minutos. Lleva un día, lleva ya un año. Ayer era verano en el Pacífico y hoy no existe el mañana. Otro peldaño. Y otro y otro. No puede respirar. No. ¿Por qué no puede respirar? ¿Por qué está aquí? ¿Por qué no se dio cuenta del viento diagonal? ¿Por qué nadie se dio cuenta? Tenía que haberlo visto. Ella tenía que haberlo visto y haberlo corregido. Ella tenía que haberse dado cuenta de que alguien sacó del proyecto los detalles de los roblones de seguridad. ¿Quién sacó esos planos? ¿Fue Hilbert? ¿Fue Bethlehem? No, ellos no tenían acceso. ¿Los sacarían los de Citicorp? De repente, las luces de emergencia brillan como supernovas y los peldaños que tiene delante se abalanzan sobre su cabeza. Alza la mano a la barandilla pero no llega a alcanzarla. Y recuerda. Cuando está muy furiosa, se olvida de generar recuerdos, pero ahora recuerda.

Fue ella.

Fue ella quien no incluyó los roblones de seguridad en el proyecto. Todos querían que ella lo hiciera todo y ella lo hizo todo. No eran necesarios, se ahorraban un millón de dólares, así que no los incluyó. Nadie la felicitó por ahorrar un millón de dólares. Nadie la felicitó por hacer siempre todo lo que le pedían. Nadie se despidió cuando se fue de la jaula. Tal vez quería que el proyecto fracasase, que el viejo fracasase, que el banco fracasase y que la torre se viniese abajo. Tal vez se merezca haber caído en un tramo oscuro de escaleras de emergencia con los zapatos quitados y la media derecha empapada de sangre y destrozada por las rozaduras.

No. Lo hará otra vez. Lo hará todo otra vez. Una última vez. La culpa la quema. La culpa son llamaradas y las llamaradas la abrasan y la consumen. Pero también la empujan hacia arriba. Se desprende de los jirones de la media ensangrentada y vuelve a subir un peldaño tras otro, una zancada tras otra. Descalza. El descansillo marca la planta cincuenta.

En el colosal espacio diáfano del sótano, las luces de emergencia apenas sirven de nada, así que LeMessurier no tiene más remedio que avanzar a tientas contra la pared y el tacto rugoso del hormigón le recuerda a una playa congelada. Seguramente no estaría allí si hubiese diseñado la estructura en hormigón, cavila mientras busca el generador en el lado opuesto del que viene. No sabe si está en el lado sur o el lado norte porque el núcleo de escaleras es perfectamente simétrico, pero está seguro de que solo le quedan dos caras por explorar. Casi seguro. Este debe ser el lado norte porque al fondo distingue dos lámparas de emergencia sobre la garita de seguridad de acceso al garaje. Al fin. Es religioso, pero no se ha atrevido a rezar pese a que la torre lleva ya demasiado tiempo a merced de vientos inferiores. Aterradoramente inferiores. Han debido llegar desde direcciones perpendiculares. Quizá solo ha sido suerte. Quizá Dios. Al fondo distingue los portones del aparcamiento, silueteados por la luz de las bengalas que arden en el exterior, y según se acerca, el retumbar de la tormenta y la batalla campal se vuelve más presente contra el eco de sus pasos a la carrera.

Ahí está el generador. Y ahora qué. No se ve nada. No se distingue nada. Rebusca en la garita del vigilante de seguridad, que ha dejado todas sus cosas abandonadas durante la evacuación. En el mostrador hay un teléfono y debajo… no… Tal vez colgadas de la parte trasera… Bingo, hay una linterna; dos, de hecho. Alumbra el frontal del generador y sube una palanca roja del tamaño de una mano bajo la etiqueta «Principal». El motor arranca.

Justo cuando Longo cruza el descansillo de la última planta, todas las luces vuelven a encenderse y, aunque los cubos de aceite y las piezas de repuesto que pidieron los de MTS están desperdigadas por el suelo, la mujer se maravilla de lo bellísimo que es, que sigue siendo, el monumental espacio dorado donde descansa el amortiguador de masas. Corre a la silla delante de la Xerox y enciende el procesador y la pantalla. Inmediatamente todo se apaga de nuevo con un zumbido sordo. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Bill?

—¡¿QUÉ COÑO PASA, BILL?! —grita a la nada.

Maldice al viejo imbécil. Maldice a William LeMessurier. Maldice a Bill. ¿Qué hace? ¿Qué va a hacer? Se recuesta en la silla de oficina y, por un instante, el cansancio extremo convierte su cerebro en una barca a la deriva. ¿Dónde está? ¿Por qué esa silla es tan cómoda? Tira las gafas al suelo y levanta los ojos al techo, que se transforma en un firmamento borroso, en una noche sin estrellas. El pensamiento regresa. No va a salir de ahí. Tampoco

quiere. Morirá en el corazón dorado de una catedral de aluminio. A oscuras. Sangrando y llena de fuego. Sonríe. Sangrar y arder es quizá un buen resumen de lo que es ella. De lo que siempre ha sido.

Aunque nadie puede verlos, los anemómetros de la azotea del 515 de Madison Avenue marcan setenta y ocho millas por hora. La silla donde se recuesta Jennifer Longo se mueve empujada por el vaivén del edificio, y ella nota como el estómago se desplaza de su posición. La diagonal D1N en la planta cuarenta y seis empieza a doblarse y el acero chilla al perder parte de su integridad. El ruido se multiplica por el edificio vacío en un eco inhumano.

Siete paneles de aluminio se descuelgan y, después, se desprenden de la fachada noroeste para caer en Lexington Avenue desde ciento cuarenta metros de altura y convierten uno de los coches patrulla que cortan la calzada en un amasijo de metal. Les sigue una lluvia de miles de partículas de los vidrios que sujetaban. La gente grita poseída por una algarabía febril, como si los rascacielos por fin se hubieran puesto de su bando, y la policía responde disparando más botes de humo y lanzando más bengalas. De repente, toda la avenida se ilumina con volutas de magnesio naranja que resplandece intermitente contra las torres de cristal.

LeMessurier lo acaba de comprobar y, efectivamente, el generador no ha resistido la sobrecarga, se ha autoprotegido de nuevo y ha vuelto desconectarse. Pero es que él es ingeniero de estructuras, no de electricidad; no tiene ni maldita idea de cómo hacer que esa cosa solo alimente lo mínimo imprescindible. Lo hará de otra manera. Vale, dónde está el cuadro. Se esfuerza en respirar profundamente y apunta con la linterna al lado delantero de la máquina; hay un grueso cable azul enchufado a la parte de abajo y lo sigue con el foco circular de la linterna. Llega hasta un tosco orificio practicado en una pared de bloques; debieron de agujerearla para llegar al cuadro general. A la derecha está la puerta.

Entra en la sala eléctrica. En la pared hay decenas de interruptores separados en hileras por plantas y sectores. Hay tantos que casi no puede distinguirlos: aire acondicionado, ventilación, calefacción, ascensores, plaza comercial, hasta las luces de emergencia. Los cierra todos menos el de la planta cuarenta y seis, donde están conectados los extensiómetros, y uno que sobresale una pulgada de los demás, protegido detrás de un vidrio. La etiqueta

de acero inoxidable de debajo reza «Amortiguador de Masas. Control Maestro de Seguridad». A la luz de la linterna, le parece un joyero que contuviese la piedra más valiosa del universo. Vuelve corriendo al generador y empuja la palanca general hacia arriba.

Con un crujido de estática, el monitor de la computadora de la planta cincuenta y nueve se enciende de nuevo y el procesador comienza a emitir el repiqueteo característico del reinicio. La pantalla se llena con caracteres verdes que resplandecen muy leves en la enorme sala oscura. Después, solo parpadea el cursor inicial. Longo da un empujón con la silla y se acerca.

—Jennifer, ahora. Ahora —susurra LeMessurier a sesenta y tres plantas de distancia.

Longo abre el código que ella misma programó hace cuatro años y teclea dos comandos de empuje y retracción condicionados a que los datos de deformación que entran desde los extensiómetros superen una deformación de tres pulgadas. Mira el parpadeo verde de la pantalla durante una fracción de segundo y presiona RETURN. Se levanta muy lentamente de la silla:

—¡Vamos, cabrón, haz que esto haya valido la pena! ¡VAMOS! —grita. Grita con todo el empuje de sus pulmones. Grita hasta que la escuchan desde el infierno.

Como si supiese que el tiempo se le acaba, Gloria se retuerce escupiendo agua y viento. La montaña rusa de Coney Island se desploma, cientos de cubos de basura vuelan por los aires en las avenidas de Queens, los arces y los olmos más viejos de Central Park se quiebran y docenas de tilos en Greenwich Village caen arrancados aplastando a los coches, la gente que se arremolinaba en las calles corre a protegerse dentro de los escaparates rotos, y en la iglesia de San Pedro, más de cincuenta personas comienzan a rezar mientras la policía ni sabe ni puede echarlos de allí. Miles de sirenas inundan la ciudad y apenas se distinguen entre el rugido del vendaval. Los anemómetros marcan noventa y ocho millas por hora y luego ciento doce millas por hora. Diez por encima de lo que resiste la torre.

A medida que la masa de aire golpea las dos fachadas a sureste, los émbolos que sujetan el amortiguador de masas silban. Longo apenas distingue su

envolvente, pero escucha, casi siente, el bloque dorado de cuatrocientas toneladas que tiene delante. Se mueve. Se mueve en cuanto los émbolos empujan en dirección contraria y hacen que el rascacielos recupere la vertical. El vaivén es suave pero a ella le parece un latigazo. Pierde el equilibro y cae al suelo boca arriba.

Y entonces se ríe. Se ríe a carcajadas. Se ríe enloquecida y llora como un bebé recién nacido.

Ha funcionado.

El teléfono junto a la computadora vibra con un zumbido electrónico, pero Longo no va a levantarse. Tira del cable y el aparato cae al suelo junto a ella, descolgado.

—¡Jennifer! ¿Qué ha pasado? ¡JENNIFER! —Suena la voz metálica de LeMessurier al otro lado del auricular. Ella responde con un hilo de aire:

—Todo va bien, Bill. Todo va bien.

Bill LeMessurier se sienta en el suelo con la espalda contra el generador. Al final todo se ha reducido a esto, a un sótano en penumbra debajo de una ciudad en guerra reclamada por la gente que nunca pudo subir a sus torres, donde las unidades antidisturbios cargan con botes de humo y los camiones de bomberos y las ambulancias apenas pueden abrirse paso. Sabe que tiene que avisar a la sala de guerra, que tiene que pedir más combustible o tal vez otro generador auxiliar, pero en ese momento, el temblor y el ruido del motor del aparato le parecen un arrullo y para lo único que quiere coger el teléfono es para llamar a Dorothy. Quiere hablar con ella aunque no sabe muy bien qué le diría en ese momento. Bueno, sí hay algo que le diría porque está completamente seguro: nunca más va a volver a ser un héroe.

A doscientos metros de altura, Jennifer Longo sigue tumbada en el suelo con la mirada perdida. No sabe cuánto tiempo lleva así, quizá media hora, quizá un día entero. Ríe para adentro. No, claro, ya habrían ido a buscarla, así que le dan igual los minutos o las horas que lleve allí, porque no ha vuelto a sentir ninguna sacudida tan fuerte, solo algunos movimientos leves en la masa de hormigón. Si aguza el oído, el ulular de las sirenas del mundo exterior se escucha cada vez con mayor claridad, y eso significa que el ruido de la tormenta va alejándose. La lluvia cesa poco a poco y el viento amaina. No quiere mirar el reloj, pero sabe que pronto amanecerá.

Cierra los ojos. Por primera vez en muchos años, por primera vez desde sus primeros recuerdos de niña, las llamaradas se apagan.

EPÍLOGO

Hace ocho años, Citicorp convirtió el edificio en un condominio; conservó el terreno y las tiendas, pero vendió todo el espacio de oficinas a un grupo de compradores japoneses.

The New Yorker, 29 de mayo de 1995

LO QUÉ PASÓ DESPUÉS

> Adiós, adiós, adiós. Recordadme.
>
> WILLIAM SHAKESPEARE, *Hamlet*

Todas las ciudades respiran. Todas las ciudades sufren, gritan, acarician y se acarician. Todas las ciudades se acurrucan y todas se erizan cuando se enfadan. Todas las ciudades duermen y todas las ciudades despiertan. También Nueva York.

Nueva York se duerme en la madrugada del 1 de septiembre y despierta tres semanas más tarde. Se ha tomado ese tiempo, todo ese tiempo, para desperezarse. Las calles se han limpiado, los árboles caídos se han retirado, los coches accidentados, vandalizados o quemados han sido arrastrados a talleres o a desguaces; algunos se han quedado allí para siempre y otros vuelven a inundar las calzadas de la ciudad en ríos metálicos y multicolores. Todos los semáforos y todos los ascensores y todas las escaleras mecánicas de los centros comerciales funcionan y todos los neoyorquinos las han vuelto a usar. Las comisarías se han llenado y se han vaciado. Los vidrios rotos se han sustituido, los escaparates se iluminan de nuevo cada noche. Los rascacielos miran al cielo como han hecho siempre y la torre de Citicorp permanece alzada sobre Lexington Avenue como si la madrugada del 1 de septiembre no hubiese existido.

«Su rascacielos seguirá en pie al menos durante otros doscientos cincuenta años», asegura William LeMessurier a Walter Wriston cuando firma el final de las reparaciones. Han empleado esas tres semanas en soldar nuevas placas de acero en todos los nudos de la estructura, de arriba abajo, y nadie les ha prestado la menor atención porque el peor enemigo del edificio ha acabado siendo la cortina de humo perfecta. Los titulares de los periódicos y los noticieros de radio y televisión son para el huracán, el apagón y los disturbios que se extendieron como un incendio por la ciudad. No existe el resto de las noticias, solo un pequeño breve en *The New York Times* avisa de que: «Según fuentes de Citicorp, las obras de refuerzo estructural que ya habían comenzado en su nuevo edificio se prolongarán al menos una semana más para evaluar y reparar posibles nuevos desperfectos producidos por el

impacto del huracán Gloria». En la ciudad con más periodistas del mundo, la historia de la torre que pudo causar una catástrofe inimaginable vuela bajo el radar, y lo hace durante meses y durante años.

Pero las historias nacen cuando alguien las escucha por primera vez y, como gotas de agua que atraviesan una grieta abierta en una presa de hormigón, fragmentos de todo lo que pasó en ese verano comienzan a escurrirse entre las capas de la sociedad neoyorquina. Un policía cuenta lo que tuvo que hacer aquella noche, una enfermera que estaba de voluntaria en verano les detalla a sus compañeros de planta cómo montó cientos de camillas de campaña en el parquet del Madison Square Garden, un soldador de ascendencia polaca le cuenta al barman de un restaurante mexicano de la Primera Avenida que le hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad y que se lo está saltando en ese momento y que allí pasaron cosas muy raras, pero el barman no le hace demasiado caso porque no puede andar creyéndose todas las historias que le cuentan los borrachos.

Todos esos trozos de historia, que son a su vez nuevas historias, sobrevuelan Nueva York en direcciones distintas, y a veces opuestas, hasta que alguien quiere escucharlos con la suficiente atención. Y los recompone.

—La historia es sensacional, Joe. Sensacional. —Tina Brown, editora jefe de *The New Yorker*, sonríe de oreja a oreja desde detrás del grueso monitor de su ordenador—. Ahora bien, me sigue pareciendo un poco extraño que nadie te haya dicho el nombre de la estudiante que descubrió el fallo.

—Es que no se acuerdan. Si lo piensas, no es tan raro: han pasado casi dieciocho años y solo un par de los implicados llegaron a hablar con ella. Y no lo hicieron más que unos minutos. —Joe Morgenstern ha escuchado todos los fragmentos del relato y los ha recompuesto en un artículo para la revista más prestigiosa de Nueva York. Es mayo de 1995 y la historia va a dar la vuelta al mundo, pero hay una espina clavada que no ha sido capaz de sacarse —. Solo recuerdan que era una estudiante de Princeton, pero no recuerdan su nombre. He revisado los anuarios y en el 78 había ochenta y cuatro mujeres estudiando Ingeniería estructural allí, pero es imposible saber quién era. En las páginas amarillas he conseguido encontrar a las trece que aún conservan la misma dirección de entonces, pero ninguna sabía nada de lo que le estaba hablando. Y las restantes pueden estar desperdigadas por el país, y eso si es que aún conservan su apellido de soltera.

Diane Hartley no se ha cambiado el apellido por el de John, desde el principio sabían que nunca lo haría, pero tampoco viven donde vivían aquel verano del 78. Se casaron y se mudaron a San Francisco porque él había encontrado un puesto estupendo en el estudio de William Pereira, y ella estuvo trabajando en una firma de ingeniería donde la querían más por su habilidad como mecanógrafa que por su título. «No quiero seguir allí, John. Es como si nadie me escuchase. Como si no existiera». Y se fue de allí. Y estudió un MBA en Stanford con treinta y un años, y tuvo a su hijo mayor, Chris, con treinta y cuatro, y a Petey, el pequeño, con treinta y nueve, y ella se encarga de bañarlo todas las noches, pero hoy han puesto un documental en la tele y está sentada en el sofá de su casa con jardín en Wesley Heights, al norte de Washington D. C., con la mirada perdida y el cerebro en ebullición. Porque el artículo de Morgersten en *The New Yorker* ha llegado hasta la BBC y la BBC ha grabado un programa sobre la historia oculta del rascacielos de Citicorp, y la casa de John y Diane es uno de los primeros hogares del país donde llega BBC América.

Es junio de 1998 y Diane Hartley acaba de escuchar su historia por primera vez. Pero ella no aparece. El documental se llama *Todo se viene abajo*, y exactamente en el minuto nueve y cuarenta y tres segundos, el narrador ha dicho que: «Una mañana de julio, una joven estudiante de Ingeniería estructural en Princeton llamó al estudio de LeMessurier Consultants en Boston con una extraña afirmación: había repasado la estructura del rascacielos y, al parecer, había encontrado un error en el cálculo contra viento». Era ella. Por supuesto que era ella. Y no supo nada. No sabía nada de lo que puso en marcha, de todo lo que pasó después. Fue uno de los engranajes más importantes del mecanismo que evitó una tragedia en Manhattan, y nunca lo supo y nadie sabe que fue ella. Como si nunca hubiese sido ingeniera. Como si no existiera.

John ha dejado en la cama a Petey y baja las escaleras en busca de su mujer, que se gira en el sofá con la mano en la boca y los ojos tan abiertos que parecen buscar algo que no existe.

—Tengo que llamar para decir que fui yo… que yo soy esa estudiante de Princeton. Pero… no sé… igual no me creen. Seguramente no me van a creer —Diane habla con una voz tan leve como un riachuelo. Se detiene un instante y mira directamente a su marido—. ¿Crees que yo salvé el rascacielos?

—En realidad creo que salvaste Nueva York… y ni te enteraste. —Sonríe John mientras la besa en el pelo. Sabe que, como en todas las decisiones importantes de su vida, Diane va a hacer eso que cree que no va a atreverse a hacer.

Y lo hace, claro que lo hace. A la mañana siguiente llama a las oficinas de BBC America en Times Square y también al estudio de William LeMessurier en Boston, que conserva el mismo número desde hace dieciocho años. Aquel verano hablaron poco más de diez minutos, pero hoy pasan casi dos horas al teléfono. Antes de colgar, Diane le pregunta por la mujer que llevó la obra en Nueva York, le gustaría saber qué ha sido de ella, pero el ingeniero le responde que hace tiempo que abandonó ese mundillo: «Y, sinceramente, por lo que a mí respecta, está ilocalizable. He intentado contactar con ella muchas veces, sobre todo en estos últimos tres años, pero no hay manera. No sé si habrá abandonado el país o se habrá cambiado de nombre o qué se yo, pero nadie sabe dónde está».

En una playa de Rodanthe, Jennifer Longo se sienta en los peldaños de madera de la puerta del hotelito que regenta frente al oleaje brumoso del Atlántico. Mira las pisadas que ha dejado marcadas en la arena mientras se quita las zapatillas de correr y, después, se masajea el tobillo derecho. Siempre es el derecho el que le molesta. Creía que al cambiar de Adidas a Nike se le pasaría el dolor, pero ahí sigue. En fin. Ya tiene cincuenta años y no ha dejado de salir a correr tres veces a la semana desde que dejó el trabajo en Berkeley y volvió a Carolina, así que son muchos, muchísimos kilómetros los que lleva encima. Pero es feliz. Es feliz todas esas mañanas. Es feliz frente al océano.

Mientras recoge las zapatillas en una mano y sube los peldaños descalza, se pregunta si ese tobillo derecho de cincuenta años será capaz de resistir los cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros de un maratón. Enciende el ordenador de la recepción y teclea «Inscripciones Maratón de Nueva York 1998» en el buscador de internet. Se mira los pies y se palmea los gemelos como si quisiera verificar que existen, que aún siguen ahí, unidos al resto de su cuerpo. Sí, el tobillo resistirá. Seguro que sí. Sonríe durante un par de segundos y pulsa ENTER.

AGRADECIMIENTOS

A Agustín Fernández Mallo, que sabe tan bien cuál es el significado íntimo de un edificio (y me prestó una frase para describirlo).

A Manuel F. Herrador, que casi acertó con el peso. Casi.

A Anaïs Martín, que me leyó con mucho cariño cuando yo navegaba por demasiadas dudas, aunque pareciese que lo tenía todo bajo control.

A David Fincher, Aaron Sorkin, Patricia Highsmith, David Foster Wallace, Ray Bradbury, Kurt Vonnegut y Ursula K. Le Guin, no lo saben y nunca lo sabrán pero fueron ellos quienes me enseñaron a escribir.

A Loreto, mi cotorrita pestosa preferida, a Maracas, por sus mordiscos traicioneros, y a Lucas, que leerá esta historia dentro de unos cuantos años.

En el soleado barrio de Villaverde, diciembre de 2022

Pedro Torrijos (Madrid, 1975) es arquitecto, escritor y periodista cultural, además de un gran contador de historias. Desde 2011 explota su faceta divulgadora en distintos canales y formatos. Colaborador en la Cadena SER, *El País* o *Yokorobu*, sus relatos también se han escuchado en RNE, Podium Podcast y el Museo ICO.

Autor de #LaBrasaTorrijos, con un millón de lectores en Twitter e Instagram, fue finalista en la XXVI edición de los Premios Zapping en la categoría de Mejor iniciativa en la red y seleccionado para el Pabellón de España en la Bienal de Arquitectura de Venecia en 2021.

Ese mismo año debutó en el mundo editorial con el libro de no ficción *Territorios improbables*, que tuvo una excelente acogida por parte de los lectores. Un año más tarde, publicó *Atlas de lugares extraordinarios para descubrir el mundo*, dirigido al público infantil.

La tormenta de cristal es su primera novela para adultos, un *thriller* inspirado en la historia real del Citicorp Center, el rascacielos neoyorquino que estuvo a punto de derrumbarse.